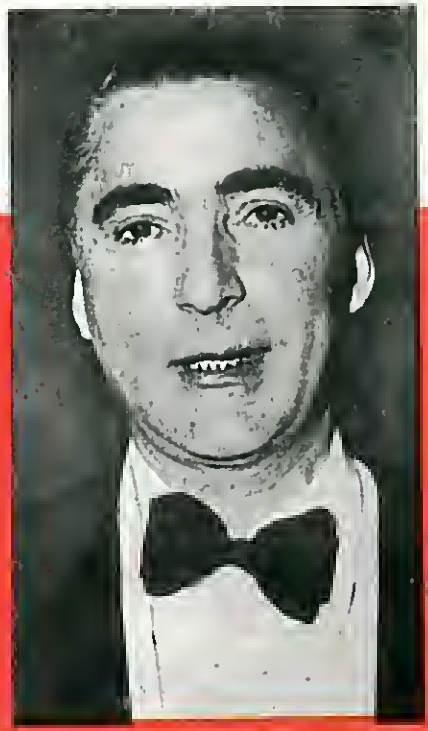

El célebre autor de "Kaputt" y de "La Piel" estudia y analiza con la penetración y vehemencia que le caracterizan las técnicas del golpe de Estado que llevaron al poder lo mismo a un Lenin que a un Mussolini, pasando por Pilsudski y por Bela Kun.

PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES
BUENOS AIRES - BARCELONA - MÉXICO, D. F.

11
30
Ptas.

323.27
MAL
tec

LAURO

Un apasionante estudio de los métodos empleados por Napoleón, Lenin, Stalin, Mussolini y Hitler para conseguir el poder. Una obra que constituye la piedra angular sobre la que se apoya la universalidad de la fama de

Curzio Malaparte

TECNICA DEL GOLPE DE ESTADO

TOMAS SANCHEZ SANCHEZ

Fecha_____Núm._____

CURZIO
MALAPARTE

TECNICA DEL GOLPE DE ESTADO

BONAPARTE, LENIN, TROTSKY,
MUSSOLINI, HITLER, KAPP,
PILSUDSKI, PRIMO DE RIVERA

PLAZA & JANES, S. A.
EDITORES
BUENOS AIRES - BARCELONA - MEXICO, D. F.

Título original

TECHNIQUE DU COUP D'ETAT

Traducción de

JULIO GOMEZ DE LA SERNA

Portada de

AL

© PLAZA & JANÉS, S. A.
Editores
Barcelona

R.02175
BIBLIOTECA MUNICIPAL
MAL
323.27
téc.

Sig.: 323.27 MAL téc
Tít.: Técnica del golpe de Estado
Aut.: Malaparte, Curzio
Cód.: 1002221

Printed in Spain
Impreso en España

Depósito Legal: B. 10.920 - 1960
N.º de Registro: 6.036/57

AUNQUE *me proponga mostrar cómo se apodera uno de un Estado moderno y cómo se le defiende, y aunque sea, en cierto sentido, el mismo tema que trató Maquiavelo; este libro está lejos de ser una imitación, por moderna que fuera, es decir, por poco maquiavélica que fuera, de* El Príncipe. *Los tiempos a los que se refieren los argumentos, los ejemplos y la moral de* El Príncipe, *demostraron una decadencia tal de la libertad pública y privada, de la dignidad del ciudadano y del respeto humano; que si me inspirase en ese libro famoso para tratar algunos de los problemas más importantes que nos plantea la Europa moderna, creería ofender el carácter de mis lectores.*

Puede parecer, al principio, que la historia política de los diez últimos años se confunde con la de las aplicaciones del Tratado de Versalles, de las consecuencias económicas de la guerra, del esfuerzo de los Gobiernos para asegurar la paz europea. Y, sin embargo, su verdadera explicación es bien distinta: se encuentra en la lucha entablada entre los defensores del principio de la libertad y de la democracia, es decir, los defensores del Estado parlamentario y sus adversarios. Las actitudes de los partidos no son otra cosa más que aspectos políticos de esa lucha. Si se quiere comprender la significación de muchos acontecimientos de estos últimos años, si se desea prever la evolución de la situación interior de varios Estados euro-

peos, desde ese punto de vista, y sólo desde él, hay que considerar esas actitudes.

En casi todos los países, al lado de los partidos que manifiestan su decisión de defender el Estado parlamentario y de practicar una política de equilibrio interior, es decir, liberal y democrática (son éstos los conservadores de todos los matices, desde los liberales de la derecha hasta los socialistas de la izquierda), hay partidos que plantean el problema del Estado en el terreno revolucionario: son los partidos de extrema derecha y de extrema izquierda, los «catilinários», es decir, los fascistas y los comunistas. Los «catilinarios» de la derecha temen el desorden. Acusan al Gobierno de debilidad, de incapacidad, de irresponsabilidad. Defienden la necesidad de una sólida organización del Estado, de un control severo de toda la vida política, social, económica. Son los idólatras del Estado, los partidarios de un Estado absoluto. En un Estado centralizador, autoritario, antiliberal, antidemocrático es donde ven la única garantía de orden y de libertad, el único dique contra el peligro comunista. «Todo en el Estado; nada fuera del Estado, nada contra el Estado», afirma Mussolini. Los catilinarios de la izquierda apuntan a la conquista del Estado para instaurar la dictadura de los obreros y de los campesinos. «Allí donde hay libertad, no hay Estado», afirma Lenin.

El ejemplo de Mussolini y el de Lenin influyen considerablemente en los aspectos y en el desarrollo de la lucha entre los catilinarios de derecha y de izquierda y los defensores del Estado liberal y democrático.

Existen, sin duda, una táctica fascista y una táctica comunista. Conviene, sin embargo, hacer notar que, hasta ahora, ni los catilinarios ni los defensores del Estado parecen saber en qué consisten esas tácticas, que no se han mostrado nunca capaces de caracterizarlas, de precisar sus diferencias o sus analogías, si es que existen. La táctica de Bela Kun no tiene nada de común con la táctica bolchevique. Los golpes de Estado de Kapp, de Primo de Rivera y de Pilsudski parecen haber sido concebidos y ejecutados de acuerdo con las reglas de una táctica tradicional que no tiene nada de común con la táctica fascista. Bela Kun parecerá quizás un táctico más moderno, mejor técnico que los otros tres y, por consiguiente, más peligroso; no es menos cierto que al plantearse el problema de la conquista del Estado ha demostrado él que ignoraba la existencia, no sólo de una táctica insurreccional moderna, sino también de una táctica moderna del golpe de Estado.

Bela Kun cree imitar a Trotsky. No se da cuenta de que se ha quedado en las reglas establecidas por Carlos Marx, conforme a la Comuna de París. Kapp cree poder repetir el golpe del 18 brumario contra la Asamblea de Weimar. Primo de Rivera y Pilsudski creen que basta, para apoderarse de un Estado moderno, con derrocar por la violencia un Gobierno constitucional.

Es evidente que ni los Gobiernos ni los catilinarios se han planteado aún la cuestión de saber si hay una técnica moderna del golpe de Estado y cuáles pueden ser sus reglas fundamentales. A la táctica revolucionaria de los catilinarios, los Gobiernos, revelando con ello su ignorancia absoluta de los más elementales principios del arte de conquistar y de defender un Estado moderno, siguen oponiendo una táctica defensiva basada en medidas policíacas. Una ignorancia semejante es peligrosa, y para demostrarlo bien voy a evocar, a título de ejemplo, los acontecimientos de que fuí testigo y, en cierto modo, actor, en el curso de una temporada revolucionaria que, habiendo comenzado a partir de febrero de 1917 en Rusia, no parece estar, en Europa, próxima a terminar.

I

EL GOLPE DE ESTADO BOLCHEVIQUE Y LA TACTICA DE TROTSKY

Si el estratega de la revolución bolchevique es Lenin, el táctico del golpe de Estado de octubre de 1917 es Trotsky.

Como me encontraba en Rusia a comienzos del año 1929, tuve ocasión de hablar con mucha gente, perteneciente a los medios más distintos, del papel desempeñado por Trotsky en la revolución. Hay allí sobre esta cuestión, en la U. R. S. S., una tesis oficial que es la de Stalin. En todos sitios, sin embargo, y especialmente en Moscú y Leningrado, donde el partido trotskista era más poderoso que en cualquier otra parte, he oído emitir juicios sobre Trotsky que no concuerdan en nada con los de Stalin. El único que no ha respondido a mis preguntas es Lunatcharski, y sólo la señora Kameneff me ha dado una

justificación objetiva de la tesis de Stalin, cosa que no puede sorprender si se recuerda que la señora Kameneff es hermana de Trotsky.

No vamos a ocuparnos aquí de la polémica entre Stalin y Trotsky acerca de la «revolución permanente» ni del papel desempeñado por Trotsky en el golpe de Estado de octubre de 1917. Stalin niega que Trotsky haya sido su organizador: reivindica ese mérito para la Comisión formada por Sverdloff, Stalin, Bubnoff, Uritzki y Dzerjinski. Esta Comisión, en la que no figuraba ni Lenin ni Trotsky, formaba parte integral del Comité revolucionario militar que presidía Trotsky. Pero la polémica entre Stalin y el teórico de la «revolución permanente» no podría variar la historia del levantamiento de octubre, que fué, según la afirmación de Lenin, organizado y dirigido por Trotsky. Lenin es el estratega, el ideólogo, el animador, el «deux ex machina» de la revolución; pero el creador de la técnica del golpe de Estado bolchevique es Trotsky.

En la Europa moderna, el peligro comunista, del que tienen que defenderse los Gobiernos, no es la estrategia de Lenin: es la táctica de Trotsky. No podría comprenderse la estrategia de Lenin independizada de la situación general de Rusia en 1917. La táctica de Trostky, por el contrario, no está ligada a las condiciones generales del país; su aplicación no depende de las circunstancias, que son indispensables para la estrategia de Lenin. La táctica de Trotsky: he aquí la causa de que en todo país eu-

ropeo un golpe de Estado comunista sea siempre un peligro. En otros términos: la estrategia de Lenin no puede ser aplicada, cualquiera que sea el país de la Europa occidental, sino en un terreno favorable y en iguales circunstancias que aquellas en que se encontraba Rusia en 1917. En «La enfermedad infantil del comunismo», el mismo Lenin observa que la originalidad de la situación política rusa en 1917 consistía en cuatro circunstancias específicas; circunstancias, añade, que no existen actualmente en la Europa occidental y que, indudablemente, no se producirán en ella jamás, ni iguales ni siquiera análogas. Es inútil exponer aquí esas cuatro circunstancias específicas, en las que consistía la originalidad de la situación política rusa en 1917. La estrategia de Lenin no constituye, pues, un peligro inmediato para los Gobiernos de Europa. El peligro actual —y permanente— para ellos es la táctica de Trotsky.

En sus observaciones sobre «La revolución de octubre y la táctica de los comunistas rusos», Stalin escribe que si quieren juzgar los acontecimientos del otoño de 1923 en Alemania, no hay que olvidar la situación especial de Rusia en 1917. Añade que «el camarada Trotsky habrá de acordarse de ella; él, que encuentra una analogía completa entre la revolución de octubre y la revolución alemana, y que fustiga al partido comunista alemán por sus errores reales o supuestos». Para Stalin, el fracaso de la intentona revolucionaria alemana durante el otoño de 1923 se debió a la ausencia de las circunstancias específicas

indispensables para la aplicación de la estrategia de Lenin. Le extraña que Trotsky haga recaer la culpa sobre los comunistas alemanes. Pero para Trotsky, el éxito de una intentona revolucionaria no depende de la existencia de condiciones análogas a aquellas en que se encontraba Rusia en 1917. Lo que ha hecho fracasar la revolución alemana durante el otoño de 1923, no es la imposibilidad en que se hallaban para aplicar la estrategia de Lenin. El error imperdonable de los comunistas alemanes ha sido no haber aplicado la táctica insurreccional bolchevique. La ausencia de circunstancias favorables, la situación general del país, no influyen sobre la aplicación de la táctica de Trotsky. No podría nunca justificarse a los comunistas alemanes de haber fallado ese golpe.

Desde la muerte de Lenin, la gran herejía de Trotsky ha amenazado la unidad doctrinaria del leninismo. Trotsky es un protestante que no ha tenido suerte. Ese Lutero está en destierro, y aquellos partidarios suyos que no han cometido la imprudencia de arrepentirse demasiado tarde, se han apresurado a arrepentirse, oficialmente, demasiado pronto. Sin embargo, se encuentran todavía a veces en Rusia herejes que no han perdido la afición a la crítica, y que se dedican a sacar las consecuencias más imprevistas de la lógica de Stalin. Esta lógica lleva a la conclusión de que no puede haber Lenin sin Kerenski, puesto que Kerenski constituía uno de los principales elementos de la situación excepcional de Rusia en 1917. Trotsky, por su parte, no tiene ninguna necesidad de Kerenski. Lo mismo que la de Stresemann, la de Poincaré, la de Lloyd George, la de Giolitti o la de Mac Donald, la existencia de Kerenski no tiene influencia, ni favorable ni desfavorable, sobre la aplicación de la táctica de Trotsky. Pongan ustedes Poincaré en lugar de Kerenski, y el golpe de Estado bolchevique de octubre de 1917 hubiera tenido el mismo éxito. Me ha ocurrido encontrarme, tanto en Moscú como en Leningrado, partidarios de la teoría herética de la «revolución permanente», que llegaban a afirmar que Trotsky puede prescindir de Lenin, que Trotsky puede existir sin Lenin, lo cual equivale a decir que en octubre de 1917 Trotsky se habría adueñado lo mismo del Poder, aunque Lenin hubiera permanecido en Suiza y no hubiese desempeñado papel alguna en la revolución rusa.

Afirmación arriesgada, aunque sólo la estimarán arbitraria los que exageran, en materia de revolución, la importancia de la estrategia. Lo que importa es la táctica insurreccional, es la técnica del golpe de Estado. En la revolución comunista, la estrategia de Lenin no constituye una preparación indispensable para la aplicación de la táctica insurreccional. No puede conducir, por sí misma, a la conquista del Estado. En Italia, durante los años 1919 y 1920, la estrategia de Lenin habrá sido plenamente aplicada, e Italia era realmente, en esa época, el país de Europa menos en sazón para la revolución comunista. Todo estaba preparado para el golpe de

Estado. Pero los comunistas italianos creían que la situación revolucionaria del país, la fiebre sediciosa de las masas proletarias, la epidemia de las huelgas generales, la parálisis de la vida económica y política, la ocupación de las fábricas por los obreros y de las tierras por los campesinos, la desorganización del ejército, de la policía, de la burocracia, la falta de energía de la magistratura, la resignación de la burguesía y la impotencia del Gobierno, bastarían para entregar el Poder a los trabajadores. El Parlamento pertenecía a los partidos de izquierda; su acción corroboraba la acción revolucionaria de las organizaciones sindicales. Lo que faltaba no era la voluntad de apoderarse del Poder: era el conocimiento de la táctica insurreccional. La revolución se desgastaba en la estrategia. Esta estrategia era la preparación del ataque decisivo; pero nadie sabía cómo conducir el ataque. Habían acabado por ver en la monarquía (a la que se llamaba entonces una monarquía socialista) un grave obstáculo para el ataque insurreccional. A la mayoría parlamentaria de izquierda le preocupaba la acción sindical, que hacía temer una conquista del Poder con independencia del Parlamento y hasta contra el Parlamento. Las organizaciones sindicales desconfiaban de la acción parlamentaria, porque tendía a transformar la revolución proletaria en un cambio de ministerio en beneficio de la pequeña burguesía. ¿Cómo organizar el golpe de Estado? Este era el problema durante los años 1919 y 1920; y no sólo en Italia, sino en casi

todos los países de la Europa occidental. Los comunistas, decía Trotsky, no saben sacar provecho de la lección de octubre de 1917, que no es una lección de estrategia revolucionaria, sino de táctica insurreccional.

Esta observación de Trotsky es muy importante para hacer comprender en qué consiste la táctica del golpe de Estado de octubre de 1917, es decir, la técnica del golpe de Estado comunista.

Se podría objetar que la táctica insurreccional forma parte de la estrategia revolucionaria, que constituye su resultado. Las ideas de Trotsky son clarísimas sobre este punto. Ya se ha visto que para él la táctica insurreccional no depende de las condiciones generales en las que se encuentre el país, ni de la existencia de una situación revolucionaria favorable a la insurrección. Para la realización de la táctica de octubre de 1917, la Rusia de Kerenski presenta iguales dificultades que Holanda o que Suiza. Las cuatro circunstancias específicas enunciadas por Lenin en «La enfermedad infantil del comunismo» (es decir, la posibilidad de unir la revolución bolchevique a la liquidación de una guerra imperialista; la ocasión de aprovecharse durante algún tiempo de la guerra entre dos grupos de potencias que, sin esa guerra, se hubieran unido para combatir la revolución bolchevique; la facultad de sostener una guerra civil relativamente larga en razón de la inmensidad de Rusia

y del mal estado de las vías de comunicación; la existencia de un movimiento revolucionario democrático-burgués en el seno de la masa campesina) caracterizaban la situación de Rusia en 1917, pero no son indispensables para el éxito de un golpe de Estado comunista. Si la táctica de la insurrección bolchevique dependiese de las mismas circunstancias que la estrategia de Lenin, no habría actualmente en todos los países de Europa un peligro comunista.

En su concepción comunista, Lenin no tenía el sentido de la realidad, carecía de precisión y de medida. Concebía la estrategia revolucionaria a la manera de Clausewitz, más bien como una filosofía que como un arte y como una ciencia. Después de la muerte de Lenin se han encontrado entre sus libros preferidos la obra fundamental de Clausewitz: «De la guerra», anotada por su propia mano, y sus observaciones, escritas en las márgenes del libro de Marx sobre «La guerra civil en Francia», permiten juzgar hasta qué punto la desconfianza de Trotsky por el talento estratégico de su émulo era fundada. No puede comprenderse por qué razón, como no sea por la necesidad de combatir a Trotsky, se atribuye oficialmente, en Rusia, una importancia tal a la estrategia revolucionaria de Lenin. Con el papel histórico que desempeñó en la revolución, Lenin no necesita ser considerado como un gran estratega.

La víspera de la insurrección de octubre, Lenin es optimista e impaciente. La elección de Trotsky

para la presidencia del Soviet de Petrogrado y del Comité revolucionario militar, la conquista de la mayoría en el Soviet de Moscú, le han tranquilizado, al fin, sobre la cuestión de la mayoría en los Soviets, que no había dejado de preocuparle desde las jornadas de julio. Sin embargo, no deja él de sentirse inquieto por el segundo Congreso de los Soviets, cuya fecha está fijada en los últimos días de octubre. «No es necesario que tengamos allí mayoría —dice Trotsky—; no es esa mayoría la que tendrá que apoderarse del Poder.» Y Trotsky no se equivoca. «Sería inocente —aprueba Lenin— que esperásemos a tener la mayoría formal.» Querría él levantar las masas contra el Gobierno de Kerenski, anegar a Rusia bajo la marea proletaria, dar la señal de la insurrección a todo el pueblo ruso, presentarse en el Congreso de los Soviets, reducir a la obediencia a Dan y a Skobeleff, los dos jefes de la mayoría menchevique; proclamar la caída del Gobierno de Kerenski y el advenimiento de la dictadura del proletariado. El no concibe una táctica insurreccional; no concibe más que una estrategia revolucionaria. «Muy bien —dice Trotsky—; pero ante todo hay que ocupar la ciudad, apoderarse de los puntos estratégicos, derribar al Gobierno. Es necesario para eso organizar la insurrección, formar e instruir una tropa de asalto. Poca gente; las masas no nos sirven de nada; una pequeña tropa basta.»

Pero Lenin no quiere que puedan acusar de «blanquismo» a la insurrección bolchevique. «La insurrec-

ción —dice— debe apoyarse, no en una conspiración, no en un partido, sino en la clase avanzada. Ese es el primer punto. La insurrección debe apoyarse en el empuje revolucionario del pueblo entero. Este es el segundo punto. La insurrección debe estallar en el apogeo de la revolución ascendente. Este es el tercer punto. En estas tres condiciones se diferencia el marxismo del blanquismo.»

«Muy bien —dice Trotsky—; pero el pueblo entero es demasiado para la insurrección. Se necesita una pequeña tropa, fría y violenta, instruída en la táctica insurreccional.»

«Debemos —admite Lenin— lanzar toda nuestra fracción en las fábricas y en los cuarteles. Ahí es donde está su sitio; ahí está el nudo vital, la salvación de la revolución. Ahí es donde, por medio de discursos fogosos, ardientes, debemos explicar y desarrollar nuestro programa, planteando así la cuestión: ¡la aceptación completa de este programa o la insurrección!»

«Muy bien —dice Trotsky—; pero cuando las masas hayan aceptado nuestro programa, no por eso habrá de dejar de organizar la insurrección. De las fábricas y de los cuarteles será preciso sacar elementos seguros y dispuestos a todo. Lo que necesitamos no es la masa de los obreros, de los desertores y fugitivos: es una tropa de choque.»

«Para practicar la insurrección como marxistas, es decir, como si fuera un arte —aprueba Lenin—, debemos, al mismo tiempo, y sin perder un

minuto, organizar el Estado Mayor de las tropas insurreccionales, repartir nuestras fuerzas, lanzar los regimientos adictos sobre los puntos más importantes, rodear el teatro Alejandra, ocupar la fortaleza Pedro y Pablo, detener al Estado Mayor Central y al Gobierno; enviar contra los alumnos oficiales y contra los cosacos de la división Salvaje destacamentos dispuestos a sacrificarse hasta el último hombre antes de dejar penetrar al enemigo en el centro de la ciudad. Debemos movilizar a los obreros armados, llamarles al combate supremo, ocupar simultáneamente las centrales telefónicas y telegráficas, instalar nuestro Estado Mayor insurreccional en la central telefónica, unirle telefónicamente con todas las fábricas, con todos los regimientos, con todos los puntos donde se desarrolla la lucha armada.»

«Muy bien —dice Trotsky—; pero...»

«Todo eso —reconoce Lenin— no es más que aproximativo; pero tengo empeño en demostrar que en el momento en que estamos no se podría permanecer fiel al marxismo, a la revolución, sin tratar la insurrección como un arte. Ya conoce usted las reglas principales que dió Marx a ese arte. Aplicadas a la situación actual de Rusia, esas reglas quieren decir: ofensiva simultánea, tan repentina y tan rápida como sea posible, sobre Petrogrado, desde fuera y desde dentro, desde los barrios obreros y desde Finlandia, desde Reval y desde Cronstadt; ofensiva de toda la flota, concentración de fuerzas que superen en mucho los 20.000 hombres (alumnos oficiales y cosa-

cos) de que dispone el Gobierno. Combinar nuestras fuerzas principales: la flota, los obreros y las unidades militares, para ocupar en primer lugar y conservar a todo precio el teléfono, el telégrafo, las estaciones, los puentes. Seleccionar los elementos más decididos de nuestros grupos de ataque, de los obreros y de la marinería, y formar con ellos destacamentos encargados de ocupar todos los puntos importantes y de tomar parte en todas las operaciones decisivas. Constituir, además, equipos de obreros armados de fusiles y granadas que avanzarán sobre las posiciones enemigas; escuelas de alumnos oficiales, centrales telefónicas y telegráficas, y las cercarán. El triunfo de la revolución mundial depende de dos o tres días de lucha.»

«Todo eso es exacto —dice Trotsky—; pero resulta demasiado complicado. Es un plan demasiado vasto, es una estrategia que abarca demasiado territorio y demasiadas gentes. No es ya una insurrección: es una guerra. Para ocupar Petrogrado no hay necesidad ninguna de tomar el tren en Finlandia. Cuando se parte de demasiado lejos, se detiene uno a veces a mitad de camino. Desatar una ofensiva de 20.000 hombre desde Reval o desde Cronstadt para apoderarse del teatro Alejandra, es un poco más de lo necesario, es más que un golpe de mano. El propio Marx sería vencido en el terreno de la estrategia por Korniloff. Hay que atenerse a la táctica, operar con poca gente en un terreno limitado, concentrar sus esfuerzos sobre los objetivos principales, dar directa

y duramente. No creo que eso sea tan complicado. Las cosas peligrosas son siempre extraordinariamente sencillas. Para triunfar no hay que desconfiar de las circunstancias desfavorables ni fiarse de las que son favorables. Hay que herir en el vientre: eso no hace ruido. La estrategia de usted requiere demasiadas circunstancias favorables: La insurrección no necesita nada. Se basta a sí propia.»

«Su táctica es extremadamente sencilla —dice Lenin—; no tiene más que una regla: triunfar. ¿No es usted quien prefiere Napoleón a Kerenski?»

Las palabras que pongo en boca de Lenin no son inventadas: se encuentran íntegramente en las cartas que él dirigía al Comité central del partido bolchevique en el mes de octubre de 1917.

Los que conocen todos los escritos de Lenin, y especialmente sus observaciones sobre la técnica insurrecional de las jornadas de diciembre en Moscú, durante la revolución de 1905, deben quedarse bastante sorprendidos de la candidez de sus ideas sobre la táctica y sobre la técnica de la insurrección en vísperas de octubre de 1917. Hay que reconocer, sin embargo, que él fué el único, en unión de Trotsky, después del fracaso de la intentona de julio, que no había perdido de vista el objetivo principal de la estrategia revolucionaria: el golpe de Estado. Después de algunas vacilaciones (en julio, el partido bolchevique tenía un solo objetivo y de carácter parla-

2 - 1548

BIBLIOTECA MUNICIPAL

mentario: la conquista de la mayoría de los Soviets), la idea de la insurrección se había convertido para Lenin, como dice Lunatcharski, en el motor de toda su actividad. Pero durante su estancia en Finlandia, donde se había él refugiado después de las jornadas de julio para no caer en manos de Kerenski, toda su actividad consistía únicamente en preparar teóricamente la insurrección. No podría explicarse de otro modo la ingenuidad de su proyecto relativo a una ofensiva militar sobre Petrogrado, apoyada en la acción de los guardias rojos en el interior de la ciudad. La ofensiva hubiera terminado en un desastre: el fracaso de la estrategia de Lenin habría traído el de la táctica insurreccional con la matanza de los guardias rojos en las calles de Petrogrado.

Obligado a seguir los acontecimientos desde lejos, Lenin no podía percibir la situación en todos sus detalles; no por eso dejaba de ver las grandes líneas de la revolución con mucha más claridad que ciertos miembros del Comité central del partido, opuestos a la insurrección inmediata. «Esperar es un crimen», escribía él a los Comités bolcheviques de Petrogrado y de Moscú. Aun cuando en el curso de la reunión del 10 de octubre, en la cual tomó parte Lenin, que había regresado de Finlandia, el Comité central hubiese aprobado la insurrección por unanimidad, menos dos votos, los de Kameneff y Zinovieff, una sorda oposición persistía en ciertos miembros del Comité. Kameneff y Zinovieff eran los únicos que se habían declarado abiertamente

contrarios a la insurrección inmediata; pero sus objeciones eran las mismas que formulaban, secretamente, muchos otros. La hostilidad de los que desaprobaban en secreto la decisión de Lenin, se volvía sobre todo contra Trotsky, «el antipático Trotsky», nuevo recluta del partido bolchevique, cuyo carácter orgulloso empezaba a despertar alguna preocupación y alguna envidia en el seno de la vieja guardia leninista.

Por aquellos días, Lenin permanecía escondido en un barrio de Petrogrado. Sin perder de vista el conjunto de la situación, vigilaba atentamente las maniobras de los adversarios de Trotsky. En aquel momento, cualquier vacilación hubiera sido fatal para la revolución. En una carta, dirigida el 17 de octubre al Comité central, Lenin se alzaba con la mayor energía contra las críticas de Kameneff y de Zinovieff, cuyos argumentos tendían sobre todo a poner en evidencia los errores de Trotsky: «Sin el concurso de las masas —afirmaban— y sin el apoyo de la huelga general, la insurrección no será más que un alarde de fuerza destinado a fracasar. La táctica de Trotsky no es más que blanquismo. Un partido marxista no puede reducir la cuestión de la insurrección a la de una conspiración militar».

En su carta del 17 de octubre, Lenin defiende la táctica de Trotsky: «No es blanquismo —dice—; en efecto, una conspiración militar es puro blanquismo si no está organizada por el partido de una clase determinada, si los organizadores no tienen en cuenta

el movimiento político en general y la situación internacional en particular. Entre una conspiración militar, condenable desde todos los puntos de vista, y el arte de la insurrección armada, hay una gran diferencia». Kameneff y Zinovieff podrían aprovechar la ocasión para responder: «¿No ha afirmado Trotsky constantemente que la insurrección no debe tener en cuenta la situación política y económica del país? ¿No ha declarado sin cesar que la huelga general es uno de los principales elementos de la técnica del golpe de Estado comunista? ¿Cómo contar con el apoyo de los sindicatos y con la declaración de la huelga general si no tiene uno a los sindicatos de su parte, si los sindicatos están con el adversario? Harán la huelga en contra nuestra. No tenemos siquiera relación con las organizaciones de ferroviarios. En el Comité ejecutivo de los ferroviarios no hay más que dos bolcheviques entre cuarenta miembros. ¿Cómo vencer sin la ayuda de los sindicatos, sin el apoyo de la huelga general?»

La objeción es grave: Lenin no puede oponerle más que su resolución inquebrantable. Pero Trotsky sonríe, está tranquilo: «La insurrección —dice— no es un arte: es una máquina. Para ponerla en movimientos hacen falta técnicos, y sólo unos técnicos podrían detenerla».

La tropa de asalto de Trotsky se compone de un millar de obreros, de soldados y de marineros. Lo

más escogido de ese cuerpo ha sido reclutado entre los obreros de las fábricas Pontiloff y Wiborg, los marineros de la flota del Báltico y los soldados de los regimientos letones. Durante diez días, bajo el mando de Antonoff Ovseenko, esos hombres, los guardias rojos, se entregaron a toda una serie de «maniobras invisibles» en el centro mismo de la ciudad. Entre multitud de desertores que se agolpan en las calles, en medio del desorden que reina en los palacios del Gobierno, en los ministerios, en las oficinas del Estado Mayor General, en Correos, en las centrales telefónicas y telegráficas, en las estaciones, en los cuarteles, en la dirección de los servicios técnicos de la capital, se adiestran, en pleno día, sin armas, en la táctica insurreccional, y sus grupos, poco numerosos (tres o cuatro hombres) pasan inadvertidos.

La táctica de las «maniobras invisibles», del adiestramiento en la acción insurreccional, de la que Trotsky ha dado el primero el ejemplo durante el golpe de Estado de octubre de 1917, forma ahora parte de la estrategia revolucionaria de la III Internacional. En los manuales de Comintern se encuentra el enunciado y el desarrollo de los principios aplicados por Trotsky. En la Universidad china de Moscú, entre las materias de enseñanza, se halla la táctica de las «maniobras invisibles», que Karaban, basándose en la experiencia de Trotsky, ha aplicado tan bien en Shanghai. En la Universidad Sun-Yat-Sen, en Moscú, calle Wolkonka, los estudiantes chi-

nos aprenden los principios mismos que las organizaciones comunistas de Alemania ponen en práctica todos los domingos, en pleno día, para ejercitarse en la táctica insurreccional, ante los ojos de la Policía y de los honrados burgueses de Berlín, de Dresde y de Hamburgo.

En octubre de 1917, en el curso de las jornadas que preceden al golpe de Estado, la Prensa reaccionaria, liberal, menchevique y socialistarrevolucionaria, no cesa de denunciar a la opinión pública la actividad del partido bolchevique, que prepara abiertamente la insurrección. Acusa a Lenin y a Trotsky de querer derrocar la República democrática para instaurar la dictadura del proletariado. No ocultan sus criminales proyectos, escriben los periódicos burgueses; la organización de la revolución proletaria se hace a la luz del día. En sus discursos a las masas de obreros y de soldados amontonados en las fábricas y en los cuarteles, los jefes bolcheviques anuncian muy alto que todo está preparado y que el día del levantamiento está próximo. ¿Qué hace el Gobierno? ¿Por qué no ha detenido a Lenin, a Trotsky y a los otros miembros del Comité central? ¿Qué medidas ha tomado para proteger a Rusia contra el peligro bolchevique?

Es inexacto que el Gobierno de Kerenski no tomara las medidas necesarias para la defensa del Estado. Kerenski, hay que hacerle esta justicia, hizo

todo cuanto podía por afrontar un golpe de Estado. Si hubiesen estado en su lugar Poincaré, Lloyd George, Mac Donald, Giolitti o Stresemann no habrían procedido de otra manera. El método defensivo de Kerenski consistía en aplicar los sistemas policíacos, en los que se confía en cualquier momento, en los que confían aún hoy día lo mismo los gobiernos absolutistas que los gobiernos liberales. Es injusto acusar a Kerenski de imprevisión y de incapacidad. Son los sistemas policíacos los que no bastan ya para defender el Estado contra la técnica insurreccional moderna. El error de Kerenski es el de todos los gobiernos, que consideran el problema de la defensa del Estado como un problema de policía.

Los que acusan a Kerenski de imprevisión y de incapacidad, olvidan la habilidad y el valor que demostró, en el transcurso de las jornadas de julio, contra el levantamiento de los obreros y de los desertores, y en el mes de agosto contra la aventura reaccionaria de Korniloff. No vaciló él, en agosto, en apelar a las fuerzas bolcheviques mismas para impedir a los cosacos de Korniloff que barriesen las conquistas democráticas de la revolución de febrero. En esa ocasión asombró al propio Lenin. «Hay que desconfiar de Kerenski —dice éste—; no es un imbécil.» Seamos justos con Kerenski: no podía él, en octubre, obrar de otra manera de lo que lo hizo. Trotsky afirmaba que la defensa del Estado es cuestión de método. Ahora bien; en octubre de 1917, sólo se conocía un método, sólo un método podía aplicarse, ya

lo hiciese Kerenski, o Lloyd George, o Poincaré, o Noske: el método clásico de las medidas policíacas.

Para hacer frente al peligro, Kerenski cuida de guarnecer de alumnos oficiales y de cosacos fieles el palacio de Invierno, el de Tauride, los ministerios, las centrales telefónicas y telegráficas y la residencia del Estado Mayor General. Los veinte mil hombres con los cuales puede contar en la capital se encuentran así movilizados para proteger los puntos estratégicos de la organización política y burocrática del Estado. (Este fué el error, del que iba a aprovecharse Trotsky.) Otros regimientos seguros están concentrados en los alrededores, en Tsarkoïe-Selo, en Kolpino, en Gatchina, en Obukhowo, en Pulkowo: cerco de hierro que la insurrección bolchevique deberá romper para no morir ahogada. Todas las disposiciones que pueden garantizar la seguridad del Gobierno han sido tomadas, y unos destacamentos de «junkers» recorren la ciudad noche y día. Hay nidos de ametralladoras en las encrucijadas, al final de las grandes arterias, para defender el acceso de las plazas, y en los tejados, a lo largo de la Perspectiva Newski. Patrullas de soldados circulan entre la multitud; autos blindados pasan lentamente y se abren paso con un largo aullido de sirena. El desorden es espantoso. «He aquí mi huelga general», dice Trotsky a Antonoff Ovseenko, mostrando la multitud que remolinea por la Perspectiva Newski.

Pero Kerenski no se ha limitado a las medidas de policía; ha puesto en conmoción toda la máquina política. No piensa solamente en atraerse los elementos de la derecha: quiere asegurarse a todo precio el apoyo de las izquierdas. Lo que le preocupa son los sindicatos. Sabe que sus jefes no están de acuerdo con los bolcheviques. En este punto, la crítica de Kameneff y de Zinovieff a la tesis insurreccional de Trotsky, es fundada. La huelga general es un elemento indispensabe de la insurrección. Sin ella, los bolcheviques no podrán sentirse a cubierto y fallarán el golpe. Trotsky ha definido así la insurrección: «Un puñetazo a un paralítico». Para que la insurrección triunfe es preciso que la vida de Petrogrado se paralice por la huelga general. Los jefes de los sindicatos no marchan de acuerdo con los bolcheviques, pero las masas organizadoras se inclinan hacia Lenin. A falta de las masas, Kerenski quiere tener a los jefes de los sindicatos; negocia con ellos; logra, al fin, no sin dificultad, su neutralidad. Cuando se lo avisan a Lenin, declara a Trotsky: «Kameneff tenía razón. Sin el apoyo de la huelga general, la táctica de usted no puede más que fracasar». «Tengo el desorden de mi parte —responde Trotsky—; es mejor que una huelga general.»

Para comprender el plan de Trotsky hay que darse cuenta de lo que era entonces Petrogrado: masas enormes de desertores, que, al comienzo de la revolución de febrero, habían abandonado las trincheras, afluyendo, lanzándose sobre la capital como

para entrar a saco en el reino de la libertad; acampaban desde hacía seis meses en medio de las calles y de las plazas, desharrapados, sucios, miserables, borrachos, pero hambrientos; tímidos, pero feroces, dispuestos a la rebelión lo mismo que a la fuga y con el corazón devorado por una sed de venganza y de paz. Sentados en la acera de la Perspectiva Newski, al borde del río humano que corre con lentitud y tumultuosamente, interminables filas de desertores venden armas, folletos de propaganda, granos de girasol.

En la plaza Znamenskaïa, delante de la estación de Moscú, reina un desorden indescriptible: la multitud choca contra los muros, refluye, recobra fuerzas, rueda hacia adelante, se disgrega como una ola espumeante contra un montón de carros, de camiones, de tranvías reunidos alrededor de la estatua de Alejandro III, con un clamor ensordecedor que parece, desde lejos, el clamor de una matanza.

Al otro lado del puente de la Fontanka, en el cruce de la Perspectiva Newski con la Perspectiva Liteyni, los vendedores vocean los periódicos; gritan a voz en cuello las noticias, las medidas adoptadas por Kerenski, las proclamas del Comité militar revolucionario, del Soviet, de la Duma municipal; las órdenes del coronel Polkownikoff, gobernador de la plaza, que amenaza con la cárcel a los desertores, prohibe las manifestaciones, los mítines y las riñas. En las esquinas hay grupos de obreros, de soldados, de estudiantes, de empleados, de marineros discutiendo en voz alta y haciendo grandes aspavientos. Por todas partes, en los cafés y en los «stalovaie», se burlan de las proclamas del coronel Polkownikoff, que pretende detener a los 200.000 desertores de Petrogrado y que quiere prohibir las riñas. Ante el palacio de Invierno han emplazado dos baterías de 75, y unos «junkers», con sus largos capotes, se pasean nerviosamente detrás de las piezas. Dos filas de automóviles militares están alineadas delante del palacio del Estado Mayor General. Por el lado del Almirantazgo, el jardín Alejandro está ocupado por un batallón de mujeres, sentadas en el suelo, alrededor de los fusiles, formando pabellones.

La plaza Mariuskaïa está rebosante de obreros, de marinos, de desertores harapientos y flacos. A la entrada del palacio María, donde reside el Consejo de la República, un destacamento de cosacos está de guardia, con sus altas «chapkas» de pelo negro sobre la oreja. Fuman, hablan en voz alta y ríen. Si se subiese a lo más alto de la cúpula de la catedral Isaac, podrían verse: al oeste, elevarse espesas nubes de las fábricas de Pontiloff, donde los obreros trabajan con el fusil cargado a la espalda; más lejos, el golfo de Finlandia; detrás de la isla de Rothive, el fuerte de Cronstadt, Cronstadt la Roja, donde los marineros de ojos claros de niños esperan la señal de Dybenko para marchar en auxilio de Trotsky y aplastar a los «junkers». Del otro lado de la ciudad, una nube rojiza pesa sobre las innumerables chimenas del barrio de Wiborg, donde se agazapa Lenin, pálido y febril

bajo su peluca. En aquel hombre sin barba, de pelo postizo muy pegado a la frente, nadie podría reconocer a ese terrible Lenin que hace temblar a Rusia. Allí, en las fábricas de Wiborg, es donde los guardias rojos de Trotsky esperan las órdenes de Antonoff Ovseenko. Las mujeres de los barrios tienen unas miradas duras, unas caras tristes. Al anochecer, en cuanto la oscuridad parece ensanchar las calles, bandas de mujeres armadas se encaminan hacia el centro de la ciudad. Jornadas de migraciones proletarias: masas enormes se trasladan de una punta a otra de Petrogrado, vuelven a sus cuarteles, a sus calles, después de horas y horas de marcha a través de los mítines, las manifestaciones, los motines. En los cuarteles, en las fábricas y en las plazas, los mítines se suceden. «El Poder íntegro para los Soviets.» La voz ronca de los oradores se apaga entre los pliegues de las banderas rojas. En los tejados de las casas, apoyados sobre sus ametralladoras, los soldados de Kerenski oyen subir esas voces roncas, mientras mascan granos de girasol, cuyas cáscaras tiran sobre la multitud que se amontona en las calles.

La noche cae sobre la ciudad como una nube muerta. En la inmensa Perspectiva Newski, la marea de los desertores sube hacia el Almirantazgo. Delante de la catedral de Kazan, centenares de soldados, de mujeres y de obreros vivaquean, tumbados en el suelo. Toda la ciudad está sumida en la inquietud, el desorden y el frenesí. Y de repente se verá surgir de esa multitud unos hombres armados de cuchillos, borrachos de insomnio, que se arrojarán sobre las patrullas de «junkers», sobre el batallón de mujeres que defienden el palacio de Invierno. Otros, forzando las puertas, irán a buscar a los burgueses hasta en sus casas y los sorprenderán en el lecho, con los ojos abiertos. La fiebre de la insurrección ha acabado con el sueño de la ciudad. Como lady Macbeth, Petrogrado no puede ya dormir. Sus noches están alucinadas por el olor de la sangre.

Desde hace diez días, metódicamente, en el centro mismo de la ciudad, los guardias rojos de Trotsky se han estado ejercitando. Es Antonoff Ovseenko quien dirige, en pleno día, esos ejercicios tácticos, esa especie de ensayo general del golpe de Estado, en medio del tumulto de las calles, en los alrededores de los edificios que constituyen los puntos estratégicos de la máquina burocrática y política. La Policía y las autoridades militares están de tal modo obsesionadas con la idea de un brusco levantamiento de las masas proletarias; de tal modo ocupados en hacer frente al peligro, que no ven los destacamentos Antonoff Ovseenko. En ese desorden enorme, ¿quién se fija en esos grupitos de obreros sin armas, de soldados, de marineros, que se deslizan por los pasillos de las centrales telefónicas y telegráficas, de Correos, de los ministerios, del Estado Mayor General, para observar la distribución de los despachos, la instalación de la luz eléctrica y del teléfono; conservar en [illegible] ojos y

BIBLIOTECA MUNICIPA

en la memoria el plano de los edificios, estudiar la manera de introducirse en ellos por sorpresa en un momento dado, calcular las probabilidades, medir los obstáculos, buscar en la organización defensiva de la máquina técnica, burocrática y militar del Estado los sitios de menor resistencia, los puntos débiles y vulnerables? ¿Quién podría reparar, en la confusión general, en esos tres o cuatro marineros, en esa pareja de soldados, en ese obrero perdido, que rondan alrededor de los edificios, suben las escaleras y que, al cruzarse, no se miran? Nadie puede sospechar que esos individuos obedecen a órdenes precisas y detalladas, que ejecutan un plan y se adiestran en ejercicios que tienen por objetivo los puntos estratégicos de la defensa del Estado. Los guardias rojos actuarán seguramente, pues han maniobrado, invisibles, en el terreno mismo de la lucha inminente.

Trotsky ha logrado proporcionarse el plano de los servicios técnicos de la ciudad. Los marineros de Dybenko, ayudados por dos ingenieros y por obreros especializados, estudian sobre el terreno la disposición de las conducciones subterráneas de agua y de gas, de los cables del teléfono y del telégrafo. Dos de ellos han explorado las alcantarillas que pasan por debajo de la residencia del Estado Mayor General. Hay que estar en disposición de aislar un barrio o incluso un simple grupo de casas en unos minutos; Trotsky divide, pues, la ciudad en sectores, determina los puntos estratégicos, distribuye los trabajos, sector por sector, a equipos formados por soldados y por obreros

especializados. Se necesitan técnicos además de soldados; la toma de la estación de Moscú queda confiada a dos escuadras compuestas de veinticinco soldados letones, dos marineros y diez ferroviarios. Tres equipos de marineros, de obreros y de empleados de ferrocarriles, en total sesenta hombres, quedan encargados de ocupar la estación de Varsovia. Para las otras estaciones Dybenko dispone de escuadras compuestas de veinte hombres cada una. Para controlar el movimiento en las líneas de ferrocarril, agregan un telegrafista a cada escuadra. El 21 de octubre, bajo las órdenes directas de Antonoff Ovseenko, que sigue de cerca las maniobras, todos los equipos se ejercitan en la toma de posesión de las estaciones, y este ensayo general se hace con una precisión y una regularidad perfectas. El mismo día, tres marineros se trasladan a la central eléctrica, junto a la entrada del puerto. La central, que depende de la dirección de los servicios técnicos municipales, no está custodiada. El director se dirige a los tres marineros: «¿Son ustedes realmente —les dice— los hombres que he pedido al gobernador de la plaza? Hace ya cinco días que me está prometiendo darme un servicio de protección». Los tres marineros bolcheviques se instalan en la central eléctrica para defenderla, según declaran, contra los guardias rojos en caso de insurrección. Unas cuantas escuadras de marinos se apoderan igualmente de las tres otras centrales eléctricas municipales.

La policía de Kerenski y las autoridades milita-

res se preocupan ante todo de defender la organización burocrática y política del Consejo de la República, el palacio de Tauride, residencia de la Duma; el palacio de Invierno, el Estado Mayor General. Trotsky, al descubrir este error, dirigirá sus ataques contra los únicos órganos técnicos de la máquina gubernamental y municipal. El problema de la insurrección no es para él más que un problema de orden técnico.

—Para apoderarse del Estado moderno —dice— hacen falta una tropa de asalto y técnicos: equipos de hombres armados mandados por ingenieros.

Mientras Trotsky organiza racionalmente el golpe de Estado, el Comité central del partido bolchevique organiza la revolución proletaria. Es una Comisión compuesta por Stalin, Sverdloff, Bubnoff, Uritzki y Dzerjinski, casi todos enemigos declarados de Trotsky, la que elabora el plan del levantamiento general. Estos hombres, a los que Stalin se esforzara en 1927 en atribuir todo el mérito del golpe de Estado de octubre, no tienen ninguna confianza en la insurrección organizada por Trotsky. ¿Qué hará éste con sus mil hombres? A los «junkers» no les costará mucho trabajo desembarazarse de ellos. Son las masas proletarias, son los millares y millares de obreros de Pontiloff y de Wiborg; es la enorme multitud de desertores; son las unidades bolcheviques de la guarnición de Petrogrado los que hay que

levantar contra las fuerzas del Gobierno. Lo que hay que desencadenar es una insurrección general. Con sus golpes de mano, Trotsky no es más que un aliado tan peligroso como inútil.

Para la Comisión, lo mismo que para Kerensky, la revolución es un problema de policía. Es curioso comprobar que el futuro creador de la Policía bolchevique, de esa «Checa» que tomará más adelante el nombre de «G. P. U.» forma parte de la Comisión. Porque es el pálido, el inquietante Dzerjinski quien estudia el sistema defensivo del Gobierno de Kerenski y el que fija el plan de ataque. De todos los adversarios de Trotsky, él es el más pérfido, el más temible. Su fanatismo tiene pudores femeninos. Es un asceta que no mira nunca sus manos. Morirá de pie en la tribuna, en 1926, pronunciando una requisitoria contra Trotsky. La víspera del golpe de Estado, cuando Trotsky declara a Dzerjiunski que los guardias rojos deben ignorar la existencia del Gobierno de Kerenski; que no se trata de combatir al Gobierno con las ametralladoras, sino de apoderarse del Estado; que el Consejo de la República, los ministerios, la Duma, no tienen importancia desde el punto de vista de la táctica insurreccional, y no deben constituir los objetivos de la insurrección armada; que la llave del Estado no es la organización burocrática y política, ni tampoco el palacio de Tauride, o el palacio María, o el palacio de Invierno, sino la organización técnica, es decir, las centrales eléctricas, los ferrocarriles, los te-

léfonos, los telégrafos, el puerto, las gasómetros, los acueductos, Dzerjiunski le contesta que la insurrección debe ir al encuentro del enemigo y atacarle en sus posiciones. «Es al Gobierno al que debemos atacar. Hay que vencer al enemigo en el terreno mismo en que defiende al Estado.» Si el adversario se atrinchera en los ministerios, en el palacio María, en el palacio Tauride, en el palacio de Invierno, habrá que irle a buscar allí. «Para apoderarse del Estado —dice en conclusión Dzerjiunski— tenemos que lanzar las masas contra el Gobierno.»

La táctica insurreccional de la Comisión está dominada por la preocupación de la neutralidad de los sindicatos. ¿Es posible apoderarse del Estado sin el apoyo de la huelga general? «No —responden el Comité central y la Comisión—: hay que provocar la huelga arrastrando con ella a las masas a la acción insurreccional. Pero es la táctica de la insurrección general, y no la táctica de los golpes de mano, la que nos permitirá arrastrar las masas contra el Gobierno y provocar la huelga.»

«No es necesario provocar la huelga —responde Trotsky—; el espantoso desorden que reina en Petrogrado es más eficaz que una huelga general. Es el desorden el que paraliza al Estado y el que impide al Gobierno prevenir la insurrección. No pudiendo apoyarnos en la huelga, nos apoyaremos en el desorden.» Se ha dicho que la Comisión era opuesta a la táctica de Trotsky porque la creía basada en una visión demasiado optimista de la situación. En

realidad, Trotsky era más bien pesimista; juzgaba la situación mucho más grave de lo que se creía. Desconfiaba de las masas, sabía muy bien que la insurrección no podía contar más que con una minoría. La idea de provocar la huelga general, arrastrando a las masas a la lucha armada contra el Gobierno, era una ilusión: sólo una minoría tomaría parte en la acción insurreccional. Trotsky estaba convencido de que si la huelga estallaba, sería contra los bolcheviques, y de que si se quería prevenir la huelga general, había que apoderarse del Poder sin dilación. La sucesión de los acontecimientos ha demostrado que él vió con exactitud. Cuando los ferroviarios, los empleados de correos, de teléfonos y de telégrafos, los burócratas de los ministerios y el personal de los servicios públicos abandonaron el trabajo, era demasiado tarde. Lenin estaba ya en el Poder: Trotsky había partido el espinazo a la huelga.

La oposición del Comité central y de la Comisión a la táctica de Trotsky había creado una situación paradójica que hubiese podido comprometer el éxito de la insurrección. En vísperas del golpe de Estado, había dos Estados Mayores, dos planes y dos objetivos. La Comisión, que se apoyaba en la masa de obreros y desertores, quería derrotar al Gobierno para apoderarse del Estado. Trotsky, que se apoyaba en un millar de hombres, quería apoderarse del Estado, a fin de derrotar al Gobierno. El propio Marx hubiese juzgado las circunstancias más favorables al plan de la Comisión que al de Trotsky. Pero

la «insurrección no necesita circunstancias favorables», afirmaba Trotsky.

El 24 de octubre, en pleno día, Trotsky desencadena el ataque. El plan de las operaciones había sido decidido en todos sus detalles por el antiguo oficial del ejército imperial, Antonoff Ovseenko, tan conocido como matemático y como jugador de ajedrez que como revolucionario y desterrado. Aludiendo a la táctica de Trotsky, Lenin ha dicho, refiriéndose a Antonoff Ovseenko, que sólo un jugador de ajedrez podía organizar la insurrección. Antonoff Ovseenko tiene un aspecto melancólico y enfermizo: los largos cabellos que caen sobre sus hombros le hacen parecerse a ciertos retratos de Bonaparte, antes del 18 Brumario. Pero su mirada está muerta, y su pálido y enflaquecido rostro irradia una tristeza a flor de piel, tan malsana como un sudor frío.

En un cuartito del último piso del Instituto Smolny, cuartel general del partido bolchevique, Antonoff Ovseenko juega al ajedrez sobre un mapa topográfico de Petrogrado. Bajo sus pies, en el piso inferior, la Comisión está reunida para fijar definitivamente el día de la insurreccional general. Ignora que Trotsky ha desencadenado ya el ataque. Sólo a Lenin le ha sido comunicada, en el último momento, la brusca decisión de Trotsky. La Comisión se atiene a lo que ha dicho Lenin: «¿No ha declarado él, el 21, que el 24 sería demasiado pronto y el 26 demasiado tarde?» Apenas la Comisión acaba de reunirse para la resolución definitiva, cuando

aparece Podwoisky, portador de una noticia inesperada: los guardias rojos de Trotsky se han apoderado ya de la central telegráfica y de los puentes sobre el Neva; para asegurar las comunicaciones entre el centro de la ciudad y el barrio obrero de Wiborg, hay que tener el control de los puentes. Las centrales eléctricas municipales, los gasómetros, las estaciones de ferrocarril, están ya ocupados por los marineros de Dybenko. Las operaciones se han desarrollado con una rapidez y una regularidad sorprendentes. La central telegráfica estaba defendida por medio centenar de gendarmes y de soldados, formados delante del edificio. La insuficiencia de las medidas de policía se manifiesta en esta táctica defensiva que se llama servicio de orden y de protección. Es una táctica que puede dar buenos resultados contra una multitud sublevada, no contra un puñado de hombres decididos. Las medidas de policía no sirven de nada contra los golpes de mano: tres marineros de Dybenko, que han tomado parte en las «maniobras invisibles» y conocen el terreno, se deslizan entre las filas de los defensores, se introducen en los despachos y algunas granadas, lanzadas desde las ventanas a la calle, siembran el desorden entre los guardias y los soldados. Dos escuadras de marinos se instalan en la central telegráfica y emplazan allí ametralladoras. Una tercera escuadra ocupa una casa situada enfrente, preparada para detener un contraataque eventual, fusilando por la espalda a los asaltantes. Unos autos blindados

aseguran el enlace entre los equipos que están operando en los diferentes barrios de la ciudad y el Instituto Smolny. En los cruces de las calles más importantes hay ametralladoras disimuladas en las casas de esquina; patrullas móviles vigilan los cuarteles de los regimientos fieles aún a Kerenski.

A eso de las seis de la tarde, en el Instituto Smolny, Antonoff Ovseenko entra en la habitación de Trotsky, más pálido que de costumbre, pero sonriente. «Ya está hecho», dice. Sorprendidos por los acontecimientos, los miembros del Gobierno se han refugiado en el palacio de Invierno, defendido por unas cuantas compañías de «junkers» y un batallón de mujeres. Kerenski ha huído; dicen que ha marchado al frente para reunir tropas y dirigirse hacia Petrogrado. Toda la población está en las calles, ávida de noticias. Las tiendas están abiertas; los tranvías, llenos de soldados y de obreros armados; una multitud enorme afluye como un río a lo largo de la Perspectiva Newski. Los rumores más inverosímiles se propagan de boca en boca, de grupo en grupo: Kerenski, muerto; los jefes de la fracción menchevique, fusilados delante del Palacio de Tauride; Lenin, instalado en el Palacio de Invierno, en la habitación del zar. De la Perspectiva Newski, de la calle Gorokowskaia, de la calle Vosnessenski, las tres grandes arterias que confluyen en el Almirantazgo, un vasto río refluye continuamente en el jardín de Alejandro, para ver si la bandera roja ondea ya sobre el Palacio de Invierno. A la vista de los «junkers» que le defienden, la multitud se detiene. Intimidada por las ametralladoras y las baterías, contempla desde un poco lejos las ventanas iluminadas, la plaza desierta, los automóviles alineados ante el Estado Mayor General, y no comprende. ¿Y Lenin? ¿Dónde está Lenin? ¿Dónde están los bolcheviques?

Reaccionarios, liberales, mencheviques, socialistas revolucionarios no consiguen darse cuenta de la situación; se niegan a creer que los bolcheviques se hayan apoderado del Estado: hay que guardarse de prestar crédito a los rumores difundidos a intención por los agentes provocadores del Instituto Smolny; es por simple medida de prudencia por lo que los Ministerios se han trasladado al Palacio de Invierno; si las noticias que dan son exactas, no es un golpe de Estado el que ha tenido lugar, sino una serie de atentados de más o menos éxito (no se sabe todavía nada con precisión) contra la organización de los servicios técnicos del Estado y de la ciudad. Los órganos legislativos, políticos y administrativos están todavía en manos de Kerenski. El palacio de Tauride, el palacio María, los Ministerios, ni siquiera han sido atacados. Realmente la situación es paradójica: no se había visto nunca todavía ninguna insurrección proclamar que ha conquistado el Estado y dejar las manos libres al Gobierno. Diríase que los bolcheviques se desinteresan del gobierno. ¿Por qué no ocupan los Ministerios? ¿Se puede ser dueño del Estado y gobernar a Rusia sin tener en la mano los órganos administrativos? Verdad

es que los bolcheviques se han apoderado de toda la organización técnica, pero Kerenski no ha caído, y él es quien tiene el poder, aunque haya perdido por el momento el control de los ferrocarriles, de las centrales eléctricas, de los servicios públicos, del teléfono, el telégrafo, de Correos, del Banco del Estado, de los depósitos de carbón, de petróleo y de trigo. Podríase objetar que, prácticamente, los ministros reunidos en el Palacio de Invierno no pueden gobernar, que los Ministerios no pueden funcionar, que el Gobierno está aislado del resto de Rusia, que todos los medios de comunicación están en manos de los bolcheviques. En los barrios, todas las calles están interceptadas; nadie puede salir de la ciudad; el Estado Mayor mismo está también aislado; la estación radiotelegráfica está en poder de los bolcheviques; la fortaleza Pedro y Pablo, ocupada por los guardias rojos; muchos regimientos de la guarnición de Petrogrado han pasado a estar bajo las órdenes del Comité Militar Revolucionario. Hay que obrar sin dilación. ¿Por qué esa inercia del Estado Mayor? Espera, según dicen, la llegada de las tropas del general Krasnoff, que marcha sobre la capital. Todas las medidas necesarias para la defensa del Gobierno han sido tomadas. Si los bolcheviques no se han decidido todavía a atacar al Gobierno, es señal de que no se sienten aún lo suficientemente fuertes. Nada, pues, ha acabado.

Pero al día siguiente, 25 de octubre, mientras en el gran salón del Instituto Smolny se celebra

la apertura del segundo Congreso Panruso de los Soviets, Trotsky da a Antonoff Ovseenko la orden de atacar el Palacio de Invierno, donde se han refugiado los ministros de Kerenski. ¿Van a tener los bolcheviques mayoría en el Congreso? Para hacer comprender a los representantes de los Soviets de toda Rusia que la insurrección ha triunfado, no basta anunciar que los bolcheviques se han apoderado del Estado; es necesario poder anunciar que los miembros del Gobierno están en manos de los guardias rojos.

—Es la única manera —declara Trotsky a Lenin— de convencer al Comité Central y a la Comisión de que el golpe de Estado no ha fracasado.

—Se decide usted un poco tarde — dice Lenin.

—No podía yo atacar al Gobierno antes de tener la certeza de que las tropas do la guarnición no le defenderían —responde Trotsky—; había que dar tiempo a los soldados para que se pasasen a nuestro bando. Sólo los «junkers» han permanecido fieles.

Disfrazado de obrero, cubierta la cabeza con una peluca y afeitado, Lenin abandona su escondite y va al Instituto Smolny, a fin de tomar parte en el Congreso de los Soviets. Es el momento más triste de su vida; no cree todavía en el éxito de la insurrección. El también, como el Comité Central, como la Comisión, como la mayor parte de los de-

BIBLIOTECA MUNICIPAL

legados en el Congreso, necesita saber que el Gobierno ha caído y que los ministros de Kerenski están en poder de los guardias rojos. Desconfía de Trotsky, de su orgullo, de su seguridad, de su audacia temeraria. Trotsky no pertenece a la vieja guardia, no es un bolchevique sobre el que se puede contar con los ojos cerrados: es un recluta reciente, que no ha ingresado en el partido hasta las jornadas de julio. «No soy uno de los doce apóstoles, dice Trotsky; soy más bien San Pablo, que fué el primero que predicó a los gentiles.»

Lenin no ha tenido nunca mucha simpatía por Trotsky. Trotsky les hace sombra a todos. Su elocuencia es sospechosa. Posee el peligroso poder de remover las masas, de desencadenar los tumultos. Es un creador de cismas, un inventor de herejías, un hombre temible y necesario. Lenin ha observado desde hace largo tiempo que Trotsky es aficionado a las comparaciones históricas. Cuando habla en los mítines o en las asambleas, cuando discute en las reuniones del partido, no cesa de remontarse a los tiempos de la revolución puritana de Cromwell o a los de la Revolución francesa. Hay que desconfiar de un marxista que juzga y mide los hombres y los hechos de la revolución francesa. Lenin no puede olvidar que Trotsky, en cuanto salió de la cárcel de Kresty, donde le habían recluído después de las jornadas de julio, fué al Soviet de Petrogrado; en un violento discurso ha proclamado la necesidad de instaurar el terror jacobino.

—La guillotina lleva a Napoleón — le gritan los mencheviques.

—Prefiero Napoleón a Kerenski — responde Trotsky.

Lenin jamás olvidará esta respuesta. «Prefiere Napoleón a Lenin», dirá más tarde Dzerjinski.

En una habitación contigua al gran salón del Instituto Smolny, donde se celebra el segundo Congreso Panruso de los Soviets, Lenin está sentado al lado de Trotsky, ante una mesa llena de papeles y de periódicos; un rizo de su peluca le cuelga sobre la frente. Trotsky no puede contener una sonrisa viendo aquel ridículo disfraz. Le parece que ha llegado el momento de que Lenin se quíte la peluca. No hay ya peligro; la insurrección ha triunfado; Lenin es el dueño de Rusia. Es el momento de dejarse otra vez la barba, de quitarse el pelo postizo, de dejar que le reconozcan. Al pasar por delante de Lenin para ir al salón del Congreso, Dan y Skobeleff, los dos jefes de la mayoría menchevique, cambian una mirada y palidecen; han reconocido en aquel hombre de la peluca, en aquel comiquillo de la legua, al destructor terrible de la santa Rusia.

—Se acabó — murmura Dan a Skobeleff.

—¿Por qué sigue usted disfrazado? —dice Trotsky a Lenin—. Los vencedores no se esconden.

Lenin le mira con los ojos entornados; una sonrisa irónica desflora apenas sus labios. ¿Quién es el vencedor? He aquí el problema. De vez en cuando un estampido de cañón, un tableteo de ametra-

lladora se oyen a lo lejos. El crucero «Aurora», anclado en el Neva, acaba de abrir fuego contra el Palacio de Invierno, para apoyar el ataque de los guardias rojos. He allí al marinero Dybenko, al gigantesco Dybenko, de ojos azules, de rostro enmarcado por una sedosa barba rubia; los marineros de Cronstadt y la señora Kollontai le quieren por sus ojos de niño y por su crueldad. Dybenko anuncia la noticia: los guardias rojos de Antonoff Ovseenko han asaltado el Palacio de Invierno; los ministros de Kerenski son prisioneros de los bolcheviques; el Gobierno ha caído.

—¡Al fin! — exclama Lenin.

—Lleva usted veinticuatro horas de retraso — responde Trotsky.

Lenin se quita la peluca y se pasa la mano por la frente. Su cráneo tiene la misma conformación, afirma Wells, que el de Balfour.

—Vamos — dice dirigiéndose al salón del Congreso.

Trostky le sigue en silencio. Tiene aspecto de cansancio; una especie de sueño apaga su mirada acerada. «Durante la insurrección, escribe Lunatcharski, Trotsky era una botella de Leyde.» Pero ahora ha caído el Gobierno; Lenin se ha quitado la peluca, como quien se quita una careta. El golpe de Estado era Trotsky. Pero el Estado es Lenin. El jefe, el dictador, el triunfador es él, Lenin.

Trotsky le sigue en silencio, con esa sonrisa ambigua que no se suavizará hasta la muerte de Lenin.

II

HISTORIA DE UN GOLPE DE ESTADO FALLIDO. — TROTSKY CONTRA STALIN

STALIN es el único hombre de Estado europeo que haya sabido sacar provecho de la lección de octubre de 1917. Si los comunistas de todos los países de Europa deben aprender de Trotsky el arte de apoderarse del Poder, de Stalin es de quien los gobiernos liberales y democráticos deben aprender el arte de asegurar la defensa del Estado contra la táctica insurreccional comunista, es decir, contra la táctica de Trotsky.

La lucha entre Stalin y Trotsky es el episodio más rico en enseñanzas que ofrece la historia política de Europa durante estos últimos diez años. Los precedentes oficiales de esa lucha se remontan a un período muy anterior a la revolución de octubre de 1917. De resultas del Congreso de Londres de 1903, en el que se produjo la escisión entre Lenin y Mar-

toff, entre bolcheviques y mencheviques, Trotsky se apartó abiertamente de las ideas de Lenin; aunque no se declaró partidario de Martoff, se encontraba mucho más cerca de la tesis menchevique qne de la bolchevique. Pero en realidad los precedentes personales y doctrinarios, la necesidad de combatir por la interpretación del pensamiento de Lenin el peligro del trotskysmo, es decir, el peligro de las desviaciones, de las deformaciones y de las herejías, no fueron más que los pretextos y justificaciones oficiales de una hostilidad que tenía sus raíces y sus razones profundas en la mentalidad de los jefes bolcheviques, en el sentimiento y en los intereses de las masas obreras y campesinas, en la situación política, económica y social de la Rusia soviética después de la muerte de Lenin.

La historia de la lucha entre Stalin y Trotsky es la historia de la tentativa hecha por Trotsky para apoderarse del poder, y de la defensa del Estado que asumen contra él Stalin y la vieja guardia bolchevique; es la historia de un golpe de Estado fallido. A la teoría de la «revolución permanente» de Trotsky opone Stalin la tesis de Lenin sobre la dictadura del proletariado. Se ve pelear a las dos facciones, en nombre de Lenin, con todas las armas de Bizancio. Pero las intrigas, discusiones y sofismas ocultan acontecimientos mucho más graves que una diatriba sobre la interpretación del leninismo.

Lo que está en juego es el poder. El problema de la sucesión de Lenin, planteado mucho antes de

su muerte, desde los primeros síntomas de su enenfermedad, es otra cosa que un problema de ideas. Las ambiciones personales se esconden tras los problemas doctrinales; no hay que dejarse engañar por los pretextos oficiales de las discusiones. La preocupación polémica de Trotsky es la de parecer el defensor desinteresado de la herencia moral e intelectual de Lenin, el guardián de los principios de la revolución de octubre, el comunista intransigente que lucha contra la degeneración burocrática del partido, el aburguesamiento del Estado soviético. La preocupación polémica de Stalin es la de ocultar a los comunistas de los otros países, a la Europa capitalista, democrática y liberal, las verdaderas razones de la lucha entablada en el seno del partido, entre los discípulos de Lenin, los hombres más representativos de la Rusia soviética. En realidad, Trotsky pelea por apoderarse del Estado y Stalin por defenderle.

Stalin no tiene nada de la apatía de los rusos, de su resignación indolente ante el bien y el mal, de su vago, sedicioso y perverso altruísmo; de su bondad ingenua y cruel. Stalin no es ruso, sino georgiano. Su astucia se compone de paciencia, de voluntad y de buen sentido. Es optimista y testarudo. Sus adversarios le acusan de ignorancia o de falta de inteligencia; están equivocados. No puede decirse que sea un hombre culto, un europeo enfermo de sofismas y de visiones psicológicas. Stalin es un bárbaro en el sentido leninista de la palabra, es decir, un

enemigo de la cultura, de la psicología, de la moral de Occidente. Su inteligencia es toda instintiva y física; es una inteligencia en estado natural, sin prejuicios de cultura o de moralidad. Los hombres, según dicen, se traicionan por su modo de andar. En el Congreso Panruso de los Soviets, en mayo de 1929, en el Gran Teatro de Moscú, he visto andar a Stalin; le he visto subir al estrado. Me encontraba precisamente debajo de las candilejas, en las butacas de orquesta, cuando apareció él detrás de una doble fila de comisarios del pueblo, de diputados del Tzic y de miembros del Comité central del partido alineados en el escenario. Iba vestido con mucha sencillez, con un chaquet gris de corte militar y un pantalón de tela oscura, metido en unas gruesas botas altas. Cuadrado de hombros, pequeño, rechoncho, de cabeza maciza, con un pelo negro y rizoso; ojos agrandados por unas cejas negrísimas, cara embastecida por unos bigotes erizados, color pez; andaba lentamente, pesadamente, taconeando. Con su cabeza inclinada hacia adelante, sus brazos colgantes, parecía un aldeano, pero un aldeano de la montaña, recio, paciente, obstinado. A los aplausos atronadores que le saludaron, no se volvió siquiera; siguió andando despacio, se sentó detrás de Rykoff y de Kalinin; alzó la cabeza y permaneció inmóvil y encorvado, con sus ojos apagados fijos frente a él. Sólo una veintena de diputados tártaros, representantes de las Repúblicas soviéticas autónomas de los Bachkires, de los Buriatas-Mongoles, del Daghestan

y de los Yakutas, se quedaron quietos y callados en su palco platea. Vestidos con su «kaftán» de seda amarilla y verde, el casquete tártaro, bordado de plata, colocado sobre sus cabellos largos, negros y relucientes, miraban a Stalin con sus ojillos oblicuos; a Stalin, el dictador, el puño de hierro de la revolución, al enemigo mortal del Occidente, de la Europa burguesa, gordinflona y civilizada. En cuanto el frenesí de la multitud empezó a apaciguarse, Stalin volvió lentamente su cabeza hacia los diputados tártaros; las miradas de los mongoles y la del dictador chocaron. Un aullido inmenso brotó en el teatro: saludo de la Rusia proletaria al Asia roja, a los pueblos de las praderas, de los desiertos, de los grandes ríos asiáticos. Stalin volvió de nuevo su rostro impasible hacia la multitud. Permaneció inmóvil y encorvado, con sus ojos apagados fijos frente a él...

La fuerza de Stalin es la impasibilidad y la paciencia. Vigila los gestos de Trotsky, estudia sus movimientos, sigue sus pasos rápidos, indecisos y nerviosos, con su paso pesado y lento de aldeano. Stalin es reservado, frío, testarudo; Trotsky es orgulloso, violento, egoísta, impaciente; está dominado por su ambición y por su imaginación. Es un temperamento ardiente, audaz, agresivo. «Un miserable judío», dice Stalin hablando de él. «Un infeliz cristiano», dice Trotsky de Stalin.

4 - 1548

Durante la insurrección de octubre, cuando Trotsky, sin advertir al Comité central ni a la Comisión, lanzó bruscamente sus guardias rojos a la conquista del Estado, Stalin se mantuvo apartado. Era el único que discernía los puntos débiles y los errores de Trotsky, que previese las consecuencias lejanas. A la muerte de Lenin, cuando Trotsky planteó brutalmente en el terreno político, económico y doctrinario, el problema de la sucesión, ya Stalin se había apoderado de la máquina del partido y tenía en sus manos las palancas de mando. Cuando Trotsky acusa a Stalin de haberse esforzado en resolver en provecho suyo el problema de la sucesión de Lenin, mucho antes de su muerte, formula una acusación que nadie sabría refutar.

Sin embargo, es el propio Lenin quien, durante su enfermedad, ha otorgado a Stalin un puesto privilegiado en el partido. Y Stalin estaba en condiciones muy favorables ante las acusaciones de su adversario cuando afirmaba que era deber suyo precaverse a tiempo contra los peligros que la muerte de Lenin haría surgir inevitablemente.

—Se ha aprovechado usted de su enfermedad —acusa Trotsky.

—Para impedirle a usted aprovecharse de su muerte —responde Stalin.

Trotsky cuenta con mucha habilidad su lucha contra Stalin. En sus páginas no se trasluce nada de esa lucha. Su preocupación dominante, constante, es demostrar al proletariado internacional, y

más aún al proletariado ruso, que no es el hombre que le acusan de ser, el hombre cuya fisonomía quieren atribuirle, un Catilina bolchevique dispuesto a todas las aventuras. Lo que han llamado su herejía no es, según él, más que una tentativa de interpretación leninista de la doctrina de Lenin. Su teoría de la «revolución permanente» no puede significar un peligro ni para la unidad doctrinal del partido ni para la seguridad del Estado. El no quiere ser ni un Lutero, ni un Bonaparte.

Su preocupación de historiador es de un orden puramente polémico. Como ligados por un acuerdo tácito, Trotsky y Stalin se esfuerzan en dar un aspecto de combate ideológico a lo que no es en realidad más que una lucha por el poder. Por otra parte, oficialmente, la acusación de bonapartismo no ha sido nunca formulada contra Trotsky. Semejante acusación hubiese demostrado demasiado a las claras al proletariado internacional que la revolución rusa se hallaba en la pendiente de esa degeneración burguesa, de la cual es el bonapartismo uno de los signos más evidentes. «La teoría de la revolución permanente —escribe Stalin en el prefacio a su folleto titulado «Hacia octubre»— es una variedad del menchevismo.» Tal es la acusación oficial: Trotsky es culpable de haber incurrido en la herejía menchevique. Pero si era fácil engañar al proletariado internacional sobre la verdadera naturaleza de la lucha entre Stalin y Trotsky, la situación no podía permanecer oculta al pueblo ruso. Todo el mundo compren-

día que Stalin no combatía en Trotsky a una especie de menchevique doctrinario extraviado en el laberinto de las interpretaciones de Lenin, sino a un bonaparte rojo, el único hombre capaz de transformar la muerte de Lenin en un golpe de Estado y de plantear el problema de su sucesión en el terreno insurreccional.

Desde comienzos de 1924 a fines de 1926, la lucha conservó el carácter de una polémica entre los partidarios de la teoría de la «revolución permanente» y los conservadores oficiales del leninismo, esos que Trotsky llama los conservadores de la momia de Lenin. Trotsky, comisario de guerra, tiene de su parte al ejército y a las organizaciones sindicales, al frente de las cuales está Tomski, hostil al programa de Stalin, que hace a los sindicatos esclavos del partido; Tomski defiende la autonomía de la acción sindical en sus relaciones con el Estado. La posibilidad de una alianza entre el ejército rojo y las organizaciones sindicales preocupaba a Lenin desde 1920. Después de su muerte, el acuerdo personal entre Trotsky y Tomski produjo sus efectos, y se vió formarse un frente único de soldados y obreros contra la degeneración burguesa y campesina de la revolución, contra lo que Trotsky llamaba el Termidor de Stalin. En ese frente único, Stalin, que tenía de su parte a la «G. P. U.» y a la doble burocracia del partido y del Estado, vió dibujarse el peligro de un 18 Brumario. La inmensa popularidad que rodea al nombre de Trotsky, la gloria que le han valido

sus victoriosas campañas contra Yudenitch, Koltchak, Denikin y Wrangel, su orgullo cínico y temerario, hacían de él una especie de Bonaparte rojo, sostenido por el ejército, por las masas obreras y por el espíritu de rebelión de los jóvenes comunistas contra la vieja guardia del leninismo y el alto clero del partido.

La famosa «troika» (1) Stalin, Zinovieff y Kameneff pone en práctica los artificios más sutiles que pueden proporcionar la simulación, la intriga y la asechanza para comprometer a Trotsky ante los ojos de las masas, provocar la discordia entre sus aliados, sembrar la duda y el descontento en las filas de sus partidarios, lanzando el descrédito y la sospecha sobre sus palabras, sobre sus gestos, sobre sus intenciones. El jefe de la «G. P. U.», el fanático Dzerjinski, envuelve a Trotsky en una red de espías y de agentes provocadores. La misteriosa y terrible máquina de la «G. P. U.» es puesta en conmoción para cortar uno a uno todos los tendones del adversario. Drzejiunski trabaja en la oscuridad, en tanto que Trotsky actúa a plena luz. En efecto, mientras la «troika» mina su prestigio, mancha su popularidad, se esfuerza en presentarle como un ambicioso burlado, como un hombre que se aprovecha de la revolución, traidor a la memoria de Lenin, Trotsky arremete contra Stalin, Zinovieff y Kameneff, contra el Comité central, contra la vieja guardia del leninismo, contra la burocracia del partido; denun-

(1) Gran trineo tirado por tres caballos, de frente.

cia el peligro de un termidor burgués y campesino; pide ayuda a la juventud comunista contra la tiranía del alto clero de la revolución. La «troika» replica con una campaña de calumnias feroces. Toda la prensa oficial obedece a la consigna de Stalin. Poco a poco se hace el vacío alrededor de Trotsky. Los débiles vacilan, se retiran a un lado, esconden la cabeza debajo del ala. Los más obstinados, los más violentos, los más valerosos pelean con la cabeza alta, pero cada cual por su cuenta y perdiendo todo contacto entre ellos. Se lanzan contra la coalición, con los ojos cerrados, dejándose coger en la red de intrigas, de emboscadas, de traiciones, y empiezan a desconfiar unos de otros. Los soldados y los obreros ven en Trotsky al creador del ejército rojo, al vencedor de Koltchak y de Wrangel, al defensor de la libertad sindical y de la dictadura obrera contra la reacción de la NEP y de los campesinos; siguen fieles al hombre de la insurrección de octubre y a sus ideas. Pero su fidelidad es pasiva, se inmoviliza en la espera, y se convierte en un peso muerto en el fuego agresivo y violento de Trotsky.

Durante las primeras fases de la lucha, Trotsky tuvo la ilusión de poder provocar una escisión en el partido. Con el apoyo del ejército y de los sindicatos, contaba con derribar la «troika», prevenir el termidor de Stalin con el 18 Brumario de la «revolución permanente», apoderarse del partido y del Estado para realizar su programa de comunismo integral. Pero los discursos, los panfletos, las polémicas

sobre la interpretación del pensamiento de Lenin no podían bastar para determinar una escisión en el partido. Había que obrar. Trotsky no tenía más que elegir su momento. Las circunstancias favorecían sus designios. Empezaban ya a surgir desavenencias entre Stalin, Zinovieff y Kameneff. ¿Por qué entonces no obra Trotsky? En vez de obrar, de abandonar la polémica para descender al terreno de la acción insurreccional, Trotsky perdía su tiempo en estudiar la situación política y social de Inglaterra, en enseñar a los comunistas ingleses las reglas a seguir para apoderarse del Estado, en buscar analogías entre el ejército puritano de Cromwell y el ejército rojo, y en hacer comparaciones entre Lenin, Cromwell, Robespierre, Napoleón y Mussolini. «Lenin —escribía Trotsky— no puede ser comparado ni con Bonaparte, ni con Mussolini, sino con Cromwell y con Robespierre. Lenin es el Cromwell proletario del siglo XX. Esta definición es la más alta apología que pueda hacerse del Cromwell perteneciente a la pequeña burguesía del siglo XVII.» En vez de aplicar, sin tardar, contra Stalin su táctica de octubre de 1917, Trotsky se ocupaba en dar consejos a las tripulaciones de la flota británica, a los marineros, fogoneros, mecánicos y electricistas sobre lo que debían hacer para ayudar a los obreros a apoderarse del Estado. Analizaba la psicología de los soldados y de los marinos ingleses, a fin de inferir de ella su conducta cuando recibiesen la orden de hacer fuego contra los obreros; descomponía el mecanismo

BIBLIOTECA MUNICIPAL

de una sublevación para presentar al «ralenti» los gestos del soldado que se niega a disparar, del que vacila, del que está dispuesto a tirar contra el camarada que se niega a hacer fuego. Son esos los tres movimientos esenciales del mecanismo. ¿Cuál de los tres decidirá la sublevación? No pensaba él entonces más que en Inglaterra; se ocupaba más de Mac Donald que de Stalin. «Cromwell no formó un ejército, sino un partido: su ejército era un partido armado; eso es lo que constituía su fuerza.» En los campos de batalla habían dado a los soldados de Cromwell el nombre de «costillas de hierro». «Siempre es útil a una revolución, observa Trotsky, tener «costillas de hierro». Sobre eso, los obreros ingleses tienen mucho que aprender de Cromwell.» Entonces, ¿por qué no se decidía a obrar? ¿Por qué no lanzaba sus «costillas de hierro», los soldados del ejército rojo, contra los partidarios de Stalin?

Se retrasa y sus adversarios se aprovechan de ello: le quitan su cargo de comisario de Guerra del pueblo; le quitan el control del ejército rojo. Poco después Tomski es separado de la dirección de las organizaciones sindicales. El gran hereje, el temible catilinario se encuentra desarmado; los dos instrumentos sobre los cuales basaba el plan de su 18 Brumario ese Bonaparte bolchevique, el ejército y los sindicatos, los vuelven en contra suya. La «G.P.U.» va minando poco a poco su popularidad, y la multitud de partidarios suyos, desilusionada por su conducta ambigua y sus debilidades inexplicables,

se dispersa prudentemente. Trotsky cae enfermo, abandona Moscú. En mayo de 1926 está en Berlín, en una clínica; la noticia de la huelga general en Inglaterra y del golpe de Estado de Pilsudski le ponen febril. Tiene que volver a Rusia; no debe renunciar a la lucha. «Mientras no está perdido todo, nada está perdido.» El creador de la «G.P.U.», el cruel y fanático Dzerjinski, muere de un ataque de apoplejía en julio de 1926, durante una reunión del Comité central, pronunciando un violento discurso contra Trotsky. La alianza de Kameneff y Zinovieff contra Stalin revela bruscamente el desacuerdo que maduraba hacía largo tiempo ya entre los compañeros de tiro de la «troika». He aquí entablada la lucha entre los tres conservadores oficiales de la momia de Lenin. Stalin llama en su ayuda a Menjiuski, el sucesor de Dzerjinski en la dirección de la «G.P.U.» Kameneff y Zinovieff se ponen del lado de Trotsky. Ha llegado el momento de obrar. La marea de la sedición sube alrededor del Kremlin.

Al comienzo de su lucha contra Stalin, Trotsky hacía observar, a propósito de Inglaterra, que las revoluciones no se hacen arbitrariamente. «Si se pudiera, decía, fijarlas un itinerario racional, sería posible, probablemente, evitarlas.» Ahora bien; ha sido precisamente Trotsky quien ha señalado un itinerario fijo a las intentonas revolucionarias, y quien ha fijado los principios y las reglas de la táctica insurreccional moderna.. Aprovechándose, en 1927, de la lección que así le dieron, ha sido Stalin

quien ha enseñado a los gobiernos de Europa la posibilidad de asegurar la defensa del Estado burgués contra el peligro de una insurrección comunista.

Suiza y Holanda, es decir, dos de los Estados más cultos y mejor organizados de Europa, en los cuales el orden no es sólo un producto del mecanismo político y burocrático del Estado, sino una característica natural del pueblo, no ofrecen, ante la aplicación de la táctica insurreccional comunista, mayores dificultades que la Rusia de Kerenski. ¿Qué consideración puede dictar una afirmación tan paradójica? Esta: que el problema del golpe de Estado moderno es un problema de orden técnico. La insurrección es una máquina, dice Trotsky; se necesitan técnicos para ponerla en movimiento, y únicamente unos técnicos pueden pararla. La puesta en movimiento de esa máquina no depende de las condiciones políticas, sociales y económicas del país. La insurrección no se hace con las masas, sino con un puñado de hombres dispuestos a todo, adiestrados rapidamente, duramente los centros vitales de la or-
en la táctica insurreccional, acostumbrados a herir
ganización técnica del Estado. Esta tropa de asalto debe estar formada por equipos de obreros especializados, mecánicos, electricistas, telegrafistas, a las órdenes de ingenieros, de «técnicos» que conozcan el funcionamiento «técnico» del Estado.

En 1923, durante una sesión del Comintern, Ra-

dek propuso organizar en todos los países de Europa un cuerpo especial para la conquista del Estado. Su punto de vista era que mil hombres bien entrenados y bien acostumbrados podrían apoderarse del poder en cualquier país de Europa, lo mismo en Francia, que en Inglaterra, que en Alemania, que en Suiza o que en España. Radek no tenía ninguna confianza en las cualidades revolucionarias de los comunistas de los otros países. Sus críticas de los hombres y de los métodos de la III Internacional no respetaban siquiera la memoria de Rosa Luxemburgo y de Liebknecht. En 1920, a raíz de la ofensiva de Trotsky contra Polonia, cuando el ejército rojo se acercaba al Vístula, y esperaban en el Kremlin, de un momento a otro, el anuncio de la caída de Varsovia, Radek se encontraba solo en su lucha contra el optimismo general. La victoria de Trotsky dependía en gran parte de la ayuda de los comunistas polacos. Lenin creía con una confianza ciega que la insurrección proletaria estallaría en Varsovia en cuanto los soldados rojos llegasen al Vístula. «No hay que contar con los comunistas polacos, afirmaba Radek; son comunistas, pero no revolucionarios.» Algún tiempo después Lenin declaraba a Clara Zetkin:

—Radek había previsto lo que iba a suceder. Nos lo había advertido. Me enfadé seriamente con él: le llamé derrotista. Pero es él quien tenía razón. Conoce mejor que nosotros la situación fuera de Rusia, especialmente en los países occidentales.

Pero la proposición de Radek provocó la opo-

sición de Lenin y de todos los miembros del Comintern.

—Si queremos ayudar a los comunistas de los otros países a apoderarse del poder —afirmaba Lenin—, debemos trabajar para crear en Europa condiciones análogas a aquellas en que se encontraba Rusia en 1917.

Fiel a su concepción estratégica, Lenin olvidaba la lección de los sucesos de Polonia. Sólo Trotsky se pronunció en favor de la proposición de Radek. Llegó incluso hasta sostener la necesidad de instituir en Moscú una escuela para la instrucción técnica de los comunistas destinados a formar en cada país un cuerpo especial organizado para la conquista del poder. Esta idea ha sido aprovechada recientemente por Hitler, que está organizando una escuela de ese género en Munich para la instrucción de sus tropas de asalto. «Con un cuerpo especial de un millar de hombres, reclutados entre los obreros berlineses y reforzados por comunistas rusos, afirmaba Trotsky, me comprometo a apoderarme de Berlín en veinticuatro horas.» No se fiaba del ímpetu popular, de la participación de las masas proletarias en la acción insurreccional. «La intervención de las masas armadas puede ser útil, pero en segundo plano, para rechazar una reacción ofensiva de los contrarrevolucionarios.» Añadía también que los comunistas alemanes serían siempre derrotados por los schupos y por la Reichswehr, mientras no se decidieran a aplicar la táctica de octubre de 1917. Trotsky y Radek

habían determinado incluso el plan de un golpe de Estado sobre Berlín. En el mes de mayo de 1926, cuando se encontraba en la capital de Alemania para someterse allí a una operación en la garganta, Trotsky fué acusado de haber ido a Berlín para organizar una insurrección comunista. Pero en 1926 no se ocupaba él ya de la revolución en los demás países europeos. El anuncio de la huelga general en Inglaterra y del golpe de Estado de Pilsudski en Polonia le conmovieron febrilmente, haciéndole apresurar su regreso a Moscú. Era la fiebre de las grandes jornadas de octubre la que transformaba a Trotsky en una botella de Leyde, como decía Lunatcharski. Pálido y calenturiento, Trotsky volvía a Moscú a organizar la tropa de asalto destinada a derribar a Stalin y a apoderarse del Estado.

Pero Stalin supo sacar provecho de la lección de octubre de 1917. Ayudado por Menjiuski, el nuevo jefe de la «G.P.U.», Stalin organiza un cuerpo especial para la defensa del Estado. La dirección de este cuerpo especial se instala en el palacio de la Lubianka, domicilio de la «G.P.U.». Menjiuski vigila personalmente la selección de los comunistas destinados a formar parte de él, y que son reclutados entre los obreros de los servicios técnicos del Estado: ferroviarios, mecánicos, electricistas, telegrafistas. Su armamento personal consiste únicamente en granadas y revólveres, para no estar embarazados en sus movimientos. Ese cuerpo especial está formado por cien equipos de diez hombres, apoyados por veinte autos blin-

dados. Cada escuadra dispone de una sección de ametralladoras ligeras. Unos motociclistas aseguran el enlace entre los diferentes equipos y la Lubianka. Menjiuski, que ha tomado el mando directo de la nueva organización, divide Moscú en diez sectores: una red de líneas telefónicas secretas que van a parar a la Lubianka une cada sector con el otro. Fuera de Menjiuski, sólo los obreros que han trabajado en la instalación de las líneas telefónicas conocen la existencia de esa red y los recorridos. De este modo todos los centros vitales de la organización técnica de Muscú están unidos telefónicamente a la Lubianka. Numerosas células están repartidas en las casas situadas en los puntos estratégicos de cada sector; constituyen núcleos de observación, de control y de resistencia; son los eslabones de la cadena que forma el sistema nervioso de la organización.

La unidad de combate de ese cuerpo especial es el equipo. Cada equipo debe adiestrarse para el caso de tener que actuar en el terreno que le han asignado, independientemente de los otros. Cada hombre debe conocer exactamente el trabajo de su equipo y el de los otros nueve equipos de su sector. La organización, según la fórmula de Menjiuski, es «secreta e invisible». Sus miembros no llevan uniforme; ningún signo exterior permite reconocerlos; su misma adhesión a la organización es secreta. Además de una instrucción técnica y militar, reciben una instrucción política: excitan su odio contra los adversarios, conocidos o secretos, de la revolución, contra

los judíos, contra los partidarios de Trotsky. Los judíos no son admitidos en la organización. Es una verdadera escuela de antisemitismo, ésta donde los miembros del cuerpo especial aprenden el arte de defender al estado contra la táctica insurreccional de Trotsky. Se ha discutido mucho, tanto en Rusia como en Europa, sobre la naturaleza y el origen del antisemitismo de Stalin. Algunos lo explican como una concesión, dictada por razones de oportunismo político, a los prejuicios de las masas campesinas. Otros lo consideran como un episodio de la lucha de Stalin contra Trotsky, Zinovieff y Kameneff, los tres judíos. Los que acusan a Stalin de haber violado la ley (el antisemitismo es declarado crimen contrarrevolucionario y está severamente castigado por la ley) no tienen en cuenta el hecho de que el antisemitismo de Stalin debe ser juzgado en relación con las necesidades de la defensa del Estado, y hay que considerarle como uno de los elementos de la táctica empleada por Stalin contra la intentona insurreccional de Trotsky.

El odio de Stalin contra los tres judíos, Trotsky, Zinovieff y Kameneff, no basta a justificar, diez años después de la revolución de octubre de 1917, una regresión al «antisemitismo de Estado» de tiempos de Stolypin. No es, evidentemente, en el fanatismo religioso y en los prejuicios tradicionales donde hay que buscar las causas de la lucha entablada por Stalin contra los judíos; es en la necesidad de combatir a los elementos más peligrosos de los

partidarios de Trotsky. Menjiuski ha notado que los más destacados de los partidarios de Trotsky, de Zinovieff y de Kameneff eran casi todos israelitas. En el ejército rojo, en los sindicatos, en las fábricas, los judíos están de parte de Trotsky; en el Soviet de Moscú, donde Kameneff tiene mayoría, en el Soviet de Leningrado, que es íntegramente de Zinovieff, el sistema nervioso de la oposición a Stalin está constituído por los judíos. Para apartar de Trotsky, de Kameneff y de Zinovieff el ejército, los sindicatos y las masas obreras de Moscú y de Leningrado, basta con despertar los viejos prejuicios antisemitas, el odio instintivo del pueblo ruso hacia los judíos. Stalin, en su lucha contra la «revolución permanente», se apoya en el egoísmo de pequeño burgués de los «kullak» y en la ignorancia de las masas campesinas, que no se han despojado de su odio atávico a los judíos. Se propone formar, por medio del antisemitismo, un frente único de soldados, obreros y campesinos contra el peligro del trotskysmo. Menjiuski tiene grandes probabilidades de éxito en su lucha contra el partido de Trotsky, en su caza a los miembros de la organización secreta que Trotsky está formando para apoderarse del poder. En todo judío, Menjiuski recela y persigue a un catilinario. La lucha contra el partido de Trotsky adquiere así el carácter de un verdadero antisemitismo de Estado. Los judíos son metódicamente separados del ejército, de los sindicatos, de la burocracia del Estado y del partido, de la administración

de los «trusts» industriales y comerciales. Poco a poco el partido de Trotsky, que había lanzado sus tentáculos sobre todos los órganos de la máquina política, económica y administrativa del Estado, se disgrega. Entre los judíos perseguidos por la «G.P.U.», privados de sus empleos, de sus funciones, de sus salarios, encarcelados, desterrados, dispersados, o bien reducidos a vivir al margen de la sociedad soviética, hay muchos que son ajenos a la conjura de Trotsky. «Pagan por los otros; los otros pagan por todos», dice Menjiuski. Contra la táctica de Stalin, Trotsky no puede nada; es impotente para defenderse del odio instintivo del pueblo. Todos los prejuicios de lá antigua Rusia se vuelven contra este Catilina «valiente como un tártaro y cobarde como un judío». ¿Qué puede hacer Trotsky contra esa resurrección inesperada de los instintos y de los prejuicios del pueblo ruso? Sus partidarios más humildes, más fieles, los obreros que le han seguido en octubre de 1917, los soldados que ha conducido él a la victoria contra los cosacos de Koltchak y de Wrangel, se alejan de él. A los ojos de las masas, Trotsky no es más que un judío.

Zinovieff y Kameneff empiezan a temer el valor violento de Trotsky; su voluntad, su orgullo, su odio a quien le traiciona; su desprecio hacia quien le combate. Kameneff, más débil, más indeciso, más cobarde que Zinovieff, no traiciona a Trotsky: le abandona. La víspera del alzamiento contra Stalin, obra con Trotsky como había obrado con Lenin la

5 - 1548

víspera del alzamiento de octubre de 1917. «No me fiaba yo de la acción insurreccional», dirá más adelante para justificarse. «No se fiaba siquiera de la traición», dirá Trotsky, que no le perdonará nunca no haber tenido el valor de traicionarle abiertamente. Pero Zinovieff no abandona a Trotsky; no le traicionará hasta el último momento, después del fracaso del golpe de fuerza contra Stalin: «Zinovieff no es un cobarde; sólo huye ante el peligro.» Para no tenerle a su lado en el momento del peligro, Trotsky le encarga de organizar en Leningrado equipos de obreros destinados a apoderarse de la ciudad al anunciar el triunfo de la insurrección de Moscú. Pero Zinovieff no es ya el ídolo de las masas obreras de Leningrado. En el mes de octubre de 1927, mientras el Comité central del partido se encuentra reunido en la antigua capital, la manifestación organizada en honor del Comité toma bruscamente el carácter de una manifestación en favor de Trotsky. Si Zinovieff hubiera tenido todavía influencia entre los obreros de Leningrado, este episodio hubiera sido el comienzo de un alzamiento. Más adelante se atribuyó él el mérito de esa manifestación sediciosa. En realidad, ni Zinovieff ni Menjiuski la habían previsto. Al mismo Trotsky le sorprendió; tuvo el buen acuerdo de no intentar sacar partido de ello. Las masas obreras de Leningrado no eran ya lo que habían sido diez años antes. ¿Qué se había hecho de los guardias rojos de octubre de 1917? Ese cortejo de obreros y de soldados que desfilan silbando por delante del palacio de

Tauride, bajo las tribunas de los miembros del Comité central, y que se apretujan alrededor de la tribuna de Trotsky para aclamar al héroe de la insurrección de octubre, al creador del ejército rojo, al defensor de la libertad sindical, revela a Stalin la endeblez de la organización secreta de Trotsky. Un puñado de hombres resueltos hubiera podido, aquel día, apoderarse de la ciudad sin disparar un tiro. Pero ya no es Antonoff Ovseenko el que manda los equipos de obreros, las tropas de asalto de la insurrección: los guardias rojos de Zinovieff temen ser traicionados por su jefe. Si la facción de Trotsky, piensa Menjiuski, es tan poderosa en Moscú como en Leningrado, la partida está ganada. Pero el terreno se hunde bajo los pies de Trotsky; asiste desde hace demasiado tiempo, reducido a la impotencia, a las persecuciones, a las detenciones, al destierro de sus partidarios; desde hace demasiado tiempo se ve, a diario, abandonado, traicionado por aquellos mismos que habían siempre demostrado valor y firmeza. Se lanza a la lucha a cuerpo descubierto, vuelve a hallar en su sangre ese indomable orgullo del judío perseguido, esa energía cruel y vengativa que da a su voz acentos bíblicos de desesperación y de rebeldía.

Ese hombre público, de ojos miopes, dilatados por la fiebre y por el insomnio, que se yergue en los mítines, en los patios de las fábricas y de los cuarteles, ante multitudes de obreros y de soldados recelosos, no es ya el Trotsky de 1922, de 1923, de

1924, elegante, irónico y sonriente. Es el Trotsky de 1917, de 1918, de 1919, de 1920 y de 1921, el de la insurrección de octubre y el de la guerra civil, el Catilina bolchevique, el Trotsky del Smolny y de los campos de batalla, el gran sedicioso. Las masas obreras de Moscú han reconocido en ese hombre pálido y violento al Trotsky de las rojas temporadas de Lenin. Ya el viento de la rebelión sopla en las fábricas y en los cuarteles. Pero Trotsky sigue fiel a su táctica; no es la multitud la que él quiere lanzar a la conquista del Estado: es esa tropa organizada en secreto. No pretende adueñarse del Poder por medio de una insurrección, por un levantamiento de las masas obreras, sino por la organización científica de un golpe de Estado. Se va a celebrar dentro de unas semanas el décimo aniversario de la revolución de octubre. Acudirán a Moscú, de todos los países de Europa, los representantes de las diferentes secciones de la III Internacional. Trotsky se dispone a celebrar con una victoria sobre Stalin el décimo aniversario de su victoria sobre Kerenski. Las delegaciones obreras de todos los países de Europa asistirán a una violenta repetición de la revolución proletaria contra el servidor de los pequeños burgueses del Kremlin. «Trotsky hace trampas en el juego», dice Stalin, sonriendo. Sigue de cerca todos los movimientos del adversario.

Un millar de obreros y de soldados, antiguos partidarios de Trotsky que han permanecido fieles al concepto revolucionario del bolchevismo, están

preparados para el gran día: hace mucho tiempo que los equipos de técnicos y de obreros especializados se adiestran en las «maniobras invisibles». Los hombres del cuerpo especial, organizado por Menjiuski para defender el Estado, sienten agitarse a su alrededor la máquina insurreccional de Trotsky: mil pequeños signos les advierten de la proximidad del peligro. Menjiuski se esfuerza, por todos los medios, en obstaculizar los movimientos del adversario; pero los sabotajes en los ferrocarriles, en las centrales eléctricas, en teléfonos y telégrafos, aumentan a diario. Los agentes de Trotsky se infiltran por todas partes, tantean los engranajes de la organización técnica, provocan de vez en cuando la parálisis parcial de los órganos más delicados. Son las escaramuzas preliminares de la insurrección. Los técnicos del cuerpo especial de Menjiuski, movilizados permanentemente, vigilan el funcionamiento del sistema nervioso del Estado, prueban la sensibilidad de su máquina, miden su grado de resistencia y sus reacciones. Menjiuski quería detener sin más tardar a Trotsky y a los más peligrosos de sus partidarios; Stalin se opone a ello. En vísperas de la celebración del décimo aniversario de la revolución de octubre, la detención de Trotsky produciría una impresión desfavorable en las masas y en las delegaciones obreras de todos los países de Europa que acuden a Moscú para asistir a las ceremonias oficiales. La ocasión escogida por Trotsky para intentar apoderarse del Estado no puede ser mejor. Para no pare-

cer un tirano, Stalin no se atreverá nunca a detenerle. Cuando se pueda atrever, será demasiado tarde, piensa Trotsky; las hogueras del décimo aniversario de la revolución estarán apagadas y Stalin no tendrá ya el Poder en sus manos.

La acción insurreccional debe comenzar por la ocupación de los órganos técnicos de la máquina del Estado y por la detención de los comisarios del pueblo, de los miembros del Comité central y de la Comisión para la depuración del partido. Pero Menjiuski ha parado el golpe; los guardias rojos de Trotsky encuentran las casas vacías. Todos los jefes del partido de Stalin se han refugiado en el Kremlin, donde Stalin espera, frío y paciente, el resultado de la lucha entablada entre las tropas de asalto de la insurrección y el cuerpo especial de Menjiuski. Es el 7 de noviembre de 1927. Moscú está todo empavesado de rojo; los cortejos de los representantes de las Repúblicas federadas de la U. R. S. S., llegados de todos lados de Rusia y del fondo de Asia, desfilan ante el hotel Savoy y ante el hotel Metropol, donde se alojan las delegaciones obreras de los diferentes países de Europa. En la plaza Roja, delante de las murallas del Kremlin, miles y miles de banderas púrpuras rodean el mausoleo de Lenin. En el fondo de la plaza, hacia la iglesia Basilio Blajenni, se ven alineados los jinetes de Budyenni, la infantería de Tukatchewski, los veteranos de 1918, de 1919,

de 1920 y de 1921, esos soldados a los que Trotsky condujo a la victoria en todos los frentes de la guerra civil. Mientras el comisario del pueblo en Guerra, Worochiloff, pasa revista a las fuerzas militares de la U. R. S. S., Trotsky, el creador del ejército rojo, pretende conquistar el Estado con mil hombres.

Menjiuski ha tomado sus medidas. Su táctica defensiva no consiste en defender desde el exterior, por medio de un gran despliegue de fuerzas, los edificios amenazados, sino en defenderlos desde el interior con un puñado de hombres. Al ataque invisible de Trotsky opone una defensa invisible. No cae en la equivocación de dispersar sus fuerzas para proteger el Kremlin, los comisariados del pueblo, los domicilios de los «trusts» industriales y comerciales, de los sindicatos y de las oficinas públicas. Mientras los destacamentos de policía del «Guepeú» proveen a la seguridad de la organización política y administrativa del Estado, él concentra las fuerzas del Cuerpo especial en la defensa de la organización técnica. Trotsky no había previsto la táctica de Menjiuski; se da cuenta demasiado tarde de que sus adversarios han sabido sacar provecho de la lección de octubre de 1917. Cuando le anuncian que sus golpes de mano contra las centrales telefónicas y telegráficas y contra las estaciones de ferrocarril han fracasado, y que los sucesos se desarrollan de una manera inesperada, inexplicable, Trotsky comprende en seguida que la acción insurreccional ha

BIBLIOTECA MUNICIPAL

chocado con una organización defensiva, que no es lo que se llama una organización policíaca; pero no logra darse cuenta de la verdadera situación. Finalmente, cuando se entera del fracaso del golpe de mano intentado contra la central eléctrica, subvierte bruscamente su plan y quiere apoderarse de la organización política y administrativa del Estado. No pudiendo ya contar con sus tropas de asalto, derrotadas y dispersadas por la acción imprevista y violenta del adversario, abandona su táctica y concentra todos sus esfuerzos en la suprema intentona de una insurrección general.

El llamamiento que lanza aquel día a las masas proletarias de Moscú sólo es oído por unos cuantos miles de estudiantes y de obreros. Mientras que en la plaza Roja, ante el mausoleo de Lenin, una multitud enorme se apretuja alrededor de Stalin, de los jefes del Gobierno y del partido y de los representantes extranjeros de la III Internacional, los partidarios de Trotsky invaden el anfiteatro de le Universidad, y rechazan el ataque de un destacamento de policía y se dirigen hacia la plaza Roja, a la cabeza de un cortejo de estudiantes y de obreros. Se ha criticado mucho la conducta de Trotsky. Este llamamiento al pueblo, esa salida a la calle, esa especie de tumulto inerme, no eran más que una loca aventura. Después del fracaso de la insurrección, Trotsky no se deja ya guiar por esa fría inteligencia que siempre, en las horas decisivas de su vida, había dominado con el cálculo el ardor de su imagina-

ción y con el cinismo la violencia de sus pasiones; ebrio de desesperación, pierde el control de la situación y se entrega a su temperamento apasionado, que le arrastra a esa tentativa absurda de derribar a Stalin por medio de un alzamiento. Siente acaso la partida perdida, las masas que no tienen ya confianza en él, los pocos amigos que le siguen siendo fieles; siente que no puede ya contar más que consigo mismo, pero que «no hay nada perdido cuando todo no está perdido». Han llegado hasta a atribuirle el temerario deseo de apoderarse de la momia de Lenin, tendida en el ataúd de cristal del triste mausoleo, al pie de las murallas del Kremlin; de hacer un llamamiento al pueblo en torno al fetiche de la revolución; de transformar la momia del dictador rojo en un ariete para abatir la tiranía de Stalin. Sombría leyenda que no carece de grandeza. Quizá, en efecto, la idea de apoderarse de la momia de Lenin cruzó durante un instante por la imaginación exaltada de Trotsky, mientras se elevaban a su alrededor los clamores de la multitud y mientras que, acompañado por el canto de la «Internacional», su pequeño ejército de estudiantes y obreros marchaba hacia la plaza Roja, atestada de soldados y de gente del pueblo, erizada de bayonetas y llameante de banderas.

Al primer choque, el cortejo de sus partidarios retrocede y se dispersa. Trotsky mira a su alrededor. ¿Dónde están sus fieles, los jefes de su facción, los generales de ese pequeño ejército que debe con-

quistar el Estado? Los judíos no están hechos para la lucha armada, para el cuerpo a cuerpo, para la acción insurreccional. El único judío que permanece en su puesto durante la contienda es Trotsky, el gran sedicioso, el Catilina de la revolución bolchevique. «Un soldado —cuenta Trotsky— disparó contra mi auto a guisa de advertencia. Alguien guiaba su mano. Los que tenían ojos para ver, vieron ese 7 de noviembre, en las calles de Moscú, un ensayo de Termidor.»

En la tristeza de su destierro, Trotsky piensa que la Europa proletaria sabrá aprovechar la lección de estos acontecimientos. Olvida que es la Europa burguesa la que podría aprovecharla.

III

1920: LA EXPERIENCIA POLACA EL ORDEN REINA EN VARSOVIA

Después de haber pasado unos meses en el Consejo Superior de Guerra de Versalles, fuí nombrado, en el mes de octubre de 1919, agregado diplomático en la Legación de Italia en Varsovia. De este modo tuve, en diferentes momentos, ocasión de tratar a Pilsudski. Acabé por darme cuenta de que estaba dirigido mucho más por su imaginación y por sus pasiones que por la lógica, que era más presuntuoso que ambicioso y, en el fondo, más rico de voluntad que de inteligencia. El mismo no temía declararse loco y testarudo, como todos los polacos de Lituania.

No es la historia de su vida la que hubiese podido ganar la simpatía de Plutarco o de Maquiavelo. Su personalidad de revolucionario me parecía infinitamente menos interesante que la de los grandes

conservadores, tales como Wilson, Clemenceau, Lloyd George o Foch, a quienes había yo podido tratar y observar en la Conferencia de la Paz. Como revolucionario, Pilsudski me parecía muy inferior al mismo Stambuliski, quien me había producido la impresión de un hombre completamente desprovisto de sentido moral, así como del más apasionado, del más cínico catilinario, atreviéndose a hablar de paz y de justicia entre los pueblos en la Europa de 1919.

Cuando me encontré, por primera vez, en presencia de Pilsudski en su residencia de Belvedere, en Varsovia, su aspecto y sus maneras me sorprendieron. Notábase realmente en él al catilinario burgués preocupado en concebir y en ejecutar los designios más atrevidos en los límites de la moral histórica y civilizada de su tiempo y de su pueblo, y respetuoso de una legalidad que tenía el propósito de violar, aunque sin colocarse fuera de la ley. En efecto, en toda su conducta anterior y posterior al golpe de Estado de 1926, Pilsudski no se ha apartado nunca de la máxima que seguía María Teresa en su política polaca: «Obrar a la prusiana, pero salvando siempre las apariencias de la honradez».

No debe extrañar que Pilsudski hiciera suya la máxima de María Teresa y que se haya preocupado siempre de respetar las apariencias de la legalidad. Esta preocupación constante, común a muchos revolucionarios, bastaba para demostrar que era incapaz (lo cual se ha visto bien en 1926) de concebir y de ejecutar un golpe de Estado conforme a las reglas

de un arte que no es únicamente político. Todo arte tiene su técnica. No todos los grandes revolucionarios conocen la técnica del golpe de Estado. Catilina, Cromwell, Robespierre y Napoleón, para no citar más que algunos de los grandes, Lenin mismo, han demostrado que conocen todo lo del golpe de Estado, menos la técnica. Entre el Bonaparte del 18 Brumario y el general Bulanger, no hay más que Luciano Bonaparte.

A fines de otoño de 1919, a los ojos de todo el pueblo polaco, Pilsudski era el único hombre capaz de tener en sus manos el destino de la República. Era él entonces jefe de Estado; pero el poder que le había sido conferido no era más que provisional, en espera de la Constitución que estableciera la Dieta elegida en enero. En realidad, el juego de los partidos políticos y de las ambiciones personales limitaba gravemente la autoridad del jefe del Estado. Frente a la Dieta constituyente, Pilsudski se encontraba en la misma situación que Cromwell frente al Parlamento del 3 de septiembre de 1654.

En vano la opinión pública esperaba de él que se atreviera a disolver la Dieta y asumir toda la responsabilidad del Poder. Esta especie de dictador, a la vez brutal y burgués, faccioso, pero lleno de consideraciones hacia la legalidad y preocupado de parecer imparcial a los ojos del pueblo; esa especie de general socialista, revolucionario hasta la cintura y reaccionario de cintura para arriba, que no llegaba a decidirse entre la guerra civil y la guerra

contra la Rusia de los Soviets, que amenazaba todas las semanas con un golpe de Estado y manifestaba el mayor deseo de hacerse consagrar por una Constitución por nacer aún, este hombre no dejaba de suscitar en la opinión pública alguna estupefacción y alguna inquietud. No sólo los socialistas, sino los hombres de derecha también, se preguntaban, no sin asombro, qué podía esperar este Teseo que retorcía el hilo de Ariadna entre sus dedos sin decidirse a utilizarlo, ya fuese para salir del laberinto político y financiero por el que se extraviaba el Estado, o bien para estrangular a la República, y que prefería perder el tiempo en rivalizar en intrigas y en astucia con el presidente del Consejo, Paderewski, en aquellas temporadas de ocio que se preparaba en el Belvedere, residencia veraniega de los reyes de Polonia. Entretanto, Paderewski, instalado en el corazón de Varsovia, en el palacio real, en la residencia de invierno de los reyes, contestaba con músicas de clavicordio al clarín de los ulanos de Pilsudski.

A los ojos del pueblo, el prestigio del jefe de Estado, minado por las polémicas parlamentarias y por las intrigas de los partidos, decrecía de día en día. La inexplicable actitud pasiva de Pilsudski ante los peligros de la situación exterior e interior, ponía duramente a prueba la confianza de los socialistas en su viejo compañero de conjuras y de destierro. Después de la vana intentona del príncipe Sapieha, héroe del golpe de Estado fallido de enero de 1919 contra Pilsudski, la nobleza había abandonado la

idea de una conquista violenta del Poder; pero bien pronto, volviendo a sus ilusiones ambiciosas, se convenció de que Pilsudski no estaba ya en situación de proteger la libertad pública contra alguna tentativa derechista, y que no constituía ya, de allí en adelante, un peligro para la libertad.

Pilsudski no había guardado rencor al príncipe Sapieha, lituano como él, pero gran señor, de maneras persuasivas y corteses, llevando su elegancia hasta el optimismo hipócrita: esa elegancia inglesa desenvuelta e indolente, que los extranjeros educados en Inglaterra se apropian como una segunda naturaleza. El príncipe Sapieha no era hombre para suscitar el recelo ni la envidia de Pilsudski; su intentona revolucionaria había sido tan evidentemente la de un «dilettante» y la de un empírico, que no podía inquietarle. Prudente tanto como faccioso, y llevando su desprecio a la aristocracia hasta la inconsciencia, Pilsudski se vengó de Sapieha nombrándole embajador en Londres: ese Sylla educado en Cambridge volvía a Inglaterra a terminar allí sus estudios.

Pero no era tan sólo entre los reaccionarios, inquietos del peligro a que exponía a Polonia el desorden parlamentario, donde se formaba y maduraba el proyecto de adueñarse del Poder por la violencia. Habiendo vuelto a Polonia, al final de la guerra, después de haberse batido valientemente en el frente francés, el general José Haller, a la cabeza de su ejército de voluntarios, fieles sólo a él, se mantenía

en la sombra; adversario de Pilsudski, se preparaba a sucederle. El jefe de la Misión militar inglesa, el general Carton de Wiart, de quien los polacos decían que se parecía a Nelson porque se había dejado combatiendo un ojo y un brazo, declaraba que Pilsudski haría bien en desconfiar de Haller, que era cojo como Talleyrand.

Entretanto, la situación interior empeoraba de día en día. Después de la caída de Paderewski, la lucha entre los partidos se había tornado más viva, y el nuevo presidente del Consejo, Skulski, no parecía el hombre indicado para hacer frente al desorden administrativo y político, a las exigencias de las facciones, a los acontecimientos que se preparaban en secreto. Hacia fines de marzo, en un consejo de guerra celebrado en Varsovia, el general Haller se opuso resueltamente a los planes militares de Pilsudski. Cuando quedó decidida la conquista de Kiev, se retiró a provincias y se mantuvo apartado en una actitud reservada que no parecía lo suficientemente justificada por las consideraciones estratégicas.

El 26 de abril de 1920, el ejército polaco pasaba la frontera de Ucrania, y el 8 de mayo entraba en Kiev. Las fáciles victorias de Pilsudski provocaron en toda Polonia un inmenso entusiasmo. El 18 de mayo, la población de Varsovia dispensaba una acogida triunfal al conquistador, a quien comparaban cándidamente sus fanáticos más ingenuos con el ven-

cedor de Marengo. Entretanto, a comienzos de junio, el ejército bolchevique, dirigido por Trotsky, tomaba la ofensiva, y el 10, la caballería de Budyenni volvía a Kiev. Ante esta repentina noticia, el miedo y el desorden excitaron el furor de los partidos, las pretensiones de los ambiciosos. El presidente del Consejo, Skulski, dejó el Poder a Grabski, y el ministro de Estado, Patek, fué sustituído por el príncipe Sapieha, embajador en Londres, ese antiguo Sylla que volvía calmado por las lecciones del liberalismo inglés. Todo el pueblo se levantó en armas contra la invasión roja; el mismo Haller, el adversario de Pilsudski, acudió con sus voluntarios en socorro de su rival humillado. Sin embargo, las facciones se acometían con furor; aturdido por su clamor, oíanse apenas los relinchos de los caballos de Budyenni.

Al empezar agosto, el ejército de Trotsky estaba a las puertas de Varsovia. En medio de una multitud inquieta y taciturna, que se apretujaba en las calles a caza de noticias, veíanse vagar bandas de prófugos, de refugiados, de campesinos en fuga; oíase, cada vez más cercano, el estruendo de la batalla. Grabski, el nuevo presidente del Consejo, cayó, y en vano Witos, su sucesor, mal visto por la gente de derecha, se esforzó en imponer una tregua a los partidos y en organizar la resistencia civil. En los barrios obreros, en el distrito de Nalewki, el «ghetto» de Varsovia, donde 300.000 judíos aguzaban el oído hacia el fragor de la batalla, la rebelión fermentaba ya. En los pasillos de la Dieta, en las antesalas de

6 - 1548

los ministerios, en los cafés, en los cuarteles, corrían los rumores más extraños. Se hablaba de la probable intervención de tropas alemanas, solicitada en Berlín por Witos, para contener la ofensiva bolchevique. Se supo más adelante, durante una interpelación parlamentaria, que los «pourparlers» con Alemania se habían entablado, en efecto; pero por Witos, de acuerdo con Pilsudski. Se relacionaban estos «pourparlers» con la llegada del general Weygand, llegada que se consideraba a la vez como una desautorización infligida a Witos y como una merma de Pilsudski. Las derechas, siempre adictas a la política francesa, acusaron a Witos de doblez y de ineptitud, y reclamaron un gobierno fuerte. El mismo Witos, impotente para calmar las facciones levantiscas, y atribuyendo la responsabilidad del desastre tanto a las derechas como a las izquierdas, agravaba involutariamente el caos.

El enemigo estaba a las puertas de la ciudad; el hambre y la sedición se enseñoreaban ya de Varsovia. Grandes cortejos recorrían las calles de los barrios, y por las aceras del Krakowskie Przedmiescie, delante de los grandes hoteles, los Bancos y las moradas de la nobleza, vagaban ya bandas de desertores, mostrando unos ojos febriles en sus rostros desencajados.

El 6 de agosto, monseñor Ratti, nuncio apostólico, actualmente Papa bajo el nombre de Pío XI,

obrando en su calidad de decano del Cuerpo diplomático, y acompañado de los ministros de Inglaterra, de Italia y de Rumania, fué a la residencia del presidente del Consejo, Witos, para rogarle que le indicase, sin más dilación, la ciudad a donde se trasladaría el Gobierno en caso de evacuación de la capital. Esta gestión había sido decidida la víspera, después de una larga discusión durante una reunión del Cuerpo diplomático en la Nunciatura. La mayor parte de los representantes extranjeros, siguiendo el ejemplo del ministro de Inglaterra, sir Horace Rumbold, y del ministro de Alemania, el conde Oberndorff, se había pronunciado por un traslado inmediato del Cuerpo diplomático a una ciudad más segura: Posen o Czenstochowa. Sir Horace Rumbold había llegado incluso a pedir que se impusiera al Gobierno polaco la elección de Posen como capital provisional.

Los únicos en sostener la necesidad de permanecer en Varsovia hasta último extremo fueron el nuncio, monseñor Ratti, y el ministro de Italia, Tommasini. Su actitud había suscitado en el seno de la reunión vivas críticas, y el Gobierno polaco la había juzgado desfavorablemente, porque sospechaba que si el nuncio de Su Santidad y el ministro de Italia se inclinaban por Varsovia, lo hacían con la secreta esperanza de verse, a última hora, en la imposibilidad de salir de ella, obligados a permanecer allí durante la ocupación bolchevique. Así, según se decía, el nuncio de Su Santidad se encontraría en disposición de establecer un contacto entre el Vaticano y el Go-

bierno de los Soviets para discutir los problemas religiosos que interesasen a la Iglesia; porque la Iglesia, siempre atenta a los acontecimientos rusos, acechaba la ocasión de extender su influencia por la Europa oriental, como lo demostraban, no sólo el nombramiento del padre Genocchi como visitador apostólico en Ucrania, sino también el apoyo abiertamente concedido por el nuncio, monseñor Ratti, al metropolitano de Leópolis, monseñor Szeptycki. En efecto, la iglesia de Galitzia oriental ha sido siempre considerada por la Santa Sede como una mediadora natural para la conquista católica de Rusia. En cuanto al ministro de Italia, Tommasini, era sospechoso de obedecer a instrucciones del ministro italiano de Estado, conde Sforza, quien impulsado por consideraciones de política interior, las exigencias de los socialistas italianos, deseaba él también entrar en relaciones con los Soviets. Si los bolcheviques ocupaban la capital de Polonia, la presencia del ministro Tommasini ofrecería al conde Sforza una ocasión cómoda de entrar en relaciones diplomáticas con el Gobierno de Moscú.

La gestión de monseñor Ratti, decano del Cuerpo diplomático, fué acogida por el presidente del Consejo, Witos, con gran frialdad. Quedó decidido, sin embargo, que, en caso de peligro, el Gobierno polaco se trasladaría a Posen y proveería al desplazamiento del Cuerpo diplomático. El 8 de agosto, es decir, dos días después, una gran parte de los funcionarios de las Legaciones salía de Varsovia.

La vanguardia del ejército bolchevique estaba ya a las puertas de la ciudad. En los barrios obreros sonaban los primeros tiros. Había llegado el momento de intentar el golpe de Estado.

Varsovia, en el transcurso de esas jornadas, presentaba el aspecto de una ciudad resignada al saqueo. Un pesado calor sofocaba las voces y los ruidos; un profundo silencio pesaba sobre la multitud, agrupada en las calles. De vez en cuando, filas interminables de tranvías, cargados de heridos, hendían lentamente aquella multitud. Los heridos se asomaban a las ventanillas y enseñaban el puño amenazantes. Un largo murmullo se propagaba de acera a acera, de calle en calle. En medio de una escolta de ulanos, entre los cascos de los caballos, encorvados, cojeando, vestidos con harapos y con la estrella roja sobre el pecho, desfilaban unos prisioneros bolcheviques. Al paso de los prisioneros, la multitud se abría en silencio y se volvía a unir pesadamente detrás de ellos. Estallaban tumultos aquí y allí, sofocados inmediatamente por la marejada humana. Por encima de aquel mar de cabezas se alzaban a veces altas cruces negras, llevadas en procesión por soldados flacos y febriles; el pueblo avanzaba lentamente, por oleadas; dibujábase una corriente en medio de la calle, seguía las cruces, se paraba, refluía, se perdía en brazos tumultuosos. A la entrada del puente del Vístula, una multitud silenciosa agu-

zaba el oído hacia un lejano tronar. Nubes densas, amarillas de sol y de polvo, cerraban el horizonte, que vibraba como bajo el choque de un ariete.

La estación central era asaltada día y noche por bandas famélicas de desertores, de refugiados, de fugitivos de todas las razas y de todas las clases sociales. Sólo los judíos parecían encontrarse en su elemento en medio del tumulto de aquellas jornadas. El barrio de Nalewki, el «ghetto» de Varsovia, estaba como en plena fiesta. El odio a los polacos perseguidores de hijos de Israel, la satisfacción de asistir a la gran piedad de la Polonia católica e intolerante, se manifestaban allí en actos de valor y de violencia, insólitos entre los judíos de Nalewki, mudos y pasivos por prudencia y por tradición. Los judíos se tornaban sediciosos: mala señal para los polacos.

Las noticias de las regiones invadidas que traían los fugitivos, mantenían el espíritu de sedición; en toda ciudad, en todo pueblo conquistado, ¿no se apresuraban acaso los bolcheviques en instalar un Soviet, formado por judíos del lugar? Los judíos, de perseguidos, se convertían en perseguidores. La libertad, la venganza, el poder, eran frutos demasiado dulces para que la miserable plebe de Nalewki no desease morder en ellos. El ejército rojo, entonces a unas millas de Varsovia, encontraba un aliado natural en la enorme población judía de la ciudad, cuyo número y animación crecían a diario. En los primeros días de agosto, eran por lo menos

quinientos mil en Varsovia. Me he preguntado entonces con frecuencia qué era lo que podía retener a aquella enorme masa sediciosa, ardiendo de odio fanático, hambrienta de libertad, qué era lo que podía impedirla intentar un levantamiento.

El Estado en plena disolución, el Gobierno en la agonía, una gran parte del territorio nacional invadida, la capital presa del desorden y ya sitiada: mil hombres resueltos, dispuestos a todo, hubieran bastado para apoderarse de la ciudad sin disparar un tiro. Pero la experiencia de esas jornadas me ha convencido de que si Catilina puede ser judío, los catilinarios, es decir, los ejecutores del golpe de Estado, no pueden ser reclutados entre los hijos de Israel. En el mes de octubre de 1917, en Petrogrado, el Catilina de la insurrección bolchevique fué el judío Trotsky y no el ruso Lenin; pero los ejecutores, los catilinarios: marineros, obreros, soldados, eran en su mayoría rusos. En su lucha contra Stalin, en 1927, Trotsky debía aprender a sus expensas el peligro de intentar un golpe de Estado confiando su ejecución a elementos judíos en su mayoría.

Casi a diario reuníase el Cuerpo diplomático en la Nunciatura para discutir la situación. Allí acompañaba yo con frecuencia al ministro de Italia, Tommasini, que se mostraba muy satisfecho de la actitud de sus colegas, todos favorables a la tesis de sir Horace Rumbold y del conde Oberndorff. Sólo el

ministro de Francia, M. de Panafieu, aun juzgando la situación de lo más crítica, no dejaba de darse cuenta que la marcha del Cuerpo diplomático a Posen haría el efecto de una fuga y provocaría la indignación pública. Por eso él, de acuerdo con monseñor Ratti y con el ministro de Italia, creía que era necesario permanecer en Varsovia hasta último extremo, y que el consejo de sir Horace Rumbold y del conde Oberndorff, partidarios de un abandono de la ciudad, sólo podía seguirse en el caso en que el derrumbamiento de la situación interior comprometiese la defensa militar de la ciudad

En realidad, la tesis de M. de Panafieu se aproximaba mucho más a la de los ministros de Inglaterra y de Alemania que a la del nuncio de Su Santidad y del ministro de Italia. En efecto, mientras Tommasini y monseñor Ratti —cuyo proyecto de permanecer en Varsovia aun en el caso de una ocupación bolchevique era cosa evidente— manifestaban un franco optimismo, lo mismo en lo referente a la situación militar que en lo tocante a la crisis interior, y declaraban con insistencia que el Cuerpo diplomático no corría ningún peligro por retrasar hasta el último momento su salida hacia Posen, M. de Panafieu no consideraba con optimismo más que la situación militar. El no podía, en apariencia, dejar de tener confianza en Weygand. Como la defensa de la ciudad se encontraba de allí en adelante confiada a un general francés, el ministro de Francia aparentaba prestar su adhesión a la tesis de sir Horace Rum-

bold y del conde Oberndorff, no a causa de preocupaciones de orden militar, sino únicamente en atención a los peligros que hacía prever la situación interior. Los ministros de Inglaterra y de Alemania temían, sobre todo, la caída de Varsovia en manos del ejército bolchevique. Oficialmente, M. de Panafieu no podía temer más que un levantamiento de los judíos o de los comunistas: «Lo que temo —decía el ministro de Francia— es la cuchillada en la espalda a Pilsudski y a Weygand.»

El nuncio de Su Santidad, según afirmaba monseñor Pellegrinetti, secretario de la Nunciatura, no creía en la posibilidad de un golpe de Estado. «El nuncio —decía sonriendo el general Carton de Wiart, jefe de la misión miliatr inglesa— no puede concebir que la miserable chusma del «ghetto» y de los barrios de Varsovia se atreva a intentar adueñarse del Poder. Pero Polonia no es la Iglesia, donde sólo los papas y los cardenales pueden dar golpes de Estado.»

Aunque él no tuviese la impresión de que el Gobierno, los jefes militares y las clases dirigentes, es decir, los responsables de la situación, hicieran todo lo que podían por evitar nuevos y más graves peligros, monseñor Ratti estaba persuadido de que toda intentona sediciosa fracasaría. Sin embargo, los argumentos de M. de Panafieu eran demasiado serios para no suscitar en el nuncio algún escrúpulo. Por eso no me extrañó la visita que hizo una mañana monseñor Pellegrinetti al ministro Tommasini, para apremiarle a confirmar que el Gobierno había tomado

todas las medidas necesarias para hacer frente a una intentona eventual de alzamiento. El ministro me hizo llamar inmediatamente, me expuso los escrúpulos del nuncio y me rogó, en presencia de monseñor Pellegrinetti, que fuera a controlar las precauciones tomadas por el Gobierno para impedir los desórdenes y reprimir toda sedición. Las noticias que el general Romei, jefe de la misión militar italiana, acababa de confirmarle sobre los progresos incesantes de la ofensiva bolchevique, no le dejaban la menor duda acerca de la suerte de Varsovia. Era el 12 de agosto. Por la noche, el ejército de Trotsky había llegado a una veintena de millas de la ciudad. «Si las tropas polacas resisten todavía unos días —dijo el ministro—, la maniobra del general Weygand puede tener éxito. Pero no hay que hacerse muchas ilusiones.» Me encargó que fuese a los barrios obreros y al de Nalewki, donde se temían desórdenes, para comprobar por mis propios ojos, en los sitios más importantes de la ciudad, si las medidas adoptadas eran suficientes para proteger a Weygand y a Pilsudski y garantizar al Gobierno de un golpe de mano eventual. «Sería preferible —dijo al terminar— que no fuera usted solo.» Y me aconsejó que me hiciera acompañar por el capitán Rollin, agregado a la Legación de Francia.

El capitán Rollin, oficial de Caballería, pertenecía a la «segunda oficina»; era uno de los colaboradores más serios y más cultos de M. de Panafieu y del general Henrys, jefe de la misión militar francesa. Frecuentaba asiduamente la Legación de Italia y sostenía con el ministro Tommasini relaciones de viva simpatía y de cordial amistad. Le he visto después, en Roma, en 1921 y 1922, durante la revolución fascista; estaba él entonces en el palacio Farnesio como agregado a la Embajada de Francia, y mostraba la mayor admiración por la táctica revolucionaria de Mussolini. Desde que el ejército bolchevique había puesto sitio a Varsovia, iba yo casi a diario con él a las avanzadas polacas, para seguir más de cerca las peripecias de la batalla. Pero fuera de los cosacos rojos, jinetes terribles, dignos de banderas más gloriosas, los soldados bolcheviques no tenían un aspecto muy peligroso. Iban al combate lentamente, con un aspecto lamentable: el de gentes hambrientas y andrajosas, espoleadas únicamente por el miedo y el hambre. Mi larga experiencia de la guerra en el frente francés y en el frente italiano me impedía comprender cómo los polacos podían retroceder ante semejantes soldados.

El capitán Rollin estimaba que el Gobierno polaco no conocía los rudimentos del arte de defender un Estado moderno. Idéntica consideración podía aplicarse a Pilsudski, aunque en otro sentido. Los soldados polacos tienen fama de valientes. ¿Pero de qué sirve la valentía de los soldados si los jefes ignoran que el arte de defenderse consiste en conocer sus puntos débiles? Las medidas de precaución adoptadas por el Gobierno para hacer frente a la even-

tualidad de una intentona sediciosa, eran la mejor prueba de que ignoraba cuáles son los puntos débiles de un Estado moderno. Desde Sila, la técnica del golpe de Estado ha hecho progresos considerables; resulta, pues, clarísimo que las medidas tomadas por Kerenski para impedir que Lenin se adueñase del Poder, hubieran debido ser completamente distintas de las que empleó Cicerón para defender a la República contra la sedición de Catilina. Lo que, en otros tiempos, era un problema de policía, es hoy un problema técnico. Bien se ha visto en marzo de 1920, en Berlín, durante el golpe de Estado de Kapp: la diferencia que hay entre el criterio policíaco y el criterio técnico.

El Gobierno polaco obraba como Kerenski: se atenía a la experiencia de Cicerón. Ahora bien; el arte de conquistar y de defender un Estado se ha modificado, en el transcurso de los siglos, a medida que se modificaba la naturaleza del Estado. Si unas cuantas medidas policíacas bastaban para desbaratar el plan sedicioso de Catilina, esas mismas medidas no podían servir de nada contra Lenin. El error de Kerenski consistió en querer defender los puntos vulnerables de una ciudad moderna: sus Bancos, sus estaciones, sus centrales telefónicas y telegráficas, con los métodos de Cicerón para defender la Roma de su tiempo, cuyos puntos más delicados eran el Foro y la Suburra.

En mayo de 1920, Von Kapp olvidó que en Berlín, además del Reichstag y de los ministerios de la

Wilhelmstrasse, había también centrales eléctricas, estaciones de ferrocarril, antenas radiotelegráficas y fábricas. Los comunistas se aprovecharon de su error para paralizar la vida de Berlín y obligar a capitular a aquel Gobierno provisional, que había tomado la posesión del Poder por medio de un golpe de fuerza realizado siguiendo métodos de policía militar. La noche del 2 de diciembre, Luis Napoleón comenzó su golpe de Estado por la ocupación de las imprentas y de los campanarios. Pero en Polonia nadie tiene en cuenta sus propias experiencias, y menos aún las ajenas. La historia de Polonia está llena de hechos, de los que se consideran inventores los polacos. No creen que ningún acontecimiento de su vida nacional se vuelva a dar en la vida de los demás pueblos; en su patria es donde se produce por primera vez; no se ha podido observar en ninguna otra parte.

Las medidas de precaución tomadas por el Gobierno de Witos se limitaban a las medidas de policía habituales. Los puentes sobre el Vístula, el del ferrocarril y el de Praha, no estaban custodiados, en cada extremo, más que por cuatro soldados. La central eléctrica no estaba custodiada: no encontramos ni señal del menor servicio de vigilancia o de protección. El director nos declaró que algunas horas antes, el mando militar de la ciudad le había telefoneado que sería responsable de cualquier acto de sabotaje de las máquinas y de cualquier interrupción de la corriente. La Ciudadela, que está situada más allá del barrio de Nalewki, completamente en el límite

de Varsovia, estaba llena de ulanos y de caballos; pudimos entrar y salir sin que los centinelas nos pidiesen salvoconductos. Hagamos notar que en la Ciudadela había igualmente un depósito de armas y un polvorín. En la estación del ferrocarril, la confusión era indescriptible: bandas de fugitivos tomaban los trenes por asalto; una multitud tumultuosa se apretujaba en los andenes y en las vías; grupos de soldados borrachos dormían profundamente, tumbados por el suelo. «Somno vinoque sepulti», observó el capitán Rollin, que sabía latín. Diez hombres armados con granadas hubieran bastado.

La residencia del Estado Mayor del Ejército en la plaza principal de Varsovia, a la sombra de la iglesia rusa, derruída actualmente, estaba custodiada por los cuatro centinelas acostumbrados. Un vaivén de oficiales y de correos, cubiertos de polvo hasta el pelo, obstruía la puerta y el vestíbulo del edificio. Aprovechamos aquel desorden para subir la escalera, recorrer un pasillo, cruzar una sala tapizada de mapas topográficos, y en la que un oficial, sentado en un ricón ante una mesa, alzó la cabeza y nos saludó con aire aburrido. Después de haber recorrido otro pasillo y haber entrado en una especie de antesala, donde unos oficiales grises de polvo esperaban de pie junto a una puerta entornada, volvimos a bajar al vestíbulo. Al pasar de nuevo por delante de los dos centinelas para salir a la plaza, el capitán me miró sonriendo. El edificio de Correos estaba custodiado por un piquete de soldados mandado por un

teniente. Este oficial nos dijo que tenía como misión impedir que la multitud, en caso de tumulto penetrase en el edificio de Correos. Le hice observar que un piquete de soldados colocado con tan buen orden a la entrada del edificio, conseguiría rechazar seguramente sin gran trabajo una multitud tumultuosa, pero no impedir el golpe de mano de diez hombres resueltos. El teniente sonrió y, señalando al público que entraba y salía tranquilamente, me respondió que aquellos diez hombres se habían introducido quizá por separado o estaban precisamente en aquel momento introduciéndose ante nuestros ojos.

—Estoy aquí para reprimir un motín —terminó—, y no para impedir un golpe de mano.

Grupos de soldados estacionados ante los Ministerios observaban con curiosidad las idas y venidas del público y de los empleados. La Dieta estaba rodeada de gendarmes y de ulanos a caballo; entraban y salían diputados, discutiendo entre ellos en voz baja. En el atrio topamos justamente con el mariscal de la Dieta, Trompczinski, obeso y preocupado, que nos saludó con aire distraído. Estaba rodeado de un grupito de diputados de la Posnania, atentos y fríos. Trompczinski, hombre de derecha y posnanio, era francamente hostil a la política de Pilsudski y se hablaba mucho, por aquellos días, de sus manejos secretos para derribar al gobierno Witos. La misma noche, en el Círculo de Caza, el mariscal de la Dieta decía a Cavendish Bentink, secretario de la Legación de Inglaterra: «Pilsudski no sabe defender Polonia,

y Witos no sabe defender la República.» La República, para Trompczinski, era la Dieta. Como todos los hombres gruesos, Trompczinski no se sentía suficientemente defendido.

Durante todo el día recorrimos la ciudad en todos sentidos, llegando incluso hasta los barrios más apartados. Alrededor de las diez de la noche, cuando pasábamos por delante del Hotel Savoy, el capitán Rollin oyó que le llamaban por su nombre. Desde la puerta del hotel, el general Bulach Balachowitch nos hacía señas de que entrásemos. Partidario de Pilsudski, pero «partidario» en el sentido que se da a esta palabra en Rusia y en Polonia, el general ruso Balachowitch mandaba las famosas bandas de cosacos negros que peleaban por Polonia contra los cosacos rojos de Budyenni.

General con cabeza de bandido, acostumbrado a todas las tretas de las guerrillas de partidarios, audaz sin escrúpulos, Bulach Balachowitch era un buen elemento de triunfo en el juego de Pilsudski, que se servía de él y del atamán Petliura para mantener en la Rusia blanca y en Ucrania la rebelión contra los bolcheviques y contra Denikin. Había establecido su cuartel general en el Hotel Savoy, donde se le veía, de vez en cuando, hacer una breve aparición para vigilar, entre dos escaramuzas, la situación política. Una crisis gubernamental no hubiera dejado de tener consecuencias para él, ya en ventaja suya, ya a sus expensas. Más que los movimientos de los cosacos de Budyenni, eran los acontecimientos interiores los que él no cesaba de observar. Los polacos desconfiaban de él, y Pilsudski mismo le utilizaba con prudencia extraordinaria, como a un aliado peligroso.

Balachowitch se puso en seguida a hablar de la situación; a su juicio, sólo un golpe de Estado de los partidarios de la derecha podría salvar a Varsovia del enemigo y a Polonia de la ruina.

—Witos es incapaz de hacer frente a los acontecimientos —terminó— y de proteger la retaguardia del ejército de Pilsudski. Si nadie se decide a adueñarse del Poder para poner fin al desorden, organizar la resistencia civil y defender a la República contra los peligros que la amenazan, dentro de uno o de dos días vamos a asistir a un golpe de Estado comunista.

El capitán Rollin pensaba que era demasiado tarde para prevenir una intentona de los comunistas, y que los partidarios de derecha no tenían hombres capaces de asumir una responsabilidad tan grave.

En las condiciones en que se encontraba Polonia, la responsabilidad de un golpe de Estado no parecía a Balachowitch tan grave como a Rollin, puesto que se trataba de salvar a la República. En cuanto a las dificultades de la empresa, cualquier imbécil podría adueñarse del Poder.

—Pero —añadió— Haller está en el frente, Sapieha no tiene amigos serios y Trompczinski tiene miedo.

Entonces hice yo notar que los partidos de iz-

quierda debían carecer igualmente de hombres a la altura de la situación. ¿Qué es lo que impedía a los comunistas intentar un golpe de Estado?

—Tiene usted razón —aprobó Balachowitch—; yo, en su lugar, no habría esperado tanto. Si no fuera yo ruso, si no fuera un extranjero en este país que me da hospitalidad y por el cual peleo, a estas horas habría dado yo el golpe.

Rollin sonrió.

—Si fuese usted polaco —dijo—, no hubiera usted hecho nada todavía. En Polonia, mientras no es demasiado tarde, es siempre demasiado pronto.

Balachowitch era realmente el hombre capaz de derribar a Witos en unas horas. Un millar de cosacos suyos hubiera bastado para ocupar por sorpresa los centros nerviosos de la ciudad y garantizar el orden durante cierto tiempo. Pero, ¿y después? Balachowitch y sus hombres eran rusos y, además, cosacos. El golpe hubiera tenido éxito sin tropezar con dificultades serias; pero las dificultades hubieran venido después, insuperables. Una vez que se hubiese adueñado del Poder, Balachovitch lo habría cedido sin tardar a hombres de la derecha; pero ningún patriota polaco hubiera aceptado el Poder de manos de un cosaco. Los comunistas únicamente se habrían aprovechado de la situación así creada.

—En el fondo —terminó Balachowitch—, sería esa una buena lección para los partidarios de la derecha.

Encontramos reunidos aquella noche en el Círculo de Caza, al lado de Sapieha y de Trompczinski, algunos de los elementos más representativos de la oposición de los nobles y de los grandes terratenientes a la política de Pilsudski y de Witos. Diplomáticos extranjeros no había, en realidad, más que el conde Oberndorff, ministro de Alemania; el general inglés Carton de Wiart, y el secretario de la Legación de Francia. Todos parecían tranquilos, menos el príncipe Sapieha y el conde Oberndorff. Sapieha aparentaba no oír las conversaciones entabladas a su alrededor y se inclinaba de vez en cuando hacia el general Carton de Wiart, que discutía con el conde Potocki la situación militar, para cambiar algunas palabras con él. Las tropas bolcheviques, en el transcurso de aquel día, habían progresado sensiblemente en el sector de Radzymin, pueblo situado a una veintena de kilómetros de Varsovia.

—Combatiremos hasta el final —decía el conde Potocki.

—Querrá usted decir hasta mañana —replicaba sonriendo el general inglés.

El conde Potocki había regresado de París hacía unos días tan sólo; pero tenía el propósito de volver allí lo antes posible, en cuanto la buena suerte sonriese a Polonia.

—Ustedes —observaba Carton de Wiart— son todos como su famoso Dombrowski, que mandaba las legiones polacas en Italia en la época de Napoleón. «Estoy siempre dispuesto a morir por mi país, decía Dombrowski, pero no a vivir en él.»

BIBLIOTECA MUNICIPAL

Tales eran los hombres, tales las intenciones. Oíase a lo lejos el retumbar del cañón. Antes de separarnos, por la mañana, el ministro Tommasini nos rogó que le esperásemos aquella noche en el Círculo de Caza. Era ya tarde; estaba a punto de marcharme cuando entró el ministro de Italia. Nuestras consideraciones sobre la imprevisión del gobierno de Witos, aun pareciéndole graves, no eran una novedad para él. El mismo Witos le había confesado unas horas antes que no se sentía dueño de la situación. Tommasini no por ello estaba menos convencido de que entre los enemigos de Pilsudski y de Witos no había un hombre capaz de intentar un golpe de Estado. Los únicos susceptibles de despertar alguna inquietud eran los comunistas. Pero el temor a comprometer la situación con una imprudencia les impedía arriesgarse en una aventura, si no peligrosa, al menos inútil. Era evidente que juzgaban la partida ganada y que esperaban tranquilamente la llegada de Trotsky.

—Incluso monseñor Ratti —añadió el ministro volviéndose hacia mí— ha decidido perseverar en la actitud que hemos observado hasta ahora de común acuerdo. El nuncio de Su Santidad y yo permaneceremos en Varsovia basta el final, suceda lo que suceda.

—¡Qué lástima! —comentaba algunos instantes después, y no sin ironía, el capitán Rollin—. ¡Qué lástima si no sucede nada!

A la noche siguiente, ante la noticia de que el ejército bolchevique se había apoderado del pueblo de Radzymin y atacaba la entrada del puente de Varsovia, el cuerpo diplomático abandonó la capital a toda prisa, para refugiarse en Posen. No quedaban en Varsovia más que el nuncio de Su Santidad, el ministro de Italia y los encargados de Negocios de los Estados Unidos y de Dinamarca.

Durante toda la noche la ciudad fué presa del terror. Al día siguiente, que era el 15 de agosto, fiesta de Santa María, todo el pueblo desfiló procesionalmente detrás de la imagen de la Virgen, pidiéndola en voz alta que salvase a Polonia de la invasión. En el momento en que todo parecía perdido, cuando el enorme cortejo, salmodiando sus letanías, esperaba ver desembocar por una esquina, de un momento a otro, una patrulla de cosacos rojos, la noticia de las primeras victorias del general Weygand corrió como la pólvora. El ejército de Trotsky se batía en retirada en toda la línea.

Le había faltado a Trotsky un aliado indispensable: Catilina.

IV

KAPP, O MARTE CONTRA MARX

HABÍAMOS contado con la revolución en Polonia, y la revolución no ha llegado —declaraba Lenin a Clara Zetkin en otoño de 1920.

Para los que piensan, como sir Horace Rumbold, que el desorden es, de todas las circunstancias favorables a los golpes de Estado, la más necesaria, ¿qué razones podrán justificar realmente a los catilinarios polacos? La presencia del ejército de Trotsky a las puertas de Varsovia, la extraordinaria debilidad del gobierno de Witos, el espíritu sedicioso del pueblo, ¿no constituían otras tantas circunstancias favorables a una intentona revolucionaria?

—Cualquier imbécil —decía Balachowitch— podría adueñarse del Poder.

Ahora bien; en 1920, no sólo Polonia, sino Europa estaba llena de imbéciles de esos. ¿Cómo puede ser, entonces, que en esas circunstancias no se haya

producido ni una sola intentona de golpe de Estado en Varsovia, ni por parte de los comunistas?

El único que no se hacía ilusiones sobre la posibilidad de una revolución en Polonia era Radek. Lenin mismo lo ha confesado a Clara Zetkin. Radek, que conocía la incapacidad de los catilinarios polacos, sostenía que en Polonia la revolución debía ser realizada artificialmente, desde fuera. Como se sabe, Radek no se hacía tampoco ilusiones sobre los catilinarios de los demás países. La crónica de los sucesos que se desarrollaron en Polonia durante el verano de 1920 no sólo aclara la incapacidad de los catilinarios polacos, sino también la de los catilinarios de toda Europa.

Quien haya observado sin ideas preconcebidas la situación europea durante los años 1919 y 1920, no puede dejar de preguntarse por qué milagro Europa ha podido salir de una crisis revolucionaria tan grave. En casi todos los países, la burguesía liberal se mostraba incapaz de defender al Estado. Su método defensivo consistía, y sigue consistiendo, en la aplicación pura y sencilla de los sistemas policíacos, a los cuales en todos los tiempos, hasta nuestros días, se han confiado los gobiernos absolutos, igual que los gobiernos liberales. Pero la incapacidad de la burguesía para defender al Estado estaba compensada por la incapacidad de los partidos revolucionarios para oponer una táctica ofensiva moderna al método defensivo en desuso de los gobiernos y una técnica revolucionaria a las medidas de la policía.

Se observa con asombro que en 1919 y en 1920, durante el período más grave de la crisis revolucionaria en Europa, ni los catilinarios de la derecha ni los de la izquierda han sabido sacar provecho de la experiencia de la revolución bolchevique. Les faltaba el conocimiento del método, de la táctica, de la técnica moderna del golpe de Estado, de la que Trotsky ha dado el primer ejemplo clásico. El concepto que ellos tenían de la conquista del poder era un concepto anticuado, que les llevaba fatalmente a situarse en el terreno escogido por el adversario, a emplear sistemas e instrumentos a los cuales hasta los gobiernos débiles e imprevisores pueden oponer con éxito los sistemas e instrumentos de empleo clásico para la defensa del Estado.

Europa estaba madura para la revolución, pero los partidos revolucionarios demostraron que no sabían aprovechar ni las circunstancias favorables ni la experiencia de Trotsky. El éxito de la insurrección bolchevique de octubre de 1917 no se justificaba ante sus ojos más que por las condiciones excepcionales en las que se encontraba Rusia y por los errores de Kerenski. No se dieron cuenta de que Kerenski estaba en el Poder en casi todos los países de Europa; no comprendieron que, en el planeamiento y en la ejecución de su golpe de Estado, Trotsky no había tenido lo más mínimo en cuenta las condiciones excepcionales en que se encontraba Rusia; la novedad introducida por Trotsky en la táctica insurreccional consistía en descuidar por completo la

situación general del país. Los errores de Kerenski han influído tan sólo en el planeamiento y en la ejecución del golpe de Estado bolchevique. Aunque la situación de Rusia hubiera sido distinta, la táctica de Trotsky hubiese seguido siendo la misma.

Los errores de Kerenski eran entonces y son hoy todavía característicos de toda la burguesía liberal de Europa. La debilidad de los gobiernos era extraordinaria; el problema de su existencia no era más que un problema de policía. Pero los gobiernos liberales tenían la suerte de que los catilinarios también consideraban la revolución como un problema de policía.

El golpe de Estado de Kapp es una lección para todos los que conciben la táctica revolucionaria como un problema de orden político y no de orden técnico.

En la noche del 12 al 13 de mayo de 1920, unas cuantas divisiones de las tropas del Báltico, concentradas cerca de Berlín bajo las órdenes del general von Luttwitz, enviaban un «ultimatum» al Gobierno de Bauer, amenazándole con ocupar la capital si el Gobierno no ponía de nuevo el Poder en manos de Kapp. Aunque Kapp se jactase de dar un golpe de Estado parlamentario y de ser el Sieyés de von Luttwitz, su intentona revolucionaria tomaba, desde el comienzo, el aspecto clásico de un golpe de Estado claramente militar, tanto en su planeamiento como en su ejecución. A esta exigencia, el Gobierno de Bauer respondió con una negativa y tomó las medidas de policía necesarias para la defensa del Estado y el mantenimiento del orden público. Como sucede siempre en tales casos, a un concepto militar oponía el Gobierno un concepto policíaco; los dos se parecen, y eso es lo que quita todo carácter revolucionario a las sediciones militares. La Policía defiende al Estado como si fuese una ciudad; los militares atacan al Estado como si fuera una fortaleza.

Las medidas de policía tomadas por Bauer consistían en levantar barricadas en las plazas y calles principales, y en ocupar los edificios públicos. Para von Luttwitz, la ejecución del golpe de Estado consistía en sustituir los destacamentos de policía apostados en los cruces de las grandes calles, en la entrada de las plazas, delante del Reichstag y de los Ministerios de la Wilhelmstrasse, por sus propias tropas. Algunas horas después de su entrada en la ciudad, von Luttwitz era dueño de la situación. La toma de posesión de la ciudad se había efectuado sin derramamiento de sangre, con la regularidad de un relevo de guardia. Pero si von Luttwitz era un militar, Kapp, antiguo director general de Agricultura, era un alto funcionario, un burócrata. Mientras von Luttwitz creía haberse apoderado del Estado por el sólo hecho de haber sustituído la policía por sus propios soldados en los servicios de orden público, el nuevo canciller Kapp estaba con-

vencido de que la ocupación de los Ministerios bastaba para garantizar el funcionamiento normal de la máquina del Estado y para consagrar la legalidad del Gobierno revolucionario.

Hombre mediocre, pero dotado de buen sentido, conociendo bien a los generales y a los altos funcionarios del Reich, Bauer había comprendido desde el principio que sería inútil y peligroso oponer la fuerza armada al golpe de Estado de von Luttwitz. La ocupación de Berlín por las tropas del Báltico era inevitable. La Policía no podría luchar contra unos soldados aguerridos; era ésta un arma eficaz contra conspiraciones y tumultos, pero completamente inútil contra veteranos. Al aparecer los cascos de acero, el destacamento de Policía que custodiaba la entrada de la Wilhelmstrasse se había rendido a los rebeldes. El mismo Noske, hombre enérgico, partidario de la resistencia a ultranza, al tener conocimiento de las primeras defecciones, había decidido conformarse con la actitud de Bauer y de los demás ministros. El punto débil del Gobierno revolucionario, pensaba con razón Bauer, es la máquina del Estado. Quien lograse paralizar esta máquina o simplemente obstaculizar su funcionamiento, heriría en el corazón al Gobierno de Kapp. Para interrumpir la vida del Estado había que provocar la parálisis de toda la vida pública.

La actitud de Bauer era la de un pequeño burgués educado en la escuela de Marx. Sólo un burgués de la clase media, un hombre de orden saturado de ideas sociales acostumbrado a juzgar a los hombres y a los hechos más extraños a su mentalidad, a su educación y a sus intereses con la objetividad y el escepticismo de un funcionario del Estado, podía concebir el audaz proyecto de trastornar honda y violentamente la vida pública para impedir que Kapp fortaleciese su poder basándose en el orden constituído.

El Gobierno de Bauer, antes de salir de Berlín y de refugiarse en Dresde, había dirigido un llamamiento al proletariado para invitar a los obreros a proclamar la huelga general. La decisión de Bauer creaba a Kapp una situación peligrosa. Una reacción ofensiva de las fuerzas que permanecían fieles al Gobierno legítimo de Bauer hubiese sido mucho menos peligrosa para Kapp que una huelga general, porque las tropas de von Luttwitz hubieran triunfado fácilmente. Pero, ¿cómo obligar a una masa enorme de obreros a reanudar el trabajo? No con las armas, seguramente. En la noche misma del 13 de marzo, Kapp, que se creía, a mediodía, dueño de la situación, se encontró prisionero de un enemigo imprevisto. En unas horas la vida de Berlín quedó paralizada. La huelga se extendía por toda Prusia. La capital estaba sumida en la oscuridad; las calles del centro estaban desiertas; una calma absoluta reinaba en los barrios obreros. La parálisis había fulminado los servicios públicos; hasta los enfermeros habían abandonado los hospitales. El tráfico con Prusia y con el resto de Alemania había sido

interrumpido desde las primeras horas de la tarde; en el transcurso de unas horas, Berlín iba a verse hambriento. Por parte del proletariado, ni un gesto de violencia ni un gesto de rebeldía. Los obreros habían abandonado las fábricas con la mayor tranquilidad. El desorden era perfecto.

En la noche del 13 al 14 de marzo, Berlín pareció sumido en un sueño profundo. Sin embargo, en el Hotel Adlon, residencia de las Misiones Aliadas, todo el mundo permaneció en pie hasta el amanecer, esperando graves acontecimiento. El alba encontró a la capital sin pan, sin agua, sin periódicos, pero tranquila. En los barrios populares los mercados estaban desiertos; la interrupción del tráfico ferroviario había cortado los víveres a la ciudad. Y la huelga, como una mancha de aceite, se extendía a todos los empleos públicos y privados. Los telefonistas, los telegrafistas no se presentaban ya en sus oficinas. Los Bancos, las tiendas y los cafés permanecían cerrados. Numerosos funcionarios, hasta en los Ministerios, se negaban a reconocer al Gobierno revolucionario. Bauer había previsto este contagio. Impotente para reaccionar contra la resistencia pasiva de los trabajadores, Kapp recurrió a la ayuda de técnicos y de funcionarios de confianza para intentar poner de nuevo en marcha los engranajes más delicados de los servicios públicos; pero era demasiado tarde. La parálisis había atacado ya a la máquina del Estado.

La población de las barriadas obreras no mos-

traba ya la calma de los primeros días; señales de impaciencia, de inquietud y de rebeldía se manifestaban por todas partes. Las noticias llegadas de los diferentes Estados del Sur ponían a Kapp en la alternativa o de ceder a Alemania, que sitiaba a Berlín, o de ceder a Berlín, que retenía prisionero al Gobierno ilegal. ¿Había que resignar el Poder en manos de Bauer, o entregarle de nuevo a los Consejos Obreros, dueños ya de los barrios? Su golpe de Estado no había dado a Kapp más que el Reichstag y los Ministerios. La situación empeoraba de hora en hora; no dejaba al Gobierno revolucionario ni los elementos ni las ocasiones de un juego político. Entrar en contacto con los partidos de izquierda, incluso con los partidos de derecha, parecía imposible. Un acto de fuerza hubiera tenido consecuencias imprevisibles. Unas cuantas tentativas de las tropas de von Luttwitz para obligar a los obreros a reanudar el trabajo no habían conducido más que a inútiles derramamientos de sangre. Aquí y allá, sobre el asfalto, veíanse los primeros muertos; error fatal de un Gobierno revolucionario que se había olvidado de ocupar las centrales eléctricas y las estaciones de ferrocarril.

Aquella primera sangre producía una herrumbre indeleble sobre los engranajes del Estado. La detención de algunos altos funcionarios del Ministerio de Estado, la noche del tercer día, revelaba hasta qué punto la indisciplina había descompuesto a la burocracia. El 15 de mayo, en Stuttgart, donde

había sido convocada la Asamblea Nacional, Bauer declaraba al presidente Ebert, al comunicarle la noticia de los sangrientos incidentes de Berlín:

—El error de Kapp es haber alterado el desorden.

El dueño de la situación era Bauer, el mediocre Bauer, hombre de orden; el único que había comprendido que, para combatir la intentona revolucionaria de Kapp, el arma decisiva era el desorden. Un conservador penetrado del principio de autoridad, un liberal respetuoso de la legalidad, un demócrata fiel al concepto parlamentario de la lucha política no se hubiera atrevido nunca a suscitar la intervención ilegal de las masas proletarias y a confiar la defensa del Estado a una huelga general.

El príncipe de Maquiavelo se hubiera atrevido perfectamente a llamar al pueblo en su ayuda para reprimir un ataque arriesgado, una conjuración palaciega. El príncipe de Maquiavelo era, sin embargo, más conservador seguramente que un «Tory» de tiempos de la reina Victoria, aunque el Estado no formase parte, ni de sus prejuicios morales, ni de su educación política. Pero tenía la enseñanza de los ejemplos, que abundan en la historia, de las tiranías asiáticas y griegas y de los señoríos italianos del Renacimiento. Por el contrario, en la tradición de los gobiernos conservadores o liberales de la Europa moderna, la idea del Estado excluye todo

amparo en la acción ilegal de las masas proletarias, cualquiera que pueda ser el peligro que conjurar. Más adelante se preguntaron en Alemania cuál hubiera sido la actitud de Stresemann si se hubiese encontrado en la situación de Bauer. Tenemos la seguridad de que Stresemann hubiera considerado como un procedimineto muy incorrecto el llamamiento de Bauer al proletariado de Berlín.

Hay que darse cuenta aquí de que su educación marxista llevaba lógicamente a Bauer a no tener ninguna clase de escrúpulo sobre la elección de medios para combatir una intentona revolucionaria. La idea de utilizar la huelga general como un arma legal de los gobiernos democráticos, para defender al Estado contra un golpe de mano militarista o comunista, no podía ser extraña para un hombre educado en la escuela de Marx. Bauer fué el primero en aplicar uno de los principios fundamentales del marxismo a la defensa de un Estado burgués. Su ejemplo tiene una gran importancia en la historia de las revoluciones de nuestro tiempo.

El 17 de marzo, cuando Kapp anunció que abandonaba el Poder porque «la situación extraordinariamente grave en la que se encontraba Alemania imponía la unión de todos los partidos y de todos los ciudadanos para hacer frente al peligro de una revolución comunista», la confianza que el pueblo alemán había tenido en Bauer durante esos cinco días de gobierno ilegal fué sustituída por la inquietud y el temor. El partido socialista había perdido el con-

8 - 1548

trol de la huelga general; y los verdaderos dueños de la situación eran los comunistas. En algunos barrios de Berlín se había proclamado la República roja. Consejos de obreros se formaban por todas partes en Alemania entera. En Sajonia y en el Ruhr, la huelga general no había sido más que el preludio del levantamiento. La Reichswehr tropezaba con un verdadero ejército comunista, provisto de ametralladoras y de cañones. ¿Qué iba a hacer Bauer? La huelga general había derribado a Kapp. ¿Iba a derrocar a Bauer la guerra civil?

Ante la necesidad de reprimir por la fuerza un levantamiento obrero, la educación marxista se convertía en el punto débil de Bauer. «La insurrección es un arte», afirmaba Carlos Marx. Pero es el arte de adueñarse del Poder y no de defenderlo. El objetivo de la estrategia revolucionaria de Marx es la conquista del Estado; su instrumento, la lucha de clases. Para seguir en el Poder, Lenin tuvo que alterar algunos de los principios fundamentales del marxismo. Esto es lo que señala Zinovieff cuando escribe: «Ahora el verdadero Marx es imposible sin Lenin». En manos de Bauer, la huelga general había sido un arma para defender al Reich contra Kapp; para defender al Reich contra la insurrección proletaria era necesaria la Reichswehr. Las tropas de von Luttwitz, que se habían mostrado impotentes ante la huelga general, hubieran dominado fácilmente el levantamiento comunista; pero Kapp había abandonado el Poder en el preciso momento

en que el proletariado le ofrecía la ocasión de afrontar la lucha en su propio terreno. Semejante error por parte de un reaccionario como Kapp es incomprensible e injustificable. Por parte de un marxista como Bauer, el error de no comprender que la Reichswehr en aquel momento era la única arma eficaz contra la insurrección proletaria, es justificado por todos conceptos. Después de vanas tentativas encaminadas a buscar un acuerdo con los jefes de la insurrección comunista, Bauer entregó el poder a Müller. Triste final para un hombre de una honradez y de una mediocridad tan audaces.

La Europa liberal y catilinaria tenía mucho aún que aprender de Lenin y de Bauer.

V

BONAPARTE, O EL PRIMER GOLPE DE ESTADO MODERNO

Qué hubiese sucedido el 18 Brumario si Bonaparte se hubiera encontrado enfrente con un hombre como Bauer? Esta afinidad entre Bonaparte y el honrado canciller del Reich abre grandes perspectivas. Bauer seguramente no tiene nada de héroe de Plutarco: es un buen alemán de la clase media, en quien la educación marxista ha ahogado todo sentimentalismo. Los recursos de su mediocridad son inagotables. ¡Qué triste destino para un hombre de virtudes tan corrientes el haber encontrado a Kapp, héroe vulgar y desdichado! Bauer es el rival que merecía Bonaparte, el hombre que hubiera necesitado el 18 Brumario para afrontar al vencedor de Arcolea. Bonaparte hubiera encontrado, al fin, un adversario indigno de él.

Pero Bauer, se dirá, es un hombre moderno, un

alemán de Versalles y de Weimar, un europeo de nuestro tiempo, y Bonaparte un europeo del siglo XVIII, un francés que tenía veinte años en 1789. ¿Cómo concebir lo que hubiera hecho Bauer, el 18 Brumario, para impedir el golpe de Estado? Bonaparte no era Kapp, y la situación de París en 1799 era completamente distinta de la de Berlín en 1920. Bauer no hubiera podido emplear contra Bonaparte la táctica de la huelga general. Dada la organización social y técnica de la época, las condiciones indispensables para que una huelga pudiese impedir el golpe de Estado, faltaban. La cuestión de saber cuál hubiera sido la táctica de Bauer, el 18 Brumario, y qué relación puede haber entre Bonaparte y el canciller del Reich, es, sin embargo, mucho más interesante de lo que pudiera creerse.

Bonaparte no es sólo un francés del siglo XVIII; es, sobre todo, un hombre moderno, mucho más moderno evidentemente que Kapp. La relación entre su mentalidad y la de Bauer es la relación que hay entre el concepto de la legalidad de un Primo de Rivera o de un Pilsudski; es decir, de cualquier general moderno dispuesto a adueñarse del Poder y el concepto de la legalidad de cualquier ministro burgués de nuestra época dispuesto a defender al Estado por todos los medios. Para que una relación de esa clase no parezca arbitraria, hay que considerar que la oposición entre el concepto clásico y el concepto moderno del arte de adueñarse del Poder se revela por primera vez en Bonaparte, y que el 18 Brumario

es el primer golpe de Estado en que se plantean los problemas de la táctica revolucionaria moderna. Los errores, las obstinaciones, las vacilaciones de Bonaparte, son los de un hombre del siglo XVIII, obligado a resolver problemas nuevos y delicados, que se presentan bajo esa forma por primera vez y en medio de una circunstancia extraordinaria, es decir, los problemas relativos a la naturaleza compleja del Estado moderno. El más grave de sus errores, el de haber basado el plan del 18 Brumario en el respeto a la legalidad y en el mecanismo del procedimiento parlamentario, revela en Bonaparte una percepción tan fina de algunos de los problemas actuales del Estado, una inquietud tan inteligente frente al peligro de la multiplicidad y de la fragilidad de las relaciones entre el Estado y el ciudadano, que hacen de él un hombre absolutamente moderno, un europeo de nuestro tiempo. A despecho de sus errores de planeamiento y de ejecución, el 18 Brumario sigue siendo el modelo del golpe de Estado parlamentario. Su carácter actual consiste precisamente en que, en la Europa moderna, ningún golpe de Estado parlamentario podría tener lugar más que con los mismos errores de concepción y de ejecución. Esto es lo que nos lleva a Bauer, a Primo de Rivera y a Pilsudski.

En las llanuras de Lombardía, Bonaparte se preparaba a adueñarse del Poder estudiando en los

clásicos el ejemplo de Sila, de Catilina y de César. Ejemplos ilustres, pero inútiles. La conspiración de Catilina no podía tener, para Bonaparte, un interés particular. En el fondo, Catilina es un héroe fracasado, un político sedicioso con demasiados escrúpulos e insuficiente audacia. ¡Pero qué extraordinario prefecto de Policía aquel Cicerón! ¡Con qué habilidad logró hacer caer en las redes a Catilina y a sus cómplices! ¡Con qué cinismo violento organizó contra los conjurados lo que actualmente se llamaría una campaña de Prensa! ¡Cómo supo sacar provecho de todos los errores del adversario, de todos los obstáculos del procedimiento, de todas las emboscadas, de todas las cobardías, de todas las ambiciones, de todos los bajos instintos de los nobles y de la plebe!

Bonaparte se jactaba entonces con bastante fruición de un gran desprecio por los métodos policíacos. A sus ojos, el pobre Catilina no era más que un sedicioso lleno de imprudencia; un obstinado sin voluntad, lleno de buenas resoluciones y de malas intenciones; un revolucionario perpetuamente indeciso en lo referente a la hora, al lugar y a los medios; incapaz de bajar a la calle en el momento oportuno; un comunero titubeando entre la barricada y la conspiración, perdiendo un tiempo precioso en escuchar el «cuosque tamdem» de Cicerón, y en organizar la campaña electoral contra el «bloque nacional»; una especie de Hamlet calumniado, víctima de las intrigas de un abogado célebre y de las asechanzas de la Policía. ¡Pero ese Cicerón, qué hombre inútil y necesario! Podríase decir de él lo que decía Voltaire de los jesuítas: «Para que los jesuístas sean inútiles, es preciso impedirles ser necesarios». Aunque Bonaparte desprecie los métodos policíacos, aunque la idea de un golpe de mano organizado por la Policía le repugne tanto como una brutal revolución de cuartel, la habilidad de Cicerón le preocupa. ¿Algún día quizá podría serle útil un hombre así? ¡Quién sabe! El dios del Azar tiene dos caras, como Jano: tiene la cara de Cicerón y la de Catilina.

Bonaparte, como todos los que se preparan a adueñarse del Poder por la violencia, teme parecer, a los ojos de los franceses, una especie de Catilina, un hombre aceptándolo todo para triunfar en sus proyectos sediciosos; el alma negra de una conspiración tenebrosa; un temerario ambicioso capaz de todos los excesos; un criminal dispuesto al saqueo, a la matanza y al incendio; decidido a vencer a todo precio, aunque tenga que perecer con sus enemigos bajo las ruinas de su patria. Sabe muy bien que la figura de Catilina no es como la leyenda y la calumnia la han creado; sabe muy bien que las acusaciones de Cicerón no son fundadas; que las «Catilinarias» no son más que un tejido de embustes; que, jurídicamente, el proceso que se intenta entablar contra Catilina es un crimen; que, en realidad, ese criminal, ese sombrío organizador de conjuras no era más que un político mediocre, un hombre torpe en la maniobra, un

obstinado irresoluto del que la policía se libró sin dificultad por medio de algunos espías y de unos cuantos agentes provocadores. Bonaparte sabe muy bien que el mayor error de Catilina es haber perdido la partida, haber comunicado a todo el mundo que preparaba, en el mayor secreto, un golpe de Estado, sin haber logrado llevar la empresa a término. ¡Si hubiera él tenido al menos el valor de intentar el golpe! No puede decirse que le hayan faltado ocasiones: la situación interior era tal, que el Gobierno hubiera sido impotente para desbaratar una intentona revolucionaria. No tiene por completo la culpa Cicerón de que algunos discursos y algunas medidas policíacas hayan bastado para salvar a la República de un peligro tan grave. En el fondo, Catilina ha acabado lo mejor que podía, puesto que ha muerto en un campo de batalla, como patricio de gran nombre y como soldado valiente que era. Pero Bonaparte no está equivocado tampoco al pensar que no era necesario hacer tanto ruido, comprometerse hasta tal punto y provocar tantas desdichas, para huir en el momento oportuno a las montañas a fin de encontrar allí una muerte digna de un romano. A su juicio, Catilina hubiera podido acabar mejor.

Las empresas de Sila y de Julio César eran las que más materia de reflexión ofrecían a Bonaparte sobre su propio destino; eran las más afines a su genio y también al espíritu de su tiempo. El pen-

samiento que le guiara en la preparación y en la ejecución del golpe de Estado del 18 Brumario no había madurado todavía en él. El arte de conquistar el poder le parecía un arte esencialmente militar: la estrategia y la táctica de la guerra aplicadas a la lucha política; el arte de manejar los ejércitos en el terreno de las competiciones civiles.

En su plan estratégico para la conquista de Roma, no es el genio político de Sila y de Julio César el que se revela, sino su genio militar. Las dificultades que tienen que vencer para apoderarse de Roma son dificultades de orden exclusivamente militar. Tienen que combatir ejércitos y no asambleas. Es un error considerar el desembarco de Brindes y el paso del Rubicón como actos iniciales de un golpe de Estado: son actos de carácter estratégico y no de carácter político. Llámense Sila o César, Aníbal o Belisario, el objetivo de sus ejércitos es la conquista de una ciudad: es un objetivo estratégico. Su conducta es la de grandes capitanes para quienes el arte de la guerra no tiene secretos. En Sila, como en César, es evidente que el genio militar es muy superior al genio político. Se puede observar que, en sus campañas, ya comiencen por el desembarco de Brindes o por el paso del Rubicón, ellos no obedecen solamente a una concepción estratégica, que hay una intención oculta en cada uno de los movimientos de sus legiones. Pero el arte de la guerra es un arte lleno de intenciones ocultas y de propósitos lejanos. Todo capitán, Turena, Carlos XII o Foch, es un

BIBLIOTECA MUNICIPAL

instrumento de la política del Estado; su estrategia obedece a los intereses políticos del Estado. La guerra tiene siempre fines políticos: no es más que un aspecto de la política del Estado. La historia no ofrece ningún ejemplo de un capitán habiendo hecho el arte por el arte, la guerra por la guerra. No hay diletantes entre los capitanes grandes o pequeños, ni siquiera entre los «condottieros». La frase de Giovanni Acuto, «condottiero» inglés al servicio de la República de Florencia, «hace uno la guerra para vivir y no para morir», no es ni la «boutade» de un diletante ni la divisa de un mercenario. Expresa la más elevada justificación de la guerra: su moral. Podría ser la divisa de César, de Federico, de Nelson, de Bonaparte. Es natural que al lanzar sus ejércitos a la conquista de Roma, Sila y César tuvieran un objetivo político. Pero hay que dar a César lo que es de César y a Sila lo que es de Sila. No han dado un golpe de Estado. Una conspiración palaciega se parece mucho más a un golpe de Estado que las famosas campañas gracias a las cuales los dos grandes se apoderaron de la República. Sila tardó un año en abrir con las armas el camino de Brindes a Roma, es decir, en llevar a buen término la intentona revolucionaria iniciada en Brindes. Es demasiado tiempo para un golpe de Estado. Pero el arte de la guerra, como todos saben, tiene sus reglas y sus excepciones; a ellas obedecía Sila y sólo a ellas. En lo que a las reglas y a las excepciones de la política se refiere, Sila y César no empezaron a obe-

decerlas sino después de su entrada en Roma, y más a las excepciones que a las reglas, conforme al temperamento y a las costumbres de los capitanes cuando se ponen a dar nuevas leyes y un nuevo orden a las ciudades conquistadas.

En las llanuras de Lombardía, durante aquel año de 1797, tan rico en posibilidades para todo general sin escrúpulos y más audaz que ambicioso, Bonaparte debió empezar a pensar que el ejemplo de Sila y de César podía serle fatal. En el fondo, entre el error de Oche, que había consentido imprudentemente en ponerse al servicio del directorio para intentar un golpe de Estado, y el ejemplo de Sila y de César, era el error de Oche el que le parecía menos peligroso. En su proclama del 14 de julio a los soldados de Italia, Bonaparte advertía al Club de Clichy que el ejército estaba dispuesto a pasar los Alpes y a marchar sobre París para proteger la Constitución, defender la libertad, el Gobierno y los republicanos.

En sus palabras se advierte más bien la preocupación de no dejarse prevenir por la impaciencia de Oche que la fiebre secreta de igualar a César. Conservar la amistad del directorio sin ponerse demasiado abiertamente a su lado: he aquí el problema del año 1797. Dos años después, la víspera del 18 Brumario, el problema consistirá en conservar la amistad del directorio y no colocarse demasiado abiertamente entre sus adversarios.

Desde el año de 1797 empieza a tomar cuerpo

en su espíritu la idea de que el instrumento del golpe de Estado debe ser el ejército, pero que este instrumento debe parecer que obedece a las leyes, que su acción debe conservar todas las apariencias de la legalidad. Esta preocupación de la legalidad revela en Bonaparte la formación de un concepto del golpe de Estado distinto de los ejemplos clásicos, ilustres y peligrosos ejemplos.

Entre los numerosos personajes del 18 Brumario, el que resulta más fuera de su sitio es Bonaparte. Desde su regreso de Egipto no hace más que moverse, exponerse a la admiración, al odio, al ridículo y al recelo; no hace más que comprometerse inútilmente. Sus «planchas» empiezan a preocupar a Siéyès y a Talleyrand. ¿Qué quiere Bonaparte? ¡Que deje obrar a los demás! Siéyès y Luciano Bonaparte se ocupan de todo, lo organizan todo: el asunto queda arreglado en sus menores detalles. Siéyès, puntilloso y meticuloso, cree que un golpe de Estado no se improvisa en un día; el peligro que hay que evitar es la impaciencia de Bonaparte (y su afición a la retórica, añade Talleyrand). No se trata ya ni de César ni de Cromwell; se trata simplemente de Bonaparte. Si se quiere que las apariencias de la legalidad queden a salvo; si se quiere que el golpe de Estado no parezca ni una sublevación de cuartel ni una conspiración organizada por la policía, sino una revolución parlamentaria, realizada con la complicidad de los Ancianos y de los Quinientos, regulada por un procedimiento delicado

y tortuoso, es necesario que Bonaparte no persista en ciertas actitudes. Un general victorioso que se prepara a adueñarse del Poder no debe ni buscar los aplausos ni perder tiempo en intrigas. Siéyès lo ha previsto todo, lo ha organizado todo: ha aprendido incluso a montar a caballo, en la eventualidad de un triunfo o de una huída. Entretanto, Luciano Bonaparte, elegido presidente del Consejo de los Quinientos, propone el nombramiento de cuatro inspectores de la sala del Consejo, cuya complicidad se ha asegurado. A raíz de una revolución parlamentaria, los mismos ujieres tienen mucha importancia. Los inspectores de la sala del Consejo de los Ancianos están en manos de Siéyès. Para justificar la convocatoria de los Consejos fuera de París, en Saint-Cloud, hace falta un pretexto: un complot, una conjuración jacobina, un peligro público. El presidente Siéyès pone en juego la máquina policíaca y ya está creado el pretexto: la Policía urde la terrible conjuración jacobina que pone oficialmente en peligro la República. Los Consejos van a poder reunirse tranquilamente en Saint-Cloud. Todo está de acuerdo con el plan trazado por adelantado.

Bonaparte se ha puesto al nivel de los demás; sus actitudes son más reservadas, su diplomacia menos ingenua, su optimismo más prudente. Se persuade poco a poco de que se ha convertido en el «deus ex machina» de toda la intriga, y esta convicción basta para darle la absoluta certeza de que todo marchará como él quiere. Son, sin embargo, los

otros los que le guían a través de las intrigas; es Siéyès el que le conduce de la mano por el laberinto. Bonaparte es todavía un soldado, nada más que un soldado; su genio político no se revelará sino después del 18 Brumario. Todos los grandes capitanes, ya se llamen Sila, César o Bonaparte, no son más que puros militares durante la preparación y la ejecución de su golpe de Estado; cuanto más se esfuerzan por permanecer en la legalidad, por manifestar un respeto leal a la «res pública», más ilegales son sus actos, más profundo se revela su desprecio a la «res pública». Cada vez que se apean del caballo para presentarse en el terreno político, se olvidan de quitarse sus espuelas. Luciano Bonaparte, que observa a su hermano, vigila sus gestos, espía sus pensamientos más secretos, con una sonrisa donde hay ya como un rencor previo; se siente de allí en adelante más seguro de su hermano que de sí mismo. Todo está preparado. ¿Quién podría hacer desviar el curso de los acontecimientos, qué fuerza podría oponerse al golpe de Estado?

El plan de Bonaparte se basa en un error fundamental: el respeto a la legalidad. Siéyès, al principio, se había mostrado contrario al mantenimiento de la acción en los límites de la legalidad; había que dejar margen para los casos imprevistos, en los cuales la violencia revolucionaria tiene gran predominio. Los pasos obligatorios son siempre peligrosos. Un golpe de Estado legal parecíale un absurdo a aquel teórico de la legalidad. Pero Bonaparte es in-

conmovible: sacrifica incluso la prudencia al respeto de la legalidad. En la noche del 17 al 18 Brumario, cuando Siéyès le avisa que los barrios se agitan y que sería una buena medida de precaución detener a una veintena de diputados, Bonaparte se niega a cometer un acto ilegal. El lo que quiere es una revolución parlamentaria; pretende adueñarse del Poder civil sin ilegalidad y sin violencia. Al ofrecerle Fouché sus servicios, le responde que no necesita a la Policía. «¡Sancta simplicitas!» Le basta con el prestigio y con la gloria de su nombre.

Pero aquel general impetuoso, aquel hombre de guerra, enamorado de la retórica, no sabe evolucionar sobre el terreno de la legalidad a todo precio. Apenas se ve ante el Consejo de los Ancianos, la mañana del 18 Brumario, se olvida de su papel: el de general victorioso que viene a poner su espada al servicio de los representantes de la nación. Olvida que a los ojos de los Ancianos no debe presentarse como un nuevo César, sino como un defensor de la Constitución, amenazada por la conspiración jacobina. No debe ser otra cosa más que un general encargado por el Consejo de los Ancianos de asegurar el traslado pacífico del Cuerpo legislativo a Saint-Cloud. Debe tener la prudencia de parecer desempeñar un papel secundario en una comedia parlamentaria, cuyo personaje principal es el Cuerpo legislativo.

Las palabras que pronuncia, en medio de una escolta de oficiales cubiertos de oro y plata, ante aque-

9 - 1548

lla asamblea de pequeños burgueses con gafas, muy intimidados, parecen inspiradas por un dios envidioso de su suerte. Todo el don retórico que la lectura mal digerida de las empresas de Alejandro y de César ha dejado en él, sube a sus labios y ata su lengua: «Queremos la República, cimentada sobre la verdadera libertad, sobre la libertad civil, sobre la representación nacional. ¡La tendremos, yo os lo juro!» Los oficiales que le rodean repiten a coro el juramento. Los Ancianos asisten a la escena mudos, petrificados. De un momento a otro, de aquella Asamblea domesticada, un hombre cualquiera, un hombrecillo cualquiera, puede alzarse contra Bonaparte en nombre de la libertad, de la República, de la Constitución, fórmulas de retórica, grandes palabras que han quedado vacías de sentido, pero que son todavía peligrosas. Siéyès ha previsto el peligro, y durante la noche, los inspectores de la sala han hecho desaparecer los avisos de convocatoria destinados a los diputados sospechosos. Pero Bonaparte debe guardarse más especialmente de los hombrecillos insignificantes, de los que el mismo Siéyès no desconfía. He aquí que un diputado, Garat, se levanta y pide la palabra: «Ninguno de aquellos guerreros se ha comprometido con el artículo de la Constitución». Bonaparte palidece y se vuelve desconcertado. Pero el presidente interviene a tiempo, interrumpe a Garat y se levanta la sesión al grito de «¡Viva la República!»

Durante la revista, frente a las tropas formadas

en el jardín de las Tullerías, Bonaparte se desenmascara. Después de las famosas palabras que ha dirigido a Bottot en voz alta, al salir de la sala del Consejo de los Ancianos, su discurso a los soldados suena como un desafío y como una amenaza. Ahora está seguro de él. Pero Fouché insiste en la necesidad de detener a los diputados más turbulentos. Bonaparte se niega a dar aquella orden: sería un error inútil, ahora que todo marcha por buen camino. Algunas formalidades más y queda realizado el golpe. Su optimismo revela hasta qué punto estaba él fuera de su sitio en aquel juego peligroso. Al día siguiente, el 19 Brumario, en Saint-Cloud, cuando el mismo Siéyès se da cuenta de los errores cometidos y empieza a tener miedo, Bonaparte sigue mostrando tal optimismo, tal confianza en su prestigio, tal desprecio hacia los «abogados» del Cuerpo legislativo, que Talleyrand no sabe si debe considerarle como un ingenuo o como un inconsciente.

Al concebir su plan, basado en las apariencias de la legalidad y en el mecanismo del procedimiento parlamentario, Siéyès no ha tenido en cuenta los hechos menudos. ¿Por qué razón los Consejos no han sido convocados en Saint-Cloud el 18 en vez del 19 Brumario? Era un error dejar al enemigo veinticuatro horas para estudiar la situación y para organizar la resistencia. ¿Por qué razón el 19, en Saint-Cloud, los Ancianos y los Quinientos no han sido reunidos inmediatamente a mediodía, sino sólo a las dos de la tarde? Durante esas dos horas, los diputa-

dos tenían la posibilidad de cambiar impresiones, ideas, proyectos; de ponerse de acuerdo sobre la acción en común que iban a poner enfrente de toda tentativa de fraude o de violencia. Los Quinientos se declaran dispuestos a todo: la vista de los soldados que les rodean por todas partes les exaspera. Se agitan furiosamente por las alamedas y por los patios, se interrogan en voz alta: «¿Por qué no nos hemos quedado en París? ¿Quién ha inventado la historia de la conspiración? ¡Los hombres! ¡Las pruebas!» Siéyès se ha olvidado de fabricar las pruebas de la conspiración jacobina; mira a su alrededor, ve que muchos sonríen, que muchos palidecen, y empieza a comprender que la situación no es clara, que todo puede depender de una palabra, de un gesto. ¡Ah, si él hubiera escuchado a Fouché! Pero es demasiado tarde ahora y hay que entregarse en manos del azar; no se puede hacer otra cosa. Como táctica revolucionaria, es una táctica original.

A las dos, reunión del Consejo de los Ancianos. El plan de Siéyès se ve comprometido desde el comienzo. Aquellos pequeños burgueses, tan tranquilos de costumbre, parecen presas de un furor sagrado; afortunadamente, ninguno de ellos podría tomar la palabra en medio del tumulto. Pero en el Naranjal, donde están reunidos los Quinientos, el presidente, Luciano Bonaparte, es acogido con una tempestad de insultos, de acusaciones y de amenazas. Todo está perdido, piensa Siéyès, que palidece y se acerca a la puerta ante aquel clamor imprevisto. En previsión

de una fuga, un coche le espera en los confines del parque. Un coche es más cómodo y más seguro que un caballo. En la preparación de su golpe de Estado, un hombre tan previsor no podría haber olvidado aquel detalle. Siéyès, por lo demás, no es el único que se siente a disgusto en aquellos salones del primer piso, donde Bonaparte y sus cómplices esperan con impaciencia la hora de la votación. Si los Ancianos no aprueban el decreto disolviendo los Consejos; si nombran tres cónsules interinos y deciden la reforma de la Constitución, ¿qué va a hacer Bonaparte? ¿Qué prevé en aquel caso el plan revolucionario determinado por Siéyès en sus más minuciosos detalles? Siéyès no ha previsto más que la fuga en coche.

Hasta aquí, la conducta de Bonaparte, preocupado, ante todo, en salvar la apariencia de la legalidad para permanecer en el terreno del procedimiento parlamentario, ha sido, podría decirse, para emplear una expresión moderna: la de un liberal. Desde este punto de vista, Bonaparte es un jefe de escuela. Todos los militares que han intentado después de él apoderarse del Poder civil, han sido fieles a esa regla de liberalismo hasta el último momento, es decir, hasta el momento en que es necesario llegar a la violencia. Hay que desconfiar siempre, y en especial hoy día, del liberalismo de los militares.

En cuanto él se apercibe que la oposición de los Ancianos y de los Quinientos ha comprometido definitivamente el plan de Siéyès, Bonaparte se decide a forzar con su presencia la oposición parla-

mentaria. Se trata aquí también de una forma de liberalismo (un liberalismo de militar, como es de suponer), de una especie de violencia liberal. Al ver a Bonaparte, el tumulto se apacigua en la sala de los Ancianos. Pero a aquel César, a aquel Cromwell, le traiciona una vez más la retórica. Su discurso, acogido al principio con un respetuoso silencio, suscita poco a poco un murmullo de desaprobación. A sus palabras de que «Si soy un pérfido, haced todos el papel de Bruto», se oyen algunas carcajadas al fondo de la sala. El orador se embrolla, se interrumpe, balbucea, prosigue con una voz estridente: «Acordaos de que yo voy acompañado por el dios de la guerra y el dios de la fortuna». Los diputados se agrupan alrededor de la tribuna. Todo el mundo ríe. «General, no sabéis lo que decís», murmura al oído de Bonaparte su fiel Bourienne, y le coge por el brazo. Bonaparte le sigue y abandona la sala.

Algunos instantes después, cuando franquea el umbral del Naranjal, escoltado por cuatro granaderos y varios oficiales, los Quinientos le acogen con un clamor furioso: «¡Proscribámosle! ¡Abajo el tirano!» Se arrojan sobre él, le llenan de insultos y le golpean. Los cuatro granaderos se aprietan a su alrededor para protegerle de los golpes; los oficiales se esfuerzan en sustraerle al tumulto; por fin Gardanne le coge a brazo partido y consigue arrastrarle fuera. No queda más que la fuga, piensa Siéyès, o la violencia, dice Bonaparte a los suyos. En la sala de los Quinientos, el decreto de proscripción

es puesto a votación. Dentro de unos minutos, aquel César, aquel Cromwell, será un proscrito. Es el final. Bonaparte salta a caballo y se presenta ante las tropas. «¡A las armas!», grita. Los soldados le aclaman, pero no se mueven. Es la escena más típica de aquellas dos famosas jornadas. Con la cara alterada y temblando de cólera, Bonaparte mira a su alrededor. El héroe de Arcole no consigue poner en movimiento a un batallón. Si Luciano no hubiese llegado en aquel momento, todo estaba perdido. Es Luciano el que conmueve a los soldados y domina la situación. Es Murat el que desenvaina su sable y arrastra a los granaderos, en una carga, contra los Quinientos.

«General Bonaparte, eso no es correcto», dirá más adelante Montron, recordando la palidez de aquel César, de aquel Cromwell. Montron, a quien Roederer llama un Talleyrand a caballo, conservará durante toda su vida el convencimiento de que aquel héroe de Plutarco pasó un momento de miedo, en Saint-Cloud, y de que el hombre más oscuro de Francia, uno de los «abogados» del Cuerpo legislativo, un hombrecillo cualquiera, hubiera podido sin peligro, durante aquellas famosas jornadas, con un solo gesto, con una sola palabra, barrer el destino de Bonaparte y salvar la República.

Un historiador ha dicho: «No hubo nunca golpe de Estado peor concebido ni peor ejecutado».

Basado en el respeto de la legalidad y del mecanismo del procedimiento parlamentario, el plan del 18 Brumario hubiera fracasado sin duda alguna si los Ancianos y los Quinientos hubiesen sabido aprovecharse del error de Siéyès. Una táctica ofensiva que se apoya en las lentitudes del procedimiento parlamentario no puede llevar más que a un fracaso. Si los Consejos, con su amenaza del decreto de proscripción, no hubiesen puesto a Bonaparte en la necesidad de cortar por lo sano, de abandonar el terreno de la legalidad y de recurrir a la violencia, el golpe de Estado se hubiera atascado en el procedimiento parlamentario. La táctica ofensiva de los Consejos debía consistir en ganar tiempo, en hacer que las cosas marchasen muy despacio. La tarde del 19 Brumario, en Saint-Cloud, Siéyès había comprendido por fin su error. El tiempo se ponía de parte del Cuerpo legislativo. ¿En qué terreno maniobraba Bonaparte? En el terreno del procedimiento. ¿Cuál era la fuerza del Cuerpo legislativo? El procedimiento. ¿Cuál es la fuerza del procedimiento parlamentario? La lentitud. Dos horas más, y las sesiones de los Consejos quedarían aplazadas hasta el día siguiente. El golpe de Estado, que acababa ya de perder veinticuatro horas, sufriría un nuevo retraso. Al día siguiente, 20 Brumario, en la reapertura de las sesiones del Cuerpo legislativo, la situación de Bonaparte sería muy diferente.

Siéyès se daba cuenta de ello. En su plan revolucionario, los Consejos eran los instrumentos del

golpe de Estado. Bonaparte no podía prescindir de ellos: le eran indispensables. Había que obrar rápidamente, que impedir el aplazamiento de las sesiones, que conjurar el peligro de una lucha abierta entre el Cuerpo legislativo y Bonaparte, y entre la Constitución y el golpe de Estado; pero ¿por qué medios? El plan de Siéyès y la lógica de Bonaparte excluían la violencia. Sin embargo, había que cortar por lo sano. Era, pues, necesario recurrir a la persuasión, entrar en la sala de los Consejos, hablar a los diputados, intentar forzar de una manera suave el procedimiento parlamentario. El origen de la extraña conducta de Bonaparte se encuentra en lo que se ha llamado su liberalismo.

Afortunadamente para él, su actitud provoca el error irreparable de los Consejos, la violencia contra su persona, el decreto de proscripción. Los Ancianos y los Quinientos no han comprendido que el secreto de su fuerza, frente a Bonaparte, es alargar indefinidamente las cosas, no hacer caso de las provocaciones, confiarse a las lentitudes del procedimiento. En todos los golpes de Estado, la táctica de los catilinarios consiste en forzar las cosas, y la de los defensores del Estado en ganar tiempo. El error de los Consejos ha colocado a Bonaparte entre la espada y la pared: la fuga o la violencia. Los «abogados» del Cuerpo legislativo le han dado, sin querer, una lección de táctica revolucionaria.

VI

PRIMO DE RIVERA Y PILSUDSKI: UN CORTESANO Y UN GENERAL SOCIALISTA

El ejemplo de Bonaparte, que se sirve del ejército como de un instrumento legal para resolver, en el terreno del procedimiento parlamentario, el problema de la conquista del Estado, ejerce todavía una gran sugestión sobre todos los que pretenden, como Kapp, Primo de Rivera y Pilsudski, conciliar el empleo de la violencia y el respeto a la legalidad, y quieren realizar por la fuerza de las armas una revolución parlamentaria. La táctica del 18 Brumario no es la de una sedición militar. Lo que la caracteriza es la preocupación de permanecer en la legalidad, y esta preocupación constituye el elemento nuevo aportado por Bonaparte a la técnica del golpe de Estado. Esta preocupación muy moderna se reconoce en las empresas de Kapp, de Primo de Rivera y de Pilsudski. Esto es lo que hace actual el 18 Brumario y lo que convierte a la tác-

tica bonapartista en una de las amenazas más inmediatas para los Estados parlamentarios. ¿Cuál es la ilusión de Kapp? La ilusión de ser el Siéyès de von Luttwitz, y de realizar un golpe de Estado parlamentario. ¿En qué piensa Ludendorff en 1923, cuando se alía con Hitler y con Kahr para marchar sobre Berlín? En el 18 Brumario. ¿Cuál es su fin estratégico? El mismo que el de Kapp: el Reichstag, la Constitución de Weimar. Primo de Rivera y Pilsudski, lo mismo: el uno apunta a las Cortes y el otro a la Dieta. Y hasta el mismo Lenin, en su primer período, durante el verano de 1917, empezó a deslizarse por la pendiente de la táctica bonapartista. Entre las razones que explican el fracaso de la táctica insurreccional de julio de 1917, el más grave es que el Comité Central del partido bolchevique y Lenin mismo eran opuestos a una insurrección después de los primeros Congresos de los Sóviets. No tenían más fin que un objetivo parlamentario: conquistar la mayoría en el seno de los Soviets.

Hasta la víspera del golpe de Estado, la única preocupación de Lenin, refugiado en Finlandia después de las jornadas de julio, fué asegurarse la mayoría en el segundo Congreso de los Soviets, que debía reunirse en octubre. Táctico mediocre, pretende conseguir la seguridad por el lado parlamentario antes de dar la señal de la insurrección. «Como Danton y como Cromwell, observa Lunatcharski, Lenin es un oportunista de talento.»

La regla fundamental de la táctica bonapartista, dominada por el oportunismo más formal, es la elección del terreno parlamentario más apto para conciliar el empleo de la violencia con el respeto a la legalidad. Tal es la característica del 18 Brumario. Kapp, Primo de Rivera, Pilsudski y, en cierto modo, el mismo Hitler, son hombres de orden, reaccionarios, que se proponen adueñarse del Poder a fin de aumentar su prestigio, su fuerza y su autoridad, y que se preocupan de justificar su actitud sediciosa proclamándose, no enemigos, sino servidores del Estado. Lo que más temen es que les declaren fuera de la ley. El ejemplo de Bonaparte, que palidece ante la noticia de que le han colocado fuera de la ley, entra en cierto modo en las preocupaciones que obsesionan su conducta. Su fin táctico es el Parlamento; a través del Parlamento es como quieren conquistar el Estado. Sólo el poder legislativo, tan favorable al juego de los compromisos y de las complicidades, puede ayudarles para insertar el hecho realizado en el orden constituído por medio de un injerto de la violencia revolucionaria sobre la legalidad constitucional.

O el Parlamento acepta el hecho realizado y lo legaliza formalmente, transformando el golpe de Estado en un cambio de Ministerio, o los catilinarios disuelven el Parlamento y encargan a una nueva Asamblea de legalizar la violencia revolucionaria. Pero el Parlamento que consiente en legalizar el golpe de Estado no hace más que decretar su propia muerte. No existe ejemplo en la historia de las re-

voluciones de una Asamblea que no haya sido la primera víctima de la violencia revolucionaria legalizada por ella. Para aumentar el prestigio, la fuerza y la autoridad del Estado, la lógica bonapartista no concibe más que la reforma de la Constitución y la limitación de las prerrogativas parlamentarias. La única garantía de legalidad para el golpe de Estado bonapartista consiste en una reforma constitucional limitando las libertades públicas y los derechos del Parlamento. La libertad: he aquí el enemigo.

La táctica bonapartista se ve obligada a permanecer, a todo precio, en el terreno de la legalidad. No prevé el empleo de la violencia sino para mantenerse sobre ese terreno o para volver a él, si la han obligado a alejarse. ¿Qué hace Bonaparte, el Bonaparte legal del 18 Brumario, cuando se entera de que los Quinientos le han declarado «fuera de la ley»? Recurre a la violencia: ordena a los soldados que hagan evacuar el Naranjal; expulsa y dispersa a los representantes de la nación. Pero unas horas después, Luciano Bonaparte, presidente del Consejo de los Quinientos, se apresura a recoger unas docenas de diputados, reune de nuevo el Consejo y se dedica a hacer legalizar el golpe de Estado con aquel simulacro de Asamblea. La táctica del 18 Brumario no puede ser aplicada sino en el terreno parlamentario. La existencia del Parlamento es la condición indispensable del golpe de Estado bonapartista. En una monarquía absoluta no podrían concebirse más que las conjuras palaciegas y las sediciones militares.

Primo de Rivera y Pilsudski, aunque sus partidarios hayan hecho de ellos (es el destino de todos los dictadores) una especie de héroes de Plutarco, hubieran indudablemente tropezado con dificultades mucho más graves si las Cortes y la Dieta hubiesen sido la Cámara de los Comunes o el Palais-Bourbon. Pero el éxito de su golpe de fuerza no proviene del hecho de que las Cortes y la Dieta no eran la Cámara de los Comunes o el Palais-Bourbon, y que no había, en la España de 1923 y en la Polonia de 1926, una democracia parlamentaria capaz de defender las libertades públicas. Entre los peligros a los cuales está expuesto el golpe de Estado moderno, uno de los más graves es la vulnerabilidad de los Parlamentos. Todos los Parlamentos, sin excepción, son más o menos vulnerables. El error de las democracias parlamentarias está en su excesiva confianza en las conquistas de la libertad, cuando nada es más frágil en la Europa moderna. Es una ilusión peligrosa creer que el Parlamento es la mejor defensa del Estado contra una intentona bonapartista, y que se puede defender la libertad con la práctica de la libertad misma y por medio de medidas policíacas. Esto es lo que pensaban los diputados de las Cortes y de la Dieta hasta la víspera de los golpes de Estado de Primo de Rivera y de Pilsudski.

Entre los héroes cuyas vidas ejemplares nos cuenta Plutarco, son bastante raros los gentileshombres. Tal es quizá la razón que se opone a que Primo de Rivera, gentilhombre y general, adquie-

ra en la historia el aspecto de un héroe de Plutarco. En la desdichada aventura de esta especie de dictador no hay nada más triste que su lealtad y su buena fe. Hacen mal en reprocharle no haber puesto al servicio de su país más que una inteligencia mediocre. Debiera más bien reprochársele el haber puesto su nobleza de alma al servicio del rey. Los dictadores deben desconfiar, como Metternich, de los reyes constitucionales. La complicidad del rey es el elemento más interesante; quizá el único elemento interesante de la dictadura española. Sin la complicidad sediciosa de Alfonso XIII, Primo de Rivera no hubiera podido adueñarse del Poder, disolver las Cortes, gobernar al margen de la Constitución. El verdadero «deus ex machina» del golpe de Estado, el único responsable de la dictadura no fué Primo de Rivera, fué el rey. Se ha dicho que Primo de Rivera había sido el «Bonaparte a pesar suyo» de aquella parodia del 18 Brumario; pero en aquella triste comedia del golpe de Estado y de la dictadura «en nombre del rey», Primo de Rivera no ha desempeñado más que un papel de «Mussolini a pesar suyo» al servicio de la política personal de un rey sedicioso. En una monarquía constitucional no hay sitio para un dictador; sólo los cortesanos pueden prestarse a realizar un golpe de Estado por espíritu de cortesanía. La complicidad del rey y de Primo de Rivera era menos un compromiso entre la Constitución y la dictadura que un pacto equívoco entre un cortesano y su rey. Primo de Rivera no fué

en modo alguno un dictador; no fué más que un cortesano. Esta complicidad, cuyas prendas eran las garantías constitucionales, los derechos del Parlamento, las libertades públicas, no podía acabar más que en una traición. Mediocre historia la de un rey que mezcla la traición a una complicidad en la realización de una empresa de la que es único responsable ante la Constitución y el pueblo.

La lección que se desprende de los sucesos de España no es favorable a las dictaduras «de orden del rey». Para justificar la actitud de Alfonso XIII hacia su cómplice, y para explicar la llegada de la República se ha dicho que en vez de dar a España un Estado basado en una «democracia autoritaria», sólo le había dado una dictadura. ¿Hay que creer que Primo de Rivera no ha servido bien a su rey? ¿Su dictadura no tendía también a herir los derechos del Parlamento y las libertades constitucionales, a crear un Estado fundado sobre «democracia autoritaria»? Los acontecimientos posteriores han demostrado que Primo de Rivera no había hecho más que obedecer a la voluntad del rey, como un buen servidor de la Corona. No podría reprochársele esta lógica de la dictadura que un rey constitucional no debiera nunca olvidar. De esta lógica es de la que ha nacido la España republicana.

Entre los golpes de Estado que recuerdan el 18 Brumario, el de Pilsudski, en mayo de 1926, es qui-

10 - 1548

zá el más interesante. Pilsudski, a quien Lloyd George llamaba en 1920 un Bonaparte socialista (Lloyd George no ha tenido nunca simpatía por los generales socialistas), ha demostrado que sabía poner a Carlos Marx al servicio de la dictadura burguesa. La complicidad de las masas de trabajadores es la que constituye el elemento original del golpe de Estado de Pilsudski. Los ejecutores de su táctica insurreccional no son los obreros, sino los soldados de los regimientos amotinados. Son los soldados que ocupan los puentes, las centrales eléctricas, la ciudadela, los cuarteles, los depósitos de víveres y de municiones, las encrucijadas, las estaciones de ferrocarril, las centrales telefónicas y telegráficas, los Bancos. Las masas no toman parte en el ataque a los puntos estratégicos de Varsovia, defendidos por las tropas fieles al Gobierno de Witos, lo mismo que a la residencia de Belvedere, donde el presidente de la República y los ministros se han refugiado. Los soldados constituyen esta vez también el elemento clásico de la táctica bonapartista. Pero la huelga general proclamada por el partido socialista para ayudar a Pilsudski en su lucha contra la coalición de derechas, sobre la cual se apoya Witos, es el elemento moderno de la insurrección, el que da una justificación social a ese golpe de fuerza, a esa brutal sedición militar. La complicidad de los obreros presta a los soldados de Pilsudski el aspecto de defensores de la libertad proletaria. En el terreno de la huelga general, y gracias a la participación de las masas

de trabajadores en la táctica revolucionaria, es donde se comprueba la transformación de ese levantamiento militar en una insurrección popular, apoyada por una parte del ejército. Pilsudski, simple general rebelde al comienzo del golpe de Estado, se convierte así en una especie de capitán del pueblo, de héroe proletario, de Bonaparte socialista, según la frase de Lloyd George.

Pero la huelga general no basta para hacer entrar de nuevo a Pilsudski en la legalidad. Tiene miedo, él también, de ser colocado «fuera de la ley». En el fondo, ese general socialista no es más que un catilinario burgués preocupado de concebir y de realizar los deseos más audaces en los límites de la moral cívica e histórica de su tiempo y de su pueblo. Es un faccioso que pretende trastornar el Estado sin ser declarado «fuera de la ley». En su odio hacia Witos, no le reconoce ni siquiera el derecho de defender el Estado. La resistencia de las tropas que han permanecido fieles al Gobierno despierta en él al polaco de Lituania, «loco y testarudo». A las ametralladoras opone él ametralladoras. Es el polaco de Lituania quien impide al general socialista reintegrarse a la legalidad, aprovechar las circunstancias para reparar el error cometido al principio. Porque no se comienza un golpe de Estado parlamentario con una brutal expedición militar. «Eso no es correcto», diría Montron.

Pilsudski encuentra un cómplice en el partido socialista, una fuerza táctica en la huelga general;

pero necesita asegurarse un aliado en la persona del mariscal de la Dieta. Por mediación de la Constitución, Pilsudski se apoderará del Estado. Mientras prosigue la lucha en los barrios de Varsovia, mientras el general Haller se dispone a venir desde Postnania en socorro del Gobierno, en el Beldevere sitiado, el presidente de la República, Woitciekowski, y el presidente del Consejo, Witos, deciden entregar el Poder, conforme a la Constitución, en manos del mariscal de la Dieta. A partir de ese momento, quien garantiza la Constitución no es ya el presidente de la República: es el mariscal de la Dieta. El golpe de Estado parlamentario no hace más que empezar; hasta entonces no era todavía más que una sublevación militar ayudada por una huelga general. Pilsudski dirá más adelante que si Woitciekowski y Witos hubieran esperado la llegada de las tropas que siguieron fieles al Gobierno, su tentativa revolucionaria habría fracasado probablemente. La decisión apresurada del presidente de la República y de Witos son las que transforman la insurrección en golpe de Estado parlamentario. Ahora le corresponde al mariscal de la Dieta hacer que entre de nuevo Pilsudski en la legalidad.

—No quiero establecer la dictadura —declara Pilsudski en cuanto siente bajo sus pies el terreno parlamentario—; me propongo solamente obrar conforme a la Constitución para aumentar el prestigio, la fuerza y la autoridad del Estado.

El también, como todos los catilinarios de la derecha que se adueñan del Poder por la violencia, no tiene más ambición que la de parecer un fiel servidor del Estado.

Y, como buen servidor del Estado, entra Pilsudski en Varsovia, en un coche de cuatro caballos, escoltado por un escuadrón de ulanos sonrientes. La multitud agolpada en las aceras del Krakowskie Przedmiescie, le acoge a los gritos de «¡Viva Pilsudski!», «¡Viva la República!». El mariscal de la Dieta no tropezará con muchas dificultades para entenderse con él respecto a la Constitución.

—Ahora que la revolución ha terminado —piensa este personaje—, vamos a poder entendernos.

Pero el golpe de Estado parlamentario no hacía más que empezar. Actualmente todavía, después de todos los acontecimientos que han hecho de la Constitución el instrumento de la dictadura y de la Polonia democrática y proletaria, cómplice generosa de la insurrección, la enemiga del general socialista, después de tantas complicidades y de tantas ilusiones perdidas, Pilsudski no ha encontrado medio aún de conciliar la violencia con la legalidad.

En 1926 el golpe de Estado parlamentario de Pilsudski no estaba más que en sus comienzos. Hoy día es un golpe de Estado que no ha triunfado aún.

BIBLIOTECA MUNICIPAL

VII

MUSSOLINI Y EL GOLPE DE ESTADO FASCISTA

DURANTE el golpe de Estado fascista de octubre de 1922, una feliz casualidad me hizo conocer a Israel Zangwill, el escritor inglés que no ha querido nunca olvidar, ni en sus obras ni en su vida, sus ideas liberales y sus prejuicios democráticos. A su llegada a Florencia fué detenido, al salir de la estación, por algunos camisas negras, a quienes se negó a enseñar sus papeles de identidad. Israel Zangwill, enemigo jurado de la violencia y de la ilegalidad, pertenecía en Inglaterra a la Union of Democratic Control. Ahora bien; los hombres armados que ocupaban la estación no eran ni «carabinieris», ni soldados, ni agentes de policía; eran camisas negras, es decir, individuos que no tenían en modo alguno, según él, derecho a ocupar la estación y a pedirle sus documentos de identidad. Conducido al Fascio, en la

plaza Mentana, cerca del Arno, en el edificio donde estaba antes el domicilio de la F. I. O. M. (Federación Italiana de Obreros Metalúrgicos), organización sindical socialista que los fascistas habían disuelto por la violencia, el escritor inglés había sido llevado a presencia del cónsul Tamburini, entonces comandante general de los camisas negras de Florencia. El cónsul Tamburini me hizo llamar para servirle de intérprete, y cuál no fué mi sorpresa al encontrarme en presencia de Israel Zangwill, que representaba a la perfección su papel de miembro de la Unión of Democratic Control, víctima de una revolución que no era ni inglesa, ni liberal, ni democrática.

Estaba furioso. Expresaba en un inglés de los más correctos opiniones muy poco correctas sobre las revoluciones en general y sobre el fascismo en particular. Su cara estaba roja de cólera y sus ojos fulminaban sin piedad al pobre comandante general Tamburini, que no sabía inglés y que no hubiese comprendido una sola palabra de aquel lenguaje liberal y democrático, aunque el desconocido se hubiera expresado en italiano. Hice lo que pude por traducir en expresiones corteses un lenguaje tan duro para unos oídos fascistas. Creo haber hecho un buen servicio a Israel Zangwill, porque durante aquellas jornadas, el cónsul Tamburini no era ni un personaje de Teócrito ni un miembro de la Fabian Society, tanto más cuanto que ignoraba la existencia de Israel Zangwill y no parecía creer que se trataba de un escritor inglés célebre.

—No entiendo una palabra de inglés —dijo el comandante general—, y no creo que hayas traducido fielmente lo que él ha dicho; el inglés es una lengua contrarrevolucionaria. Diríase que su sintaxis misma es liberal. Sea lo que fuere, llévate a este señor contigo y procura hacerle olvidar este incidente desagradable.

Salí, pues, con Zangwill para acompañarle a su hotel, y pasé unas horas con él discutiendo sobre Mussolini, sobre la situación política y sobre la lucha que acababa de entablarse para la conquista del Estado.

Era el primer día de la insurrección. El curso de los acontecimientos parecía obedecer a una lógica que no era la del Gobierno. Israel Zangwill no quería creer que se estuviese ya en plena revolución.

—En París, en 1789 —decía él—, la revolución no estaba solamente en los espíritus: estaba también en la calle.

A decir verdad, el aspecto de Florencia no era el de París en 1789. En la calle, la gente tenía un aspecto tranquilo, indiferente, y todas las caras estaban iluminadas con aquella vieja sonrisa florentina, irónica y cortés. Le hice notar que en Petrogrado, en 1917, el día en que Trotsky dió la señal de la insurrección, nadie podía darse cuenta de lo que estaba pasando; que los teatros, los cines, los

restaurantes, los cafés, estaban abiertos, y que la técnica del golpe de Estado había hecho grandes progresos en los tiempos modernos..

—La revolución de Mussolini —exclamaba Zangwill— no es una revolución: es una comedia.

Como muchos liberales y demócratas italianos, creía en un compromiso entre el rey y Mussolini; la insurrección no era más que un aparato escénico destinado a ocultar el juego de la monarquía. La opinión de Zangwill, aunque falsa, era altamente respetable, como todas las opiniones inglesas. Sin embargo, se basaba en la convicción de que los acontecimientos de aquellas jornadas eran el resultado de un juego político, cuyos factores principales no eran la violencia ni el espíritu revolucionario, sino la astucia y el cálculo. Mussolini, a los ojos de Israel Zangwill, era más bien discípulo de Maquiavelo que de Catilina. En el fondo, esta opinión del escritor inglés estaba entonces y está aún extraordinariamente difundida por Europa. Desde el comienzo del siglo pasado se ha tenido siempre en Europa la costumbre de considerar a los hombres y a los acontecimientos de Italia como productos de una lógica y de una estética antiguas. Esta manera de considerar la historia de la Italia moderna debe ser imputada, en gran parte, a la afición natural de los italianos por la retórica, la elocuencia y la literatura, defecto que no todos los italianos tienen, pero del cual muchos no se curarán jamás. Aunque se juzgue más bien a un pueblo por sus defectos que por sus

cualidades, creo que nada podría justificar la opinión de los extranjeros sobre la Italia moderna, aunque suceda que retórica, elocuencia y literatura falseen los acontecimientos hasta el punto de que la historia parezca una comedia, los héroes unos comediantes y el pueblo una multitud de comparsas y de espectadores.

Para comprender bien la Italia de nuestros días hay que considerarla objetivamente, es decir, olvidarse de que ha habido romanos e italianos del Renacimiento.

—Podrá usted darse cuenta así —decía yo a Israel Zangwill—de que no hay nada antiguo en Mussolini. Es siempre, y a pesar suyo algunas veces, un hombre moderno. Su juego político no es el de César Borgia; su maquiavelismo no difiere mucho del de Gladstone o del de Lloyd George, y su concepto del golpe de Estado no tiene nada de común con el de Sila o con el de Julio César. Estos días oirá usted hablar mucho de César y del Rubicón; pero eso es retórica de buena fe, que no impide a Mussolini concebir y aplicar una táctica insurreccional completamente moderna, a la cual el Gobierno no podría oponer más que medidas de policía.

Israel Zangwill me hacía notar, no sin ironía, que el conde Oxenstiern, en sus célebres «Memorias» a propósito de la etimología de la palabra «César», encuentra el origen de esta palabra en la palabra púnica «cesar», que significa elefante.

—Espero realmente —añadía él— que, en su tác-

tica revolucionaria, Mussolini sea más ágil que un elefante y más moderno que César.

Era muy curioso ver de cerca lo que yo llamaba la máquina insurreccional fascista, porque él no llegaba a comprender cómo puede hacerse una revolución sin barricadas, sin combates en las calles, sin cadáveres en las aceras.

—Todo se desarrolla en medio de un orden perfecto —exclamaba—. ¡Es una comedia; no puede ser más que una comedia!

De vez en cuando, en las calles céntricas, camiones cargados de camisas negras se cruzaban a toda velocidad; aquellos jóvenes con cascos de acero iban armados de fusiles, de puñales, de granadas, y cantaban con voz altiva, agitando banderas negras con calaveras bordadas en plata. Israel Zangwill no quería creer que aquellos jóvenes, que eran casi unos niños, formasen las famosas tropas de asalto de Mussolini, tan rápidas y tan violentas en sus métodos de combate.

—Lo que no se puede perdonar al fascismo —decía él— es el empleo de la violencia.

El ejército revolucionario de Mussolini no era la Salvation Army; los camisas negras no iban provistos de puñales y de granadas por pura filantropía, sino para hacer la guerra civil. Los que pretenden negar la violencia fascista y hacer pasar a los camisas negras por discípulos de Rousseau y de Tolstoi son los mismos que viven de retórica, de elocuencia y de literatura, y que quisieran presentar a

Mussolini como un antiguo romano, como un «condottiero» del siglo XV, o como un señor del Renacimiento, de blancas y suaves manos de envenenador y de platónico. Con discípulos de Rousseau o de Tolstoi no se puede hacer una revolución, sino todo lo más algo que se parece a una comedia; ni siquiera puede apoderarse de un Estado defendido por un Gobierno liberal.

—No es usted un hipocrita —me decía Israel Zangwill—; pero ¿sería usted capaz de decirme en qué puede reconocerse que esta revolución no es una comedia?

Le propuse llevarle conmigo aquella misma noche a que viese de cerca lo que yo llamaba la máquina insurreccional fascista. Por la noche, el cónsul Tamburini debía salir para Roma, a la cabeza de su Legión, y yo había sido elegido, con Nenciolini, para sustituirle en el mando de los camisas negras de la provincia de Florencia. En el Fascio, a donde había yo ido para tomar órdenes, encontré al general Balbo, que era uno de los cuatro miembros del Comité Militar Revolucionario. El general Balbo no estaba muy satisfecho de la situación en Florencia. Los camisas negras habían ocupado por sorpresa todos los puntos estratégicos de la ciudad y de la provincia, es decir, los órganos vitales de la organización técnica, las fábricas de gas, las centrales eléctricas, la dirección de Correos, las centrales telefónicas y telegráficas, los puentes, las estaciones del ferrocarril. Las autoridades políticas y militares fueron sorpren-

didas de improviso por aquel brusco ataque. Después de algunas vanas tentativas para expulsar a los fascistas de la estación del ferrocarril, de la dirección de Correos y de las centrales telefónicas y telegráficas, la Policía se había refugiado en el palacio Riccardi, la antigua morada de Lorenzo el Magnífico, domicilio de la Prefectura. El palacio Riccardi estaba defendido por destacamentos de «carabinieris» y de guardias reales, apoyados por dos autos blindados. El prefecto, señor Periconi, sitiado en la Prefectura, no podía comunicar ni con el Goiberno de Roma, ni con las autoridades de la ciudad ni de la provincia; las líneas telefónicas habían sido cortadas, y unas ametralladoras colocadas en las casas de los alrededores amenazaban todas las vías de acceso al palacio Riccardi. Las tropas de la guarnición, los regimientos de infantería, de artillería y de caballería, los de «carabinieris» y los guardias reales, estaban confinados en los cuarteles. Por el momento, las autoridades militares observaban una benévola neutralidad. Pero no había que fiarse demasiado de aquella neutralidad: si la situación no se aclaraba dentro de las veinticuatro horas, había que esperar ver al príncipe Gonzalo, comandante del Cuerpo de ejército, tomar la iniciativa de restablecer el orden por todos los medios. Un conflicto con el Ejército podía tener, para la revolución, consecuencias extraordinariamente graves. Florencia, con Pisa y Bolonia, es la llave de las comunicaciones entre el Norte y el Sur de Italia. Para asegurar el transporte de fuerzas fascistas

desde el Norte hacia el Lacio, había que conservar a todo precio la llave estratégica de la Italia central, en espera de que el ejército fascista, en marcha sobre la capital, hubiese obligado al Gobierno a resignar el Poder en manos de Mussolini. Para adueñarse de Florencia no había más que un medio: ganar tiempo.

La violencia no excluye la astucia. Por orden del general Balbo tomé conmigo un destacamento fascista y fuí a la «Nazione», el diario más importante de Toscana. Introducido ante el señor Borelli, director del periódico, que dirige actualmente el «Corriere della Sera», le rogué que publicase inmediatamente una edición especial para anunciar que el general Cittadini, ayudante de campo del rey, había ido a Milán, a fin de entrar en «pouparlers» con Mussolini, y que, de resultas de esta gestión, Mussolini había accedido a formar un nuevo Ministerio. La información era falsa, pero tenía una apariencia de verdad: se sabía que el rey estaba en su residencia de San Rossore, cerca de Pisa; pero el público ignoraba que había partido aquella misma noche para Roma, acompañado del general Cittadini. Dos horas después centenares de camiones fascistas repartían por toda la Toscana los números de aquella edición especial de la «Nazione». Se formaron cortejos; los soldados, los «carabinieris» fraternizaban con los camisas negras, en su alegría ante una solución que testimoniaba tanto la prudencia y el patriotismo del rey como la prudencia y el patriotismo de Mussolini. El príncipe Gonzalo mismo fué al

Fascio para hacerse confirmar la grata nueva, que ponía fin a su crisis de conciencia y que le libraba de una grave responsabilidad. Había pedido a Roma, por radio, una confirmación del acuerdo entre el rey y Mussolini; pero, según decía él, «el Ministerio de la Guerra se ha negado a dar detalles concretos; ha respondido que no había que mezclar el nombre del rey a una disputa de partidos, y que la noticia era probablemente prematura. Sé por experiencia, añadía sonriendo el príncipe Gonzalo, que para el Ministerio de la Guerra, las noticias exactas son siempre prematuras».

El general Balbo había salido por la noche para Perusa, cuártel general de la revolución. Habiendo tomado el tren el cónsul Tamburini con su legión para realizar en la campiña romana su enlace con el ejército de los camisas negras, salí del Fascio alrededor de las dos de la madrugada, para ir al hotel donde Israel Zangwill me esperaba. Iba yo a hacer una inspección en provincias y quería que viniese él conmigo para mostrarle de cerca en qué se podía reconocer que la revolución fascista no era una comedia. Israel Zangwill me acogió con aire de satisfacción. Tenía en la mano un ejemplar de la edición especial de la «Nazione». «¿Está usted convencido ahora —me dijo— de que el rey estaba de acuerdo con Mussolini? No lo quepa a usted la menor duda de que una revolución constitucional no puede ser más

que una comedia.» Le conté la historia de la falsa noticia y pareció muy cohibido. «¿Y la libertad de Prensa?», exclamó. Evidentemente, un rey constitucional no podía entenderse con los revolucionarios para suprimir la libertad de Prensa: he aquí una comedia que se ponía seria. Pero la libertad de Prensa no ha impedido nunca que los periódicos publiquen informaciones falsas. A esto no supo él contestar más que «en un país libre como Inglaterra, no son las noticias falsas las que crean la libertad de Prensa».

La ciudad estaba desierta. En las esquinas de las calles estaban situadas patrullas de fascistas, inmóviles bajo la lluvia, con su fez negro sobre la oreja. En la vía de Pecori había un camión estacionado delante de la entrada de la central telefónica, uno de esos camiones armados de ametralladoras y forrados de acero que los fascistas llamaban tanques. La central telefónica estaba ocupada por las tropas de asalto de la escuadra «Lirio Rojo», que llevaban un lirio rojo sobre el pecho. Esta escuadra era, con la «Desesperada», una de las más violentas de las Legiones florentinas. Cerca de la estación del Campo de Marte, nos encontramos con cinco camiones cargados de fusiles y de ametralladoras, que las células fascistas del cuartel de San Jorge habían entregado al comandante general de las Legiones. (Por todas partes, en las fábricas, en los regimientos, en los Bancos, en las oficinas públicas, había células fascistas que constituían la red secreta de la organización revolucionaria.) Aquellos fusiles y aquellas

11 - 1548

ametralladoras estaban destinadas a un millar de camisas negras de Romania, armadas únicamente de puñales y de revólveres; se esperaba de un momento a otro su llegada por la línea de Faenza. «Parece ser —me dijo el comandante militar de la estación— que en Bolonia y Cremona ha habido conflictos con los «carabinieris» y que las pérdidas de los fascistas han sido serias.» Los camisas negras habían atacado los cuarteles de los «carabinieris», que se habían defendido con una energía extraordinaria. En Pisa, en Lucques, Liorna, Siena, Arezzo, Grosseto, las noticias eran mejores. Toda la organización técnica de esas grandes ciudades y de su provincia estaba en manos de los fascistas. «¿Cuántos muertos?», preguntó Israel Zangwill. Se quedó asombrado al saber que no había habido conflictos sangrientos.

«Según parece —me dijo—, en Bolonia y en Cremona la revolución de ustedes es mucho más seria que aquí.» Casi sin pérdidas se había hecho la insurrección bolchevique de octubre de 1917; no hubo muertos más que durante la contrarrevolución, algunos días después de la conquista del Estado, cuando los guardias rojos de Trotsky tuvieron que sofocar el levantamiento de los «junkers» y del general Krassnov. «Los conflictos sangrientos de Bolonia y de Cremona —le dije— demuestran que había algún defecto en la organización revolucionaria fascista. Cuando el funcionamiento de la máquina insurreccional es perfecto, como en Toscana, los accidentes son muy raros.» Israel Zangwill no pudo ocultar una

sonrisa irónica. «El rey —dijo— es un mecánico verdaderamente hábil: gracias a él, la máquina de ustedes puede funcionar sin averías.»

Llegaba un tren en aquel instante precisamente, en medio de una nube de vapor y de un estruendo de voces, de canciones y de redobles de tambor. «Son los fascistas de Romagne», anunció un empleado de ferrocarriles que pasaba con la carabina a la espalda. Inmediatamente nos encontramos en medio de una multitud de camisas negras, con su aspecto pintoresco e inquietante, sus calaveras bordadas sobre el pecho, sus cascos de acero pintados de rojo y sus puñales sostenidos por anchos cinturones de cuero. Los rostros, quemados por el sol, tenían los rasgos duros de los campesinos de Romagne, y sus barbitas en punta daban a aquellas caras un aire picaresco, atrevido, amenazador, del que Israel Zangwill no se mostraba nada satisfecho. Sonreía amablemente e intentaba abrirse paso en medio de aquella multitud ruidosa, con gestos corteses que le valían las miradas asombradas de aquellos hombres con puñal. «No tienen aspecto de muy amables», deploraba él en voz baja. «No querría usted, supongo, que fuesen gentes amables las que hiciesen las revoluciones. No es ni por la dulzura ni por la astucia como Mussolini libra, desde hace cuatro años, su batalla política, sino por la violencia: la más dura, la más inexorable, la más científica de las violencias.» Era verdaderamente una aventura extraordinaria la de Israel Zangwill, detenido por una patrulla de jaco-

binos con camisa negra, puesto en libertad y llevado en auto, en el corazón de la noche, para darse cuenta de lo que impide que la revolución fascista sea una comedia. «No debo parecerme a Cándido en medio de los jesuítas», decía él sonriendo. Tenía más bien el aspecto de Cándido en medio de los guerreros; ¿pero qué puede importar que un Cándido sea inglés y se llame Israel? Estas especies de Hércules aldeanos, de ojos inexorables, de mandíbulas cuadradas, de anchas manos hechas para golpear, le miraban de la cabeza a los pies, con miradas insistentes y despreciativas, sintiéndose extrañados y cohibidos de encontrar agazapado allí a un señor con cuello postizo, gestos tímidos y corteses, que no tenía ni siquiera el aspecto de un agente de policía o de un diputado liberal.

Habíamos llegado a nuestro auto, y mientras corríamos por las calles desiertas, decía yo a Israel Zangwill: «El desprecio de usted por la revolución fascista, que juzga usted pura comedia, está en contradicción con su odio a los camisas negras, a quienes el pensamiento liberal inglés reprocha a diario el empleo de la violencia. ¿Cómo puede suceder que los revolucionarios sean hombres violentos y que la revolución sea al mismo tiempo una comedia? Le diré que los camisas negras no son sólo violentos, sino inexorables. Verdad es que a veces, en sus periódicos, los fascistas protestan contra las afirmaciones de sus adversarios, que quisieran hacerles pasar ¡por hombres violentos!; pero es ésta una hi-

pocresía para uso de los pequeños burgueses. Por lo demás, Mussolini mismo no es ni vegetariano, ni «christian scientist», ni socialdemócrata. Su educación marxista no le permite ciertos escrúpulos tolstoianos: no ha aprendido las buenas maneras políticas en Oxford, y Nietzsche le ha asqueado para siempre del romanticismo y de la filantropía. Si Mussolini fuese un pequeño burgués de ojos claros, de voz ronca, sin duda sus partidarios se alejarían de él para seguir a otro jefe. Esto se ha visto el año último, cuando ha querido concertar una tregua con sus adversarios; ha habido hasta rebeliones y escisiones en el fascismo, al inclinarse los camisas negras, en su mayoría, por la continuación de la guerra civil. No hay que olvidar que los camisas negras provienen, en general, de los partidos de extrema izquierda, cuando no son antiguos combatientes a quienes cuatro años de guerra han endurecido el corazón, o jóvenes de impulsos generosos. No hay que olvidar tampoco que el dios de los hombres armados no puede ser más que el dios de la violencia.

—No lo olvidaré nunca —dijo simplemente Israel Zangwill.

Cuando regresamos a Florencia, al amanecer, Israel Zangwill había visto de cerca, en pequeño, lo que ocurría en toda Italia durante aquellas jornadas; le conduje rápidamente a través de la campiña florentina, desde Empoli al Mugello, desde Pistoia a

San Juan Valdarno. Los puentes, las estaciones, las encrucijadas en las carreteras, los viaductos, las esclusas de los canales, los graneros, los depósitos de municiones, las fábricas de gas, las centrales eléctricas, todos los puntos estratégicos estaban ocupados por destacamentos fascistas. Surgían bruscamente patrullas en la oscuridad: «¿Quién vive?» A lo largo de las vías férreas, cada doscientos metros, estaba de guardia un camisa negra. En las estaciones de Pistoïa, de Empoli, de San Juan Valdarno, equipos de ferroviarios, con sus herramientas, estaban dispuestos a cortar las vías en caso de extrema necesidad. Todas las medidas para asegurar o para interrumpir el tráfico habían sido tomadas. No se temía más que una concentración de refuerzos y de carabinieris y de soldados hacia la Umbria y el Lacio, para atacar por la espalda a las Legiones de camisas negras que marchaban sobre la capital. Un tren de carabinieris, procedente de Bolonia, había sido detenido cerca de Pistoïa, a unos centenares de metros del famoso puente de Vaioni; había habido tiroteo por ambas partes, después de lo cual el tren había dado marcha atrás, no atreviéndose a arriesgarse por el puente. Había habido escaramuzas también en Serravalle, en la carretera de Lucques: camiones cargados de guardias reales habían caído bajo el fuego de las ametralladoras que defendían el acceso de la llanura de Pistoïa. «Habrá usted leído, sin duda, en la «Vida de Castracane», de Maquiavelo, el relato de la batalla de Serravalle», dije a

mi compañero. «No leo a Maquiavelo», me respondió Israel Zangwill. Alboreaba ya cuando atravesamos Prato, pequeña ciudad de los alrededores de Florencia, que es un gran centro de industria textil, que da ocupación a 25.000 obreros repartidos en doscientas fábricas. Le llaman el Manchester italiano, y ahí es donde ha nacido Francesco di Marco Datini, que fué, según parece, el inventor de la letra de cambio. Desde el punto de vista político, tiene más bien mala fama: es la ciudad de las huelgas, de los motines obreros y la patria de Bresci, que mató a Humberto I, segundo rey de Italia, en 1900. Sus habitantes tienen buen corazón, pero se excitan con frecuencia.

Todas las calles estaban llenas de obreros que se dirigían al trabajo. Tenían un aspecto indiferente y caminaban en silencio, sin lanzar una ojeada siquiera sobre la proclama del Comité revolucionario militar, pegada sobre los muros durante la noche.

—Quizá —dije yo— le interese a usted saber que ha sido aquí, en el Colegio Cicognini de Prato, donde D'Annunzio ha hecho sus estudios clásicos.

—En este momento —me respondió Israel Zangwill—, lo que me interesa es conocer el papel de los obreros en esta revolución. El peligro para ustedes no es el Gobierno: es la huelga.

Hacia fines de 1920, el problema que el fascismo tenía que resolver no era la lucha contra el

BIBLIOTECA MUNICIPAL

Gobierno liberal o contra el partido socialista, que, cada vez más parlamentario, se convertía en un elemento perturbador, siempre en aumento en la vida constitucional del país; era la lucha contra los sindicatos de trabajadores, única fuerza revolucionaria capaz de defender el Estado burgués contra el peligro comunista o fascista.

El papel de las organizaciones obreras en la defensa del Estado burgués, que Bauer había explotado en marzo de 1920 contra el golpe de Estado de Kapp, había sido comprendido por Giolitti, aunque con más reservas. Los partidos políticos no podían nada contra el fascismo, cuyo método de combate (justificado por la violencia de los guardias rojos comunistas) no era lo que se llama un método político. Como su acción parlamentaria consistía en colocar fuera de la ley a todas las fuerzas revolucionarias que no querían someterse a la necesidad de «parlamentarizarse» a su vez o, como se decía entonces, «volver a entrar en la legalidad», no era de naturaleza para obligar a los fascistas y a los comunistas a renunciar a sus métodos violentos. ¿Qué podía hacer el Gobierno para oponerse a la acción revolucionaria de los camisas negras y de los guardias rojos? Los partidos masas, el partido socialista y el partido católico, que el parlamentarismo había reducido al papel de partidos constitucionales, no podían servir más que para apoyar, para legitimar, por decirlo así, en el terreno constitucional, una represión eventual del Gobierno. Pero eran precisas

algo más que medidas de policía para poner término al desorden que ensangrentaba a Italia.

En vez de oponer la fuerza armada a la acción revolucionaria de los fascistas y de los comunistas, Giolitti, prudentemente, había decidido neutralizarla oponiéndole la acción sindical de los trabajadores organizados. Era el método de Bauer, aplicado como método preventivo contra el peligro revolucionario. Pero el método que Bauer había aplicado en marxista, Giolitti lo aplicaba en liberal. Así es cómo las organizaciones sindicales se convertían en el instrumento de que el Gobierno podía disponer para combatir, en el terreno de la ilegalidad, la acción ilegal de los camisas negras y de los guardias rojos. En manos de Giolitti, la huelga se convertía en un arma tan peligrosa para los fascistas y para los comunistas como lo había sido hasta entonces para el Gobierno. La epidemia de huelgas, característica de los años 1920 y 1921, que se presentaba a los ojos de los burgueses y de los obreros mismos como una enfermedad del Estado, como el signo precursor de la revolución proletaria, como una crisis necesaria cuya solución inevitable era la toma del Poder por las masas, no era más que el síntoma del hondo cambio acaecido en la situación. Esas huelgas no estaban dirigidas, como en 1919, contra el Estado, sino contra todas las fuerzas revolucionarias que se proponían adueñarse del Poder independientemente de las organizaciones sindicales del proletariado, o incluso contra ellas. El origen de la división que existía

desde hacía largo tiempo entre los sindicatos obreros y el partido socialista, era la cuestión de la autonomía de las organizaciones sindicales. Pero lo que el proletariado tenía que defender contra las fuerzas revolucionarias que se proponían apoderarse del Estado, no era solamente la autonomía: era la existencia misma de sus organizaciones de clase. Era su libertad de clase la que los trabajadores defendían contra los fascistas. En cuanto a la actitud de los sindicatos obreros en relación con los comunistas, era la actitud de los sindicatos rusos en relación con los bolcheviques en la víspera del golpe de Estado de octubre de 1917.

Pero el concepto liberal de Giolitti, en su aplicación del método marxista de Bauer, no hacía más que agravar la situación. El liberalismo de Giolitti no era más que un optimismo sin escrúpulos. Cínico y desconfiado, era una especie de dictador parlamentario demasiado hábil para creer en las ideas y demasiado lleno de prejuicios para respetar a los hombres, y había llegado a conciliar en su espíritu el cinismo y la desconfianza con el optimismo, lo cual le llevaba a crear las situaciones, pareciendo como si se desinteresara de ellas, y a complicarlas con mil manejos secretos, pareciendo que las dejaba madurar por sí mismas. No concedía la menor confianza al Estado; es en su desprecio hacia el Estado donde hay que buscar el secreto de su política. Su interpretación liberal del método marxista de Bauer consistía en sustituir la acción represiva del

Gobierno con la acción revolucionaria de las organizaciones sindicales, lo cual equivalía a confiarles la defensa del Estado burgués para apartar de él el peligro fascista y comunista, y tener así las manos libres en su política de «parlamentarización», es decir, de corrupción del proletariado.

Hacia fines de 1920, los acontecimientos habían producido en Italia una situación sin ejemplo en la historia de las luchas políticas de la Europa contemporánea. D'Annunzio, que se había apoderado de Fiume, amenazaba en todo momento con penetrar en Italia para ir a la conquista del Estado con su ejército de legionarios. Contaba con algunas amistades hasta en el campo de los trabajadores: no se ignoran las relaciones que existían entre la Federación de los Trabajadores del Mar y el Gobierno de Fiume. D'Annunzio estaba considerado por los jefes de las organizaciones sindicales, menos como un enemigo que como un hombre peligroso, capaz de arrastrar al país en complicaciones internacionales. Sea ello lo que fuere, no se le consideraba como un aliado para luchar contra el fascismo, aunque se supiese que sentía envidia por Mussolini y por el papel que su organización revolucionaria representaba en la política interior italiana. La rivalidad que existía entre D'Annunzio y Mussolini no era una mala carta en el juego de Giolitti, que jugaba correctamente con las cartas malas, pero que hacía trampas con las buenas. Por su lado, los comunistas, cogidos entre los fuegos cruzados del fascismo y del

Gobierno, habían perdido toda influencia sobre la masa de los trabajadores. Su terrorismo criminal y cándido, su incomprensión absoluta del problema revolucionario italiano, la incapacidad en que se encontraban para romper con una táctica que no producía más que atentados, golpes de mano aislados, sublevaciones de cuarteles y de fábricas; que se agotaba en una inútil guerra callejera, comenzada aquí y allí en los pueblos, los habían reducido a no representar ya más que un papel, completamente secundario, en la lucha por la conquista del Estado; no eran ya más que los héroes osados y crueles de una especie de bovarismo insurreccional. ¡Qué de ocasiones perdidas, qué de golpes fallidos durante el cual un pequeño Trotsky cualquiera, un Catilina de provincias con algo de buena voluntad, un puñado de hombres y algunos tiros, hubieran podido adueñarse del Poder sin escandalizar ni al rey, ni al Gobierno, ni a la historia de Italia. En el Kremlin, en los momentos de ocio, el bovarismo insurreccional de los comunistas italianos constituía el tema de conversación favorito. Aquel Lenin tan alegre y tan prudente, se reía hasta saltársele las lágrimas con las noticias que le llegaban de Italia. «¿Los comunistas italianos? ¡Ja, ja, ja!» Se divertía él como un niño leyendo los mensajes que le dirigía D'Annunzio desde Fiume.

El problema de Fiume se convertía cada vez más en un problema de política extranjera. El Estado creado por D'Annunzio en septiembre de 1919 había

recorrido a la inversa, en algunos meses, el camino de los siglos. Aquel Estado, destinado a constituir, según el propósito de D'Annunzio, el primer núcleo de una poderosa organización revolucionaria, el punto de partida del ejército insurrecional que debía marchar a la conquista de Roma, no era ya, hacia fines de 1920, más que una señoría italiana del Renacimiento, trastornada por las luchas intestinas, corrompida por la ambición, el fausto y la retórica de un príncipe demasiado elocuente para seguir los consejos de Maquiavelo. La debilidad de este principado no consistía solamente en su anacronismo, sino en el hecho de que su existencia era más bien un problema de política exterior que de política interior. La conquista de Fiume no había sido un golpe de Estado, no había modificado la situación política interior de Italia: había impedido la aplicación de una decisión internacional que daba a la cuestión de Fiume una solución contraria al derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Este era el gran mérito de D'Annunzio y, al mismo tiempo, su gran debilidad en cuanto a la situación revolucionaria italiana. Con la creación del Estado de Fiume se había convertido en un elemento fundamental de la política extranjera de Italia; pero se había él eliminado del juego de la política interior, sobre la cual no tenía ya más que una influencia indirecta. El papel asignado por D'Annunzio a su ejército de legionarios era transmitido lógicamente a los camisas negras. Mientras él se encontraba retenido en Fiume,

príncipe de una señoría independiente, con su estatuto, su Gobierno, su ejército, sus fianzas y sus embajadores, Mussolini extendía cada vez más su organización revolucionaria en toda Italia. Decíase entonces que D'Annunzio era el príncipe y Mussolini su Maquiavelo; en realidad, para la juventud italiana, D'Annunzio no era ya más que un símbolo, un Júpiter nacional, y la cuestión de Fiume no era ya más que un argumento que utilizaba Mussolini para combatir al Gobierno en materia de política extranjera.

Pero la existencia del Estado de Fiume, aun eliminando por algún tiempo del juego revolucionario a un rival peligroso, no por ello dejaba de ser, para Mussolini, un motivo de inquietud: la rivalidad que existía entre D'Annunzio y él tenía su repercusión sobre la masa de sus partidarios. Los que venían de los partidos de la derecha sentían demasiada simpatía por D'Annunzio; los que venían de los partidos de la izquierda: republicanos, socialistas, comunistas, constituían el núcleo principal de las tropas de asalto fascistas y no disimulaban su antipatía por aquel aparecido del siglo XV. Esta rivalidad fué la carta que utilizó Giolitti vanamente, en varias ocasiones, para intentar hacer trampas en el juego. Se jactaba de provocar una lucha abierta entre D'Annunzio y Mussolini, pero no tardó en darse cuenta de que era peligroso insistir en un juego inútil. Acuciado por la necesidad de arreglar lo antes posible la cuestión de Fiume, decidió apoderarse por la fuerza

armada del Estado de D'Annunzio, y la víspera de Nochebuena de 1920 aprovechó el concurso de una serie de circunstancias favorables para lanzar unos cuantos regimientos al asalto de Fiume.

Al grito de dolor de los legionarios de D'Annunzio respondió el grito reprobatorio de Italia entera. El fascismo no estaba preparado para una insurrección general. La lucha se anunciaba muy dura: las banderas negras y las banderas rojas de la guerra civil flotaban ya en los campos y en las barriadas, al viento frío de aquel invierno lleno de presagios oscuros. Mussolini no tenía solamente que vengar los muertos de Fiume; tenía que defenderse contra las fuerzas de la reacción, que amenazaban con sepultar al fascismo bajo las ruinas del Estado de D'Annunzio. La reacción del Gobierno y de las organizaciones obreras se revelaba ya por persecuciones policíacas y conflictos sangrientos, cuya iniciativa era ahora de los obreros. Giolitti quería aprovechar la crisis interior que minaba el fascismo, y el desorden provocado en sus filas por la trágica Nochebuena, para colocar a Mussolini fuera de la ley. Los jefes de los sindicatos dirigían la lucha usando repetidamente de las huelgas. Ciudades, provincias, regiones enteras se encontraban bruscamente paralizadas por el conflicto que acababa de estallar en una aldea cualquiera. Desde los primeros tiros era la huelga; al grito de desesperación de las sirenas,

las fábricas se vaciaban, las casas cerraban puertas y ventanas, el tráfico se interrumpía, la calle, desierta, tomaba el aspecto siniestro de la cubierta de un acorazado preparándose para el combate.

Los obreros, en las fábricas, se equipaban para la lucha; surgían armas de todas partes: las había debajo de los tornos, detrás de los telares, las dínamos o las calderas; veíanse los montones de carbón vomitar fusiles y cartuchos. Hombres de cara grasienta y de gestos tranquilos se deslizaban entre las máquinas muertas, los pistones, los martillos-pilones, los yunques, las grúas; trepaban a lo largo de las escaleras de hierro a las torrecillas, a los puentes rodantes, a los tejados puntiagudos y acristalados; iban a tomar posiciones para transformar cada fábrica en una fortaleza. Banderas rojas crecían en lo alto de las chimeneas. En los patios, los obreros se amontonaban en multitud: dividíanse en compañías, secciones, escuadras. Jefes de equipo con brazalete rojo daban órdenes y partían las patrullas de reconocimiento; a su vuelta, los obreros abandonaban la fábrica y caminaban en silencio, rozando los muros, hacia los puntos estratégicos de la ciudad. De todas partes afluían hacia las Bolsas del Trabajo equipos entrenados en la táctica de la guerra callejera, para defender los domicilios sociales de los sindicatos contra un ataque eventual de los camisas negras. Había ametralladoras colocadas en todas las salidas, en las revueltas de las escaleras, en el fondo de los pasillos y sobre los tejados. Había granadas

amontonadas en las oficinas, junto a las ventanas. Los mecánicos desenganchaban sus locomotoras y, abandonando los trenes en pleno campo, huían a toda velocidad hacia las estaciones. En los pueblos había carros colocados a través de los caminos para impedir que los refuerzos de los camisas negras se trasladasen de una ciudad a otra. Emboscados detrás de las cercas, los guardias rojos campesinos, armados de escopetas de caza, de horcas, de zapapicos, de guadañas, acechaban el paso de los camiones fascistas. Los disparos se desgranaban a lo largo de las carreteras y de las vías férreas, de pueblo en pueblo, hasta los arrabales de las ciudades, empavesados de rojo. Al grito de alarma de las sirenas anunciando la huelga, los carabinieris, los guardias reales, los agentes de Policía se retiraban a sus cuarteles; Giolitti era demasiado liberal para mezclarse en una lucha que los trabajadores llevaban tan bien solos contra los enemigos del Estado.

En aquel vacío amenazador que la huelga creaba a su alrededor, los equipos fascistas especializados en la guerra callejera se situaban en las encrucijadas, y las secciones entrenadas en la defensa y en el ataque de las casas estaban preparadas para salir a reforzar los puntos débiles y a defender las posiciones amenazadas, hiriendo con golpes rápidos y violentos en el corazón de la organización enemiga. Las tropas de asalto, compuestas de camisas negras adiestrados en la táctica de infiltración, en los golpes de mano, en la acción individual, armados de

puñales, de granadas y de material incendiario, esperaban junto a los camiones que debían transportarlas al terreno de la lucha. Eran ellas las destinadas a las represalias. Las represalias eran uno de los elementos más importantes de la táctica de los camisas negras. Apenas era anunciado el asesinato de algún fascista, ya fuese en un barrio o en un pueblo, las tropas de asalto partían a las represalias. Las Bolsas del Trabajo, los círculos obreros, las casas de los jefes de organizaciones socialistas eran inmediatamente atacadas, desvastadas, incendiadas. Al comienzo, cuando la táctica de las represalias constituía aún una novedad, los guardias rojos recibían a los fascistas a tiros; una lucha homicida se entablaba alrededor de las Bolsas del Trabajo y de los círculos obreros, en las calles de los barrios y de los pueblos. Pero esta terrible táctica no tardó en dar sus frutos. El miedo a las represalias trastornó el espíritu combativo de los guardias rojos, les quitó el valor para defenderse, hirió mortalmente la resistencia de las organizaciones de trabajadores. Ante la llegada de los camisas negras, los guardias rojos, los jefes socialistas, los secretarios de sindicatos, los organizadores de huelgas, huían al campo y se refugiaban en los bosques. Esta caza al hombre sin cuerno y sin hallalí, continuaba hasta el alba, feroz, implacable. A veces era la población íntegra de algún pueblo donde un fascista había sido muerto la que emprendía la fuga. Las tropas de asalto encontraban las casas vacías, las calles de-

siertas, un cadáver con camisa negra tendido sobre el suelo.

A la táctica fascista, rápida, violenta, inexorable, los jefes de las organizaciones sindicales obreras no oponían solamente lo que ellos llamaban una resistencia armada. Aunque no tomasen sobre ellos, oficialmente, más que la sola responsabilidad de las huelgas, no dejaban de excitar por todos los medios el espíritu combativo de los obreros. Fingían ignorar que había en todas las Bolsas del Trabajo y en todos los círculos obreros depósitos de fusiles y de granadas; sin embargo, a su juicio, la huelga no debiera ser una manifestación pacífica, sino un acto de guerra, condición indispensable para la aplicación de la táctica obrera, de la guerra callejera. «La huelga —decían ellos—; he aquí nuestras represalias: es una resistencia desarmada la que oponemos a los rompecabezas y al puñal de los fascistas.» Pero sabían muy bien que era en las Bolsas del Trabajo donde los obreros iban a buscar sus armas. Era el clima de la huelga, ese clima pesado y cálido, el que lanzaba al obrero a la lucha armada. Su pretensión de aparecer como víctimas inocentes, desarmadas, de la violencia fascista, de darse el aspecto de corderos rojos devorados por lobos negros, era tan ridícula como la preocupación tolstoiana de ciertos fascistas de origen liberal, que no querían admitir que los partidarios de Mussolini hubiesen consumido nunca un solo cartucho, dado un solo golpe con el rompecabezas ni hecho injerir una sola gota de aceite de rici-

no. La hipocresía de los jefes de las organizaciones obreras no impedía que hubiese muertos en las filas de los camisas negras. No hay que creer que los fascistas no hayan conocido graves reveses. Barrios, pueblos, regiones enteras se levantaban a veces en armas contra ellos; la huelga general daba la señal de la insurrección. Los camisas negras eran atacados en su casa, levantábanse barricadas en las calles; bandas de obreros y de campesinos, armados de fusiles y de granadas, ocupaban los pueblos, marchaban sobre las ciudades, perseguían a los fascistas. La matanza de Sarzana bastaría para mostrar que los obreros no eran hipócritas como sus jefes. En julio de 1921, en la ciudad de Sarzana, medio centenar de camisas negras fueron degollados; los heridos, estrangulados en sus mismas camillas, en la puerta del hospital; otro centenar, que había buscado su salvación en la huída, dispersándose por el campo, fué perseguido a través de los bosques por mujeres armadas de horcas y de guadañas. La crónica de la guerra civil en Italia durante los años 1920 y 1921, es decir, la crónica de la preparación del golpe de Estado fascista, está hecha de semejantes episodios.

Para acabar con las huelgas revolucionarias y con los levantamientos de obreros y de campesinos, que eran cada vez más frecuentes y que adquirían una extensión y una gravedad crecientes, hasta el punto de paralizar regiones enteras, los fascistas adoptaron la táctica de la ocupación sistemática de las regiones amenazadas. Día tras día efectuaban

concentraciones de camisas negras en los centros indicados conforme a un plan de movilización. Miles y miles de hombres armados, quince o veinte mil a veces, se desbordaban sobre una ciudad, sobre los campos y los pueblos, transportados rápidamente por sus camiones de una provincia a otra. En unas horas, toda la región ocupada se encontraba en estado de sitio. Todo lo que quedaba de la organización socialista y comunista —Bolsas del Trabajo, sindicatos, círculos obreros, diarios, cooperativas— era disuelto o destrozado metódicamente. Los guardias rojos que no habían tenido tiempo de huir, eran purgados, tundidos, vueltos del revés; durante dos o tres días, los rompecabezas trabajaban en centenares de kilómetros cuadrados. A fines de 1921, esta táctica, aplicada de una manera sistemática en una escala cada vez mayor, había perniquebrado la organización política y sindical del proletariado. El peligro de una revolución roja quedaba alejado para siempre, y el ciudadano Mussolini resultaba un benemérito de la patria. Una vez realizada su misión, pensaban los burgueses de todas clases, los camisas negras podían echarse a dormir tranquilamente. No debían tardar en darse cuenta de que el triunfo del fascismo sobre los trabajadores había perniquebrado también al Estado.

La táctica seguida por Mussolini para apoderarse del Estado no podía haber sido concebida más

que por un marxista. No hay que olvidar nunca que la educación de Mussolini es marxista. Lo que asombraba a Lenin y a Trotsky en la situación revolucionaria italiana, era la incapacidad de los comunistas para aprovecharse de un concurso excepcional de circunstancias favorables. Las huelgas generales insurreccionales de 1919 y de 1920, la ocupación de las fábricas del Norte de Italia por los obreros, que había marcado la fase decisiva, no habían producido un solo jefe capaz de arrastrar un puñado de hombres a la conquista del Estado. Con el apoyo de la huelga general, cualquier pequeño Trotsky de provincias hubiera podido adueñarse del Poder sin pedir permiso al rey.

Mussolini, que juzgaba la situación como marxista, no creía en las probabilidades de éxito de una insurrección que hubiese debido combatir a la vez a las fuerzas del Gobierno y a las fuerzas del proletariado.

Su desprecio hacia los jefes socialistas y comunistas no le impedía despreciar a todos los que se proponían, como D'Annunzio, derribar al Gobierno sin haberse asegurado al menos, previamente, la alianza o la neutralidad de las organizaciones obreras. Mussolini no era hombre que se dejase perniquebrar por una huelga general. No desdeñaba, como el Júpiter nacional, el papel del proletariado en el juego revolucionario. Su sensibilidad moderna, su comprensión marxista de los problemas políticos y sociales de nuestro tiempo, no le dejaban ilusiones so-

bre la posibilidad de hacer blanquismo nacionalista en 1920.

No hay que ver en la táctica del golpe de Estado fascista una táctica de reaccionario. Mussolini no tenía nada de un D'Annunzio, de un Kapp, de un Primo de Rivera o de un Hitler. Como marxista, evaluaba las fuerzas del proletariado y apreciaba su papel en la situación revolucionaria de 1920; como marxista, llegaba a la conclusión de que era necesario, ante todo, acabar con los sindicatos obreros, sobre los cuales se apoyaría el Gobierno, sin duda, para defender al Estado. Tenía miedo a la huelga general: la lección de Kapp y de Bauer no había sido tiempo perdido para él. Los historiadores oficiales del fascismo, cuando quieren demostrar que Mussolini no era un reaccionario, recuerdan su programa de 1919. En realidad, el programa de 1919, en el que creían sinceramente la inmensa mayoría de los camisas negras —y la vieja guardia fascista ha permanecido fiel al espíritu de 1919—, era un programa republicano y democrático. Pero no es el programa de 1919 el que revela la educación marxista de Mussolini: es el concepto de la táctica del golpe de Estado fascista, la lógica, el método con que él lo aplica. Más adelante se verá, a propósito de Hitler, cómo puede degenerar en el espíritu de un reaccionario un plan táctico concebido por un marxista.

Los que se complacían en no ver en el fascismo más que una defensa del Estado contra el peligro comunista, más que una reacción pura y sim-

ple contra las conquistas políticas y sociales del proletariado, estimaban que Mussolini, a mediados del año 1921, había realizado su labor y que su papel terminaba. Por consideraciones completamente distintas, Giolitti había llegado a la misma conclusión desde el mes de marzo de 1921, después de aquellas huelgas generales que revelaron el peligroso poder del fascismo. La guerra civil había alcanzado un grado de violencia terrible, con grandes pérdidas por ambas partes; pero esas luchas sangrientas, señaladas por episodios sin precedente en la crónica de esos años rojos, habían acabado en la derrota de las fuerzas proletarias. Giolitti, que había jugado contra el fascismo la carta «sindicalismo», se vió cogido de improviso por el brusco derrumbamiento de las organizaciones obreras: el fascismo salía de la batalla animado por un espíritu agresivo que no dejaba la menor duda sobre sus intenciones, y formidablemente armado para la lucha contra el Estado. ¿Qué fuerza podía Giolitti oponer al fascismo? El papel que representaban en la defensa del Estado los sindicatos obreros había terminado. Los partidos políticos, que constituían la mayoría parlamentaria, eran impotentes contra una formidable organización armada, que operaba en el terreno de la violencia y de la legalidad. No le quedaba más recurso que el de intentar una «parlamentarización» del fascismo. Vieja táctica de ese liberal, que había dado a Italia, en el transcurso de los treinta años precedentes, ejemplo de una dictadura parlamentaria al servicio de

una monarquía sin prejuicios constitucionales. Mussolini, cuyo programa político no obstaculizaba la táctica revolucionaria, no se dejó coger en el juego más que un dedo de la mano izquierda. A raíz de las elecciones políticas de mayo de 1921, el fascismo accedió a formar parte de esa especie de bloque nacional imaginado por Giolitti para comprometer y para corromper, con ayuda del sufragio universal, al ejército de camisas negras.

El bloque nacional había sido formado no sin grandes dificultades. Los partidos constitucionales no aceptaban el que les colocasen en el mismo pie de igualdad que una organización armada, que no disimulaba su programa republicano. Pero lo que preocupaba a Giolitti no era el programa más o menos revolucionario y democrático de 1919, sino el fin de la táctica fascista. La conquista del Estado: he aquí el fin perseguido por Mussolini. Había que aceptar su programa en el terreno electoral si se quería separar al fascismo del fin de su táctica revolucionaria. Giolitti, que no jugaba bien más que con malas cartas, no fué más feliz de lo que ya había sido cuando hacía trampas en el juego utilizando la envidia de D'Annunzio hacia Mussolini. Lejos de dejarse «parlamentarizar», el fascismo permaneció fiel a su táctica. Mientras los diputados fascistas —una veintena— trabajaban por disgregar la mayoría salida del bloque nacional, los camisas negras se volvían contra los sindicatos republicanos y contra los sindicatos católicos con la misma violencia que ha-

bían empleado contra las organización sindicales socialistas. En previsión de la acción insurreccional para la conquista del Estado, era preciso limpiar el terreno de todas las fuerzas organizadas (ya fuesen de izquierda, de derecha o del centro) susceptibles, o bien de proporcionar un apoyo al Gobierno, o bien de obstaculizar al marxismo en la fase que determinaba la insurrección y su peligro, cortándole los jarretes en el momento decisivo del golpe de Estado. Había que prevenir, no sólo la huelga general, sino también el frente único del Gobierno, del Parlamento y del proletariado. El fascismo se veía en la necesidad de hacer el vacío a su alrededor, de prescindir de toda fuerza organizada: política o sindical, proletaria o burguesa, sindicatos, cooperativas, círculos obreros, Bolsas del Trabajo, periódicos, partidos políticos. Ante la gran sorpresa de la burguesía reaccionaria y liberal que creía terminado el papel del fascismo, y ante la gran alegría de los obreros y de los campesinos, después de haber disuelto por la violencia las organizaciones republicanas y católicas, los camisas negras se pusieron al trabajo contra los liberales, los demócratas, los masones, los conservadores y contra todas las variedades del burgués de buen sentido. La lucha contra la burguesía era mucho más popular entre los fascistas que la lucha contra el proletariado. Las tropas de asalto estaban compuestas en gran parte de obreros, de pequeños artesanos y de campesinos. Además, la lucha contra la burguesía era ya la lucha

contra el Gobierno, contra el Estado. Aquellos mismos liberales, demócratas y conservadores que se habían apresurado, al llamar a los fascistas para que formasen parte del bloque nacional, a colocar a Mussolini en el panteón de los «salvadores de la patria» (Italia, desde hace cincuenta años, está llena de «salvadores de la patria»; lo que era al principio una misión se ha convertido en una profesión oficial o casi oficial; puede uno esperarse todo de un país que ha sido salvado demasiadas veces), no querían resignarse a darse cuenta de que el objetivo de Mussolini no consistía en salvar a Italia según la tradición oficial, sino en apoderarse del Estado, programa mucho más sincero que el de 1919. Pero ahora, para la burguesía liberal y revolucionaria, nada podía ser menos igual, nada era menos aceptable que aquella violencia fascista tan calurosamente aplaudida mientras se había empleado contra las organizaciones proletarias. ¿Quién hubiera creído nunca que Mussolini, tan buen patriota cuando luchaba contra los comunistas, los socialistas y los republicanos, sería del día a la mañana un hombre peligroso, un ambicioso sin prejuicios burgueses, un catilinario decidido a apoderarse del Poder aun contra el rey y contra el Parlamento?

La culpa era de Giolitti si el fascismo se había convertido en un peligro para el Estado. Hubiese sido necesario estrangularle a tiempo, colocarle fuera de la ley desde el principio, aplastarle con las armas, como habían aplastado a D'Annunzio. Esta

especie de «bolchevismo nacionalista» se mostraba mucho más peligroso que ese bolchevismo a lo ruso, del que la burguesía podía afirmar que no tenía miedo de allí en adelante. ¿Hubiera podido el Gobierno de Bonomi reparar los errores del de Giolitti? Para Bonomi, antiguo socialista, el problema del fascismo no era más que un problema de policía. Entre este marxista que intentaba, por medio de una reacción policíaca, estrangular al fascismo antes de que estuviese preparado para apoderarse del Estado, y Mussolini, que intentaba ganar tiempo, se entabló, durante los últimos meses de 1921, una lucha sin cuartel, marcada por persecuciones, violencias y conflictos sangrientos. Aunque Bonomi hubiese llegado a crear contra los camisas negras el frente único de la burguesía y del proletariado (los obreros, apoyados por el Gobierno, hacían grandes esfuerzos para reconstituir sus organizaciones de clase), la táctica de Mussolini seguía desarrollándose sistemáticamente. Después del fracaso de la tregua de armas pactada entre los fascistas y los socialistas, la falta de valor y de perspicacia de los partidos burgueses, su egoísmo sin escrúpulos, que oponía a la violencia de los camisas negras un grosero maquiavelismo, elocuente y patriótico, habían acabado por desmoralizar a los trabajadores. El año 1922 se abría sobre un panorama triste y brumoso: el fascismo, violento y metódico, se apoderaba poco a poco de todos los centros nerviosos del país; su organización política, militar y sindical cubría a toda Italia con su red. El

mapa de la península, bota de montar llena de ciudades, de aldeas, de hombres inquietos, ardientes y facciosos, estaba dibujado como un tatuaje en la mano derecha de Mussolini. Bonomi se había desplomado entre una nube de yeso, bajo los escombros del mundo político y sindical. El Estado, sitiado en Roma por el fascismo, que ocupaba todo el país, estaba a merced de los camisas negras. Su autoridad no sobrevivía sino en algunos centenares de islotes, prefecturas, alcaldías, cuarteles de policía, diseminados por toda Italia, en medio de la marea creciente de la revolución. Entre el rey y el Gobierno empezaba a insinuarse el miedo a las responsabilidades, y la grieta iba ensanchándose. Vieja astucia de los gobiernos constitucionales: el rey se apoyaba en el Ejército y en el Senado, y el Gobierno en la Policía y en el Parlamento. Lo que no dejaba de despertar la desconfianza de la burguesía liberal y de los trabajadores.

Cuando Mussolini (agosto de 1922) anunció al país que el fascismo estaba preparado para adueñarse del Poder, el Gobierno intentó, en un supremo esfuerzo, prevenir la insurrección y romper el cerco fascista por medio de un levantamiento obrero y campesino. La huelga general estalló el mes de agosto, por orden de una especie de Comité de Salud Pública, que agrupaba los partidos democrático, socialista, republicano y la Confederación General del

Trabajo. Era lo que se llamaba la «huelga legalitaria», última batalla que los defensores de la libertad, de la democracia, de la legalidad y del Estado entablaban con el ejército de los camisas negras. Mussolini iba, por fin, a poder destrozar al adversario más peligroso, al único temible del golpe de Estado fascista, aquella huelga general que desde hacía tres años amenazaba a cada momento con perniquebrar la revolución, aquella huelga contrarrevolucionaria que él combatía desde hacía tres años, luchando sistemáticamente contra las organizaciones sindicales del proletariado. Al lanzar contra el fascismo la contrarrevolución de los trabajadores, el Gobierno y la burguesía liberal y reaacionaria contaban con romper el impulso insurreccional de los camisas negras, alejando así del Estado por algún tiempo todavía el peligro de la dominación revolucionaria. Pero al mismo tiempo que los equipos fascistas de técnicos y de obreros especializados sustituían a los huelguistas en los servicios públicos, la terrible violencia de los camisas negras aplastaba, en veinticuatro horas, el ejército de los defensores del Estado agrupados bajo la bandera roja de la Confederación General del Trabajo. No fué en octubre, sino en el mes de agosto cuando el fascismo alcanzó el triunfo decisivo para la conquista del Estado. Después del fracaso de la «huelga legalitaria», Facta, hombre débil, honrado y leal, no seguía ya en su puesto más que para cubrir al rey.

Aunque el programa del fascismo, aquel programa de 1919, en el cual creían sinceramente los camisas negras de la vieja guardia, fuese republicano, el rey no tenía ya necesidad de la lealtad de Facta; en la víspera del golpe de Estado, Mussolini daba la señal de la insurrección al grito de «¡Viva el rey!». El golpe de Estado fascista no tuvo nada de ese carácter teatral que quisieron prestarle ciertos Plutarcos oficiales, enfermos de elocuencia, de retórica y de literatura. Nada de grandes frases, nada de actitudes decorativas, de gestos a lo Julio César, a lo Cromwell y a lo Bonaparte. Las legiones que marchaban sobre la capital no eran, afortunadamente, las legiones de César volviendo de las Galias, y Mussolini no iba vestido a la romana. No se escribe la historia conforme a los cromos de circunstancia o según los lienzos de los pintores oficiales. Es difícil comprender cómo el Napoleón pintado por David ha podido tener ese genio tan claro, tan preciso, tan moderno, que hace de él un hombre tan distinto de ese Napoleón pintado por David o esculpido por Canova; cómo Mussolini es distinto a Julio César o a Bartolomeo Colleoni. Se ve, en ciertos cromos, pasearse a los camisas negras, durante la insurrección de octubre de 1922, a través de una Italia adornada toda con arcos de Tito, con tumbas, mausoleos, columnas, pórticos y estatuas, bajo un cielo poblado de águilas, como si el golpe de Estado fascista hubiese tenido por teatro la Italia de Ovidio y de Horacio; por héroes a unos legionarios romanos, y por director al mismo Júpiter, preocupado en salvar las apa-

riencias constitucionales con el clasicismo de la postura escénica. Otros nos muestran un Mussolini 1922 «con ojos 1830», un Mussolini romántico, perdido en un paisaje neoclásico: hele aquí, pues, ya sea a pie o ya a caballo, a la cabeza de sus legionarios, a ese héroe pálido y sonriente ¡que interpreta la historia siguiendo el gusto de los cromos! Sobre ese fondo de acueductos en ruinas, en esa campiña romana severa y fatal, Mussolini parece destacarse de un cuadro de Poussin, de una elegía de Goethe, de un drama de Pietro Cossa, de un verso de Carducci o de D'Annunzio; diríase que los bolsillos de su pantalón están llenos de libros de Nietzsche. Los cromos son la apoteosis de todo el mal gusto de la cultura y de la literatura italianas de estos cincuenta últimos años. Ante estas imágenes del golpe de Estado fascista se extraña uno de que Mussolini haya podido derribar el Gobierno de Facta y adueñarse del Poder.

Pero el Mussolini de octubre de 1922 no es el de los cromos: es un hombre moderno, frío, audaz, violento y calculador. En vísperas de la insurrección, todos los adversarios del fascismo, las organizaciones sindicales de los trabajadores, los comunistas, los partidos (socialista, republicano, católico, democrático y liberal) están fuera de combate. Estrangulada definitivamente en agosto, la huelga general no podría ya perniquebrar a la insurrección; los obreros no se atreverán ya a abandonar el trabajo y a salir a la calle. Las sangrientas represalias con las

que han ahogado la «huelga legalista», han quebrantado para siempre el espíritu combativo del proletariado. En cuanto Mussolini levanta en Milán la bandera negra de la insurrección, los equipos fascistas de técnicos y de obreros especializados se apoderan rápidamente de todos los puntos estratégicos de la organización técnica del Estado. Al cabo de veinticuatro horas toda Italia está ocupada militarmente por 200.000 camisas negras. Las fuerzas de policía, los «carabinieris», los guardias reales son insuficientes para restablecer el orden en el país. Allí donde las fuerzas de policía intentan expulsar a los camisas negras de las posiciones ocupadas, los ataques fracasan bajo el fuego de las ametralladoras fascistas. Desde Perusa, cuartel general de la revolución, los miembros del cuadrunvirato o Comité revolucionario militar, Bianchi, Balbo, De Vecchi y De Bono, dirigen la acción insurreccional conforme al plan decidido por Mussolini en todos sus detalles. Cincuenta mil hombres se concentran en la campiña romana dispuestos a marchar sobre la capital; al grito de «¡Viva el rey!», el ejército de los camisas negras sitia a Roma, y en Roma no está solamente el Gobierno, sino que está también el rey. Aunque la lealtad de Mussolini, que se apoya en un ejército revolucionario, no haya tenido aún tiempo de envejecer, un rey constitucional debe preferirla a la lealtad de un Gobierno desarmado. Cuando el Consejo de ministros decide someter a la firma del rey el decreto que declara el estado de sitio en toda Italia,

13 - 1548

BIBLIOTECA MUNICIPAL

el rey, según parece, se niega a firmar. No se sabe exactamente lo sucedido en este caso; lo que es evidente es que el estado de sitio fué proclamado, pero que no duró más que medio día. Demasiado poco si el rey ha firmado el decreto; un poco demasiado si realmente no lo ha firmado.

Por medio de la táctica revolucionaria que había aplicado sistemáticamente durante tres años de lucha sangrienta, el fascismo se había apoderado del Estado mucho antes de la entrada de los camisas negras en la capital. La insurrección no hacía más que derribar al Gobierno. Ni el estado de sitio, ni la situación fuera de ley de Mussolini, ni la resistencia armada hubieran podido hacer fracasar, en 1922, el golpe de Estado fascista.

—Debo a Mussolini —decía Giolitti— el haber aprendido que no es contra el programa de una revolución contra lo que debe defenderse un Estado, sino contra su táctica.

Y él confesaba sonriendo que había sido incapaz de aprovechar esta lección.

VIII

UN DICTADOR FRACASADO: HITLER (1)

ALEMANIA no es Italia, dicen irónicamente los que se niegan a creer en el peligro hitleriano. Sería más justo decir que la táctica de Hitler no es la de Mussolini. Estando yo últimamente en Alemania para darme cuenta de cerca de lo que se llama el peligro hitleriano, me ha ocurrido en varias ocasiones que me preguntasen si Hitler podía ser considerado como el Mussolini alemán. Recuerdo haber respondido al señor Simon, director de la «Frankfurten Zeitung», que me hacía esa pregunta, que Italia, desde 1919 a 1922, y aun después, no hubiese tolerado un Hitler. Mi respuesta pareció extrañar al señor Simon, que cambió de conversación.

En realidad, Hitler no es más que una caricatura de Mussolini. A la manera de ciertos Plu-

(1) *Técnica del golpe de Estado* fué escrito en 1931; o sea, antes de que Hitler conquistara el poder.

tarcos enfermos de elocuencia, de retórica y de literatura, y de los nacionalistas de casi todos los países de Europa, Hitler no ve en Mussolini más que una especie de Julio César de frac y sombrero de copa, adulterado por la lectura de Nietzsche y de Barrés, sintiendo gran curiosidad por las ideas de Ford y por el sistema Taylor, y partidario de una estandardización industrial, política y moral. Ese austríaco orgulloso y pesado, de ojos duros y recelosos, de ambición tenaz, de proyectos cínicos, puede tener realmente, como todos los austríacos, cierta afición por los héroes de la antigua Roma y por la civilización italiana del Renacimiento; pero tiene el suficiente sentido del ridículo para darse cuenta de que la Alemania de Weimar no podría ser un país de conquista para un pequeño burgués de la Alta Austria disfrazado de Sila, de Julio César o de «condottiero». Aunque él también sea un entusiasta de ese género de estetismo, característico de los soñadores de dictadura, no puede creerse que se complazca, como afirman algunos de sus adversarios, en besar los bustos de los «condottieros» del Renacimiento en los museos de Munich. Hay que ser justo con él. Quiere realmente imitar a Mussolini, pero como un hombre del Norte, como un alemán cree poder imitar a un hombre del Sur, a un latino. Cree en la posibilidad de modernizar a Mussolini interpretándole a la alemana, lo que no es ni siquiera un modo de ironizar el clasicismo. Su héroe ideal es un Julio César vestido a la tirolesa. Le extraña a uno ver que

el clima de la Alemania de Weimar sea de tal modo favorable a una caricatura de Mussolini que regocijaría hasta al pueblo italiano. Así como no se parece al busto del duce esculpido por Wildt —una especie de emperador romano con la frente ceñida por las vendas sagradas del Pontifex Maximus—, como tampoco a la estatua ecuestre de Mussolini por Graziosi, que domina el estadio de Bolonia (un «gentleman» del siglo XV, demasiado firme a caballo para tener el aspecto de un héroe bien educado), Hitler, austríaco de Braunau, no se parece al retrato que algunos de sus adversarios quieren darnos de él.

«Hitler, escribe Federico Hirth, demasiado gran admirador de Stresemann para mostrarse justo con el jefe de los nacionalsindicalistas, tiene el físico del bávaro o del alto austríaco medio. Su tipo es el de todos los hombres de esas comarcas. Basta con entrar en cualquier tienda o café de Braunau o de Linz, en Austria; de Passau o de Landshut, en Baviera, para darse cuenta de que todos los tenderos y todos los camareros se parecen a Hitler.» Según sus adversarios, el secreto del éxito personal de un hombre que sin merecer ser tomado por cualquier tendero o por cualquier camarero de café de Braunau o de Landshut, posee, sin embargo, todos los rasgos fisionómicos de la mediocridad espiritual del burgués alemán, no consiste más que en su elocuencia: su noble, fogosa y viril elocuencia.

No hay que reprochar a Hitler el que haya conseguido, por su sola elocuencia, imponer una disci-

plina férrea a millares de hombres razonables, reclutados entre antiguos combatientes de corazón endurecido por cuatro años de guerra. Sería injusto vituperarle por haber sido capaz de persuadir a seis millones de electores de que votasen por un programa político, social y económico que forma parte, también él, de su elocuencia. No se trata de resolver si el secreto de su éxito personal reside en sus palabras o en su programa. No se juzga a los catilinarios ni por su elocuencia ni por su programa, sino por su táctica revolucionaria. Se trata de declarar si la Alemania de Weimar está realmente amenazada de un golpe de Estado hitleriano, es decir, de saber cuál es la táctica revolucionaria de este Catilina demasiado elocuente, que pretende apoderarse del Reich e imponer su dictadura personal al pueblo alemán.

La organización de combate del partido nacionalsocialista está calcada sobre la organización revolucionaria del fascismo entre 1919 y 1922, antes del golpe de Estado. La red de núcleos hitlerianos, cuyo centro es Munich, se extiende de ciudad en ciudad sobre todo el territorio de Alemania. Las tropas de asalto nacionalsocialistas, reclutadas entre los antiguos combatientes y organizadas militarmente, constituyen el armazón revolucionario del partido. En manos de un jefe que supiera utilizarlas, podrían representar para el Reich un peligro muy grave. Encuadradas por antiguos oficiales del Imperio, armadas de revólveres; de granadas y de rompecabezas

(depósitos de municiones, fusiles, ametralladoras y lanzallamas están escalonados por toda Baviera, en Renania y a lo largo de la frontera del Este), constituyen una organización militar maravillosamente armada y entrenada en la acción insurreccional. Sometidas a una férrea disciplina, aplastadas por la voluntad tiránica de su jefe, que se declara infalible y que ejerce en el seno del partido una dictadura inexorable, las tropas de ataque hitlerianas no son el ejército de la revolución nacional del pueblo alemán, sino el instrumento ciego de las ambiciones de Hitler.

Esos veteranos de la gran guerra, que soñaban con marchar a la conquista del Reich y de pelear bajo las banderas de cruz por la libertad de la patria alemana, se ven reducidos a servir los deseos ambiciosos y los intereses personales de un político elocuente y cínico, que no podría concebir la revolución más que bajo el aspecto de una vulgar guerrilla de barrio contra unos guardias rojos comunistas, de una interminable serie de conflictos sin gloria, con obreros endomingados o con huelguistas hambrientos, de una conquista electoral del Reich apoyada por algunos tiros de revólver en los arrabales de las grandes ciudades.

En Koenigsberg, Stuttgart, Francfort, Colonia, Dusseldorf, Essen, oficiales de las tropas de asalto hitlerianas me han confesado que se sienten rebajados al rango de guardia pretoriana de un jefe revolucionario que se dedica a practicar, contra sus propios partidarios, los sistemas policíacos que tendrá

que utilizar algún día para imponer su dictadura personal al pueblo alemán. En el seno del partido nacionalsocialista, la libertad de conciencia, el sentimiento de la dignidad personal, la inteligencia y la cultura son perseguidos con ese odio estúpido y brutal que caracteriza a los dictadores de tercera categoría. Aunque austríaco, Hitler no tiene el suficiente talento para comprender que ciertas fórmulas de la vieja disciplina de los jesuítas están ahora anticuadas hasta en la Compañía de Jesús, y que es peligroso querer aplicarlas a un partido cuyo programa consiste en pelear por la libertad nacional del pueblo alemán. No se ganan batallas libradas en nombre de la libertad con soldados acostumbrados a bajar los ojos.

Pero no es tan sólo con métodos policíacos, con la práctica de la delación y de la hipocresía como Hitler envilece a sus partidarios, sino que es también con su táctica revolucionaria. Desde la muerte de Stresemann, la elocuencia de Hitler se ha hecho cada vez más heroica y amenazadora; pero su táctica revolucionaria ha evolucionado lentamente hacia una solución parlamentaria del problema de la conquista del Estado. Los primeros síntomas de esta evolución datan de 1923. Después del fracaso del golpe de Estado de Hitler, Kahr y Ludendorff en Munich, en 1923, toda la violencia revolucionaria de Hitler se ha concentrado en su elocuencia. Las tropas de asalto nacionalsocialistas se han transformado poco a poco en una especie de «camelots du roi-Hitler».

Son unos «camelots» armados, pero inofensivos. Su jefe se muestra cada vez más desengañado de la violencia. Los tiros le hacen daño en los oídos. Pero después de la muerte de Stresemann es cuando ha comenzado la verdadera crisis del partido hitleriano. Unicamente aquel gran adversario podía obligar a Hitler a poner las cartas boca arriba, a no hacer trampas en el juego revolucionario. Stresemann no tenía miedo a Hitler; era un hombre pacífico con cierta afición a los métodos violentos. En un discurso pronunciado, en 23 de agosto de 1923, en una reunión de industriales, Stresemann había declarado que no vacilaría en recurrir a medidas dictatoriales si las circunstancias lo exigían. En 1923 las tropas de asalto hitlerianas no se habían convertido todavía en «camelots du roi-Hitler», en una organización de pretorianos al servicio de un oportunista elocuente; esas tropas eran entonces un ejército revolucionario que creía batirse por la libertad de la patria alemana. La muerte de Stresemann ha permitido a Hitler abandonar la táctica de la violencia, lo cual ha hecho disminuir enormemente la influencia de las tropas de asalto en el partido. Las tropas de asalto: he aquí el enemigo. Son los extremistas de su propio partido los que dan miedo a Hitler. La táctica de la violencia es su fuerza. Hitler ha de tener buen cuidado si sus equipos de combate llegan a ser demasiado fuertes: entonces vendría quizá el golpe de Estado; pero lo que no vendría seguramente sería la dictadura de Hitler.

Lo que le falta a la revolución nacionalsocialista no es un ejército, sino un jefe. Las tropas de asalto que ayer todavía creían combatir por la conquista del Reich, empiezan a darse cuenta de que no es cambiando tiros y golpes de rompecabezas con obreros comunistas como puede uno apoderarse del Estado. Los tumultos que se producen, desde hace algún tiempo, entre los nacionalsocialistas, no se deben, como pretende Hitler, a la ambición fallida de unos cuantos subordinados, sino al profundo descontento de los equipos de combate ante la ineptitud de Hitler, que se revela de día en día más incapaz de plantear claramente el problema de la conquista del Poder en el terreno insurreccional.

Los extremistas del partido no están equivocados al considerar a Hitler como un falso revolucionario, como un oportunista, como un «abogado» que se imagina poder hacer la revolución con discursos, desfiles militares, amenazas y chantaje parlamentario. Desde el brillante éxito electoral que envió al Reichstag un centenar de diputados hitlerianos, la oposición a la táctica oportunista de Hitler, en el seno mismo del partido, se pronuncia cada vez más terminantemente por la solución insurreccional del problema de la conquista del Estado. Se acusa a Hitler de no tener el valor de afrontar los peligros de una táctica revolucionaria, de tener miedo a la revolución. Uno de los jefes de las tropas de asalto me decía en Berlín que Hitler es un Julio César que no sabe nadar a orillas de un Rubicón demasiado profundo para poder vadearlo. Sólo puede explicarse su brutalidad con sus propios partidarios por el temor de que le ganen por la mano, de que los extremistas, las tropas de asalto, los espíritus exaltados, le empujen por el camino de la insurrección. Parece dominado por la preocupación de protegerse contra los extremistas de su partido, de meter en cintura a sus tropas de asalto, de hacer de ellas un instrumento dócil ante su voluntad. Como todos los catilinarios que titubean entre el compromiso y la acción insurreccional, Hitler se ve obligado, de vez en cuando, a hacer concesiones a los extremistas, con el abandono del Reichstag por los diputados nacionalsocialistas. Pero sus concesiones no le hacen nunca perder de vista el objetivo de su oportunismo revolucionario: la conquista legal del Poder. Verdad es que al renunciar a la violencia, a la acción insurreccional, a la lucha armada por la conquista del Estado, se aleja cada vez más del espíritu revolucionario de sus partidarios; verdad es también que todo lo que el partido nacionalsocialista gana en el terreno parlamentario, lo pierde en el terreno revolucionario. A Hitler lo que le interesa es asegurarse así la simpatía de las masas de electores cada vez más nutridas, y ganar para su programa político la adhesión de la inmensa mayoría de los pequeños burgueses, a quienes él necesita para abandonar su papel peligroso de Catilina y poder representar el más seguro de dictador plebiscitario.

En efecto, la crisis que atraviesa el nacionalsocialismo podría llamarse una crisis de «socialdemo-

cratización». Es una lenta evolución hacia la legalidad, hacia las formas y los métodos legales de la lucha política; el nacionalsocialismo es un ejército revolucionario que se está convirtiendo en una organización electoral formidable, en una especie de bloque nacional, que considera el rompecabezas como uno de esos pecados de juventud que dan las malas famas, pero que no impiden los matrimonios por interés. Es el ejército de salvación del patriotismo alemán. No podría tener un jefe más digno que Hitler. En el fondo, no pudiendo tomar en serio a Mussolini, los patriotas alemanes toman en serio su caricatura. Es una vieja historia la de que en Alemania los patriotas no son más que la caricatura de los buenos alemanes.

Entre las concesiones prometidas por Hitler a los extremistas de su partido durante estos últimos tiempos, está la creación en Munich de una escuela para el entrenamiento de las tropas de asalto en la táctica insurreccional. Pero ¿en qué consiste la táctica insurreccional de Hitler? El jefe del nacionalsocialismo no se plantea el problema de la conquista del Estado como se lo plantearía un marxista. Se ve que él menosprecia la importancia del papel de las organizaciones sindicales de trabajadores en la defensa del Estado. No juzga ese papel como un marxista o simplemente como un revolucionario, sino como un reaccionario. En vez de combatir

las organizaciones sindicales del proletariado, castiga a los obreros. Su caza a los comunistas no es más que una caza al obrero. Lo que justificaba la táctica de violencia adoptada por los camisas negras de Mussolini contra las organizaciones de trabajadores, era la necesidad de prescindir de toda fuerza organizada, política o sindical, proletaria o burguesa, ya se trate de sindicatos, de cooperativas, de periódicos, de círculos obreros, de Bolsas del Trabajo o de partidos políticos, para prevenir la huelga general y romper el frente único del Gobierno, del Parlamento y del proletariado. Pero nada justifica el odio estúpido y criminal de los hitlerianos contra los obreros como tales. La persecución de los trabajadores no ha hecho nunca avanzar un paso en el camino de la insurrección a los partidos reaccionarios que quieren apoderarse de un Estado democrático. Lo que Hitler debiera llevar hasta el extremo y sistemáticamente, a fin de libertar a su partido de la formidable presión de las masas organizadas, es la lucha contra las organizaciones sindicales. No sólo a la Reichswehr y a la Policía es a quienes está confiada la defensa del Estado; la táctica del Gobierno del Reich consiste en oponer a las tropas de asalto de Hitler los equipos armados de los guardias rojos comunistas y los sindicatos de trabajadores. El instrumento de defensa del Reich contra el peligro hitleriano es la huelga. El oportunismo de Hitler está a merced de esa táctica de las huelgas que paraliza toda la vida económica de una ciudad o de una

región, y que hiere en el corazón los intereses de esa burguesía misma, entre la cual Hitler recluta a sus electores. Con la táctica de las huelgas, con esos mazazos en la espalda a las tropas de asalto nacionalsocialistas es como el proletariado alemán ha obligado a Hitler a abandonar la táctica fascista de la lucha contra las organizaciones sindicales de los trabajadores, y a hacer de su ejército insurreccional, magnífico instrumento para la conquista del Estado, una especie de policía voluntaria para escaramuzas de barrio contra los comunistas. En realidad, esta guerra de barrio no es con frecuencia más que una caza al obrero como tal. He aquí lo que queda de la táctica revolucionaria de Mussolini en la aplicación que de ella hace un reaccionario.

Nada influye sobre Hitler, excepto lo que significa una amenaza a su política oportunista. Lo que le ha decidido, después de algunas intentonas desdichadas, a abandonar la táctica de Mussolini contra las organizaciones sindicales de trabajadores, no es sólo la preocupación de disminuir la influencia de las tropas de asalto en el seno del partido, reduciendo el alcance político de su papel revolucionario. Sabe muy bien que la inevitable reacción del proletariado, la huelga general, heriría ante todo los intereses de las masas de electores. Ahora bien; él no quiere perder el favor de la burguesía, elemento indispensable para su estrategia electoral. El no apunta a la conquista del Estado más que a través de la conquista del Reichstag. No quiere chocar con la formidable po-

tencia de las fuerzas sindicales del proletariado que le obstruyen el camino de la insurrección. En el terreno electoral, en el terreno de la legalidad, es donde quiere librar al Gobierno del Reich y al proletariado la batalla decisiva por el Poder. Esta inútil escaramuza de barrio que pone frente a frente todos los domingos, en las afueras de las grandes ciudades de Alemania, las tropas de asalto hitlerianas, prisioneras desde ahora de una masa de seis millones de electores nacionalsocialistas, y los equipos armados de los guardias rojos comunistas, hace lo mismo el juego a las grandes organizaciones sindicales y de la socialdemocracia parlamentaria, que el del Gobierno del Reich, el de las masas electorales nacionalsocialistas y el de los partidos de la derecha. Es necesario que alguien enseñe a los comunistas a ser prudentes y modestos.

¿Pero está seguro Hitler de que sus equipos de combate se resignarán durante mucho tiempo a renunciar a su papel revolucionario? Su papel no consiste en combatir a los guardias rojos en los barrios obreros, sino en apoderarse del Estado. No es sólo para marchar contra los equipos comunistas, en beneficio de todos aquellos que temen el peligro bolchevique, es decir, en beneficio de la burguesía patriota, lo mismo que en el de la socialdemocracia, por lo que ellos han accedido a doblar el espinazo bajo la brutal y cínica dictadura de Hitler. Quieren marchar contra el Gobierno del Reich, contra el Parlamento, contra la socialdemocracia, contra las orga-

nizaciones sindicales del proletariado, contra todas las fuerzas que les obstruyen el camino de la insurrección. Y si el propio Hitler... A pesar de sus brillantes éxitos electorales, Hitler está todavía muy lejos de tener en sus manos la Alemania de Weimar. Las fuerzas del proletariado están intactas aún; este formidable ejército de trabajadores, el único enemigo temible para la revolución nacionalsocialista, está más fuerte que nunca, en pie, intacto, dispuesto a defender hasta el final la libertad del pueblo alemán. Sólo las ametralladoras pueden abrir todavía brecha en la avalancha hitleriana. Mañana quizá será demasiado tarde.

¿A qué espera, pues, Hitler para abandonar su peligroso oportunismo? ¿A que la revolución nacionalsocialista sea prisionera del Parlamento? Tiene miedo a encontrarse colocado fuera de la ley. No es en plan de Sila, de Cromwell, de Bonaparte o de Lenin como se presenta a título de libertador de la patria alemana esta caricatura de Mussolini. Se presenta como defensor de la ley, como restaurador de la tradición nacional, como servidor del Estado. Hay que desconfiar siempre del civismo de los dictadores. El porvenir de esta especie de héroe cínico no es de naturaleza a iluminar su pasado revolucionario. «Hitler, diría Giolitti, es un hombre que tiene un gran porvenir detrás de él.» ¡Qué de ocasiones perdidas! ¡Cuántas veces hubiera él podido apoderarse del Estado de haber sabido aprovechar las circunstancias favorables! A despecho de su

elocuencia, de sus éxitos electorales, de su ejército insurreccional; a despecho del indiscutible prestigio de su nombre y de las leyendas que se han creado en torno a su figura de agitador, de conductor de muchedumbres, de catilinario violento y sin escrúpulos; a despecho de las pasiones que excita a su alrededor y de su peligroso prestigio sobre la imaginación y el espíritu aventurero de la juventud alemana, Hitler no es más que un jefe fracasado. He oído en Moscú a un bolchevique que fué uno de los principales ejecutores de la táctica insurreccional de Trotsky durante el golpe de Estado de octubre de 1917, pronunciar sobre Hitler este juicio singular:

—Tiene todos los defectos y todas las cualidades de Kerenski. El también, como Kerenski, no es más que una mujer.

El espíritu de Hitler es realmente un espíritu hondamente femenino; su inteligencia, sus ambiciones, su voluntad misma no tienen nada de viril. Es un hombre débil que se refugia en la brutalidad para ocultar su falta de energía, sus flaquezas sorprendentes, su egoísmo mórbido, su orgullo sin recursos. Lo que se encuentra en casi todos los dictadores, lo que es una de las características de su manera de juzgar a los hombres en relación con los acontecimientos, es su envidia. La dictadura no es sólo una forma de gobierno; es la forma más completa de la envidia, bajo todos sus aspectos: político, moral, intelectual. Como todos los dictadores, Hit-

14 - 1548

BIBLIOTECA MUNICIPAL

ler se deja conducir más bien por sus pasiones que por sus ideas. Su actitud con sus más antiguos partidarios, sus tropas de asalto, que le han seguido desde el primer momento, que le han permanecido fieles en la desgracia, que han compartido con él humillaciones, peligros, cárcel; que han hecho su gloria y su potencia, no puede explicarse más que por un sentimiento del que únicamente se extrañarán los que ignoran la naturaleza especial de los dictadores, su psicología violenta y tímida. Hitler siente envidia de los que le han ayudado a convertirse en una figura de primer plano en la vida política alemana. El teme su orgullo, su energía, su espíritu combativo, esa voluntad valerosa y desinteresada que hace de las tropas de asalto hitlerianas un peligroso instrumento de poder. El emplea toda su brutalidad en humillar su orgullo, en ahogar su libertad de conciencia, en oscurecer sus méritos personales, en transformar a sus partidarios en servidores sin dignidad. Como todos los dictadores, Hitler no quiere más que a los que puede despreciar. Su ambición es poder algún día corromper, humillar, esclavizar a todo el pueblo alemán, en nombre de la libertad, de la gloria y de la potencia de Alemania.

Hay algo turbio, equívoco, enfermizamente sexual en la táctica oportunista de Hitler, en su aversión por la violencia revolucionaria, en su odio a toda forma de libertad y de dignidad individuales. En la vida de los pueblos, en el momento de las grandes desdichas, después de las guerras, de las invasiones y las hambres, hay siempre un hombre que sale de la multitud, que impone su voluntad, su ambición, sus rencores, y que «se venga como una mujer» sobre el pueblo entero de la libertad, del poder y de la felicidad perdidos. En la historia de Europa le ha llegado el turno a Alemania. Hitler es el dictador, la mujer que Alemania merece. Es su lado femenino el que explica el éxito de Hitler, su ascendiente sobre la multitud, el entusiasmo que provoca en la juventud alemana. A los ojos de los pequeños burgueses, Hitler es un puro, un asceta, un místico de la acción, una especie de santo. «No se cuenta de él ninguna historia de mujer», afirma uno de los biógrafos. Debiera más bien decirse de los dictadores que no se cuenta sobre ellos ninguna historia de hombre.

En la vida de todos los dictadores hay a veces momentos que iluminan el fondo turbio, enfermizo, sexual de su poderío. Son crisis que revelan todo el lado femenino de su carácter. En las relaciones entre el dictador y sus partidarios, esas crisis se manifiestan, la mayoría de las veces, por rebeldías. Amenazado con verse dominado, a su vez, por los que él ha humillado y esclavizado, el dictador se defiende con una energía extraordinaria contra la rebelión de sus partidarios: es la mujer la que se defiende en él. Cromwell, Lenin, Mussolini, han conocido todos ellos esas crisis. Cromwell no ha vacilado en gobernar a sangre y fuego para sofocar el levantamiento de los «niveladores», esa especie de comunistas ingleses del siglo XVII. Lenin fué inexorable con los

marinos sublevados de Cronstadt. Mussolini ha sido durísimo con los camisas negras de Florencia, cuya rebelión ha durado un año, hasta la víspera del golpe de Estado. Es sorprendente que Hitler no haya tenido todavía que luchar contra una sedicción general de sus tropas de asalto. Los motivos parciales que se siguen por todas partes en Alemania en las filas de los equipos de combate hitlerianos no son quizá más que los primeros síntomas de una crisis inevitable. El oportunismo en el curso de una revolución es un crimen que se paga. Desgraciados los dictadores que se ponen a la cabeza de un ejército revolucionario y retroceden ante la responsabilidad de un golpe de Estado. Puede ocurrir que consigan, a fuerza de astucia y de concesiones, adueñarse legalmente del Poder; pero las dictaduras que provienen de una «combinazione» no son más que semidictaduras. No son duraderas. La legitimidad de una dictadura consiste en su violencia revolucionaria; es el golpe de Estado el que le da fuerza para asentarse sólidamente. Es quizá el destino de Hitler llegar al Poder por un compromiso de naturaleza parlamentaria. Para prevenir la sublevación de sus equipos de combate no le queda más que desviarles de la conquista del Estado, más que trasladar su papel revolucionario desde el plano de la política interior al de la política extranjera. ¿No es el problema de las fronteras del Este, desde hace algún tiempo, el tema principal de la elocuencia de Hitler? Pero es un hecho que tiene su importancia el de que el por-

venir de Alemania depende de un compromiso parlamentario más bien que de un golpe de Estado. Un dictador que no se atreve a adueñarse del Poder por la violencia revolucionaria, no podría atemorizar a la Europa occidental, decidida a defender hasta el final su libertad.

La situación política actual en Alemania no puede sino asombrar a los que saben hasta qué punto el pueblo alemán ha tenido siempre sentido de la dignidad cívica. Habría que suponer muy enferma a la Alemania de Weimar, muy hondamente corrompidas o desmoralizadas a sus clases directoras, a su burguesía, a sus «élites» intelectuales, para creerlas susceptibles de someterse, sin reaccionar, a una dictadura que el mismo Hitler no se atreve a imponerles por la violencia. No se acepta una dictadura: se la padece, y nada más. Aunque ella haya sido impuesta por una revolución, no se la padece sino después de haberla combatido hasta el final. Es ridículo afirmar que la burguesía rusa no se ha defendido contra los bolcheviques. A propósito de los acontecimientos de octubre de 1917, no he cesado de defender a Kerenski contra la acusación de no haber sido capaz de asegurar la defensa del Estado contra la acción insurreccional de los guardias rojos. Como todos los gobiernos liberales y democráticos, el Gobierno de Kerenski no podía defender al Estado más que con medidas de policía. La técnica liberal de

la defensa del Estado no podía y no puede nada contra la técnica del golpe de Estado comunista. No puede nada tampoco contra la técnica del golpe de Estado fascista. Sería incluso ridículo afirmar que el gobierno liberal, las organizaciones sindicales de trabajadores y los partidos constitucionales italianos no se han defendido contra la táctica revolucionaria de Mussolini. La lucha por el Poder, en Italia, ha continuado durante cuatro años mucho más sangrienta que en Alemania. La dictadura de Lenin y la de Mussolini no se han afirmado sin una lucha encarnizada. ¿Pero qué fuerza, qué dura necesidad podrían obligar a las clases directoras, a la burguesía y a las «élites» intelectuales de Alemania a aceptar una dictadura que ninguna violencia revolucionaria les obliga a padecer? Su espíritu de rebelión contra la paz de Versalles, su firme voluntad de emanciparse de las consecuencias políticas y económicas de la guerra, no bastan a justificar su actitud ante la eventualidad de una dictadura hitleriana. Entre todos los males de la derrota, entre todas las consecuencias de la paz de Versalles, la calamidad más grave que podía caer sobre el pueblo alemán sería la pérdida de su libertad civil. Una Alemania que aceptase sin resistencia la dictadura de Hitler, una Alemania esclavizada a ese mediocre engendro de Mussolini, no podría imponerse a los pueblos libres de la Europa occidental. Esa es la gran lástima de la burguesía alemana.

La actitud de la burguesía ante el problema del

Estado no podría explicarse en Alemania, como pretenden algunos, por una decadencia del sentimiento de la libertad en la Europa moderna. Las condiciones morales e intelectuales de la burguesía no son las mismas en Alemania que en otras partes. Habría que admitir una gravísima decadencia para creer a la burguesía europea incapaz de defender su libertad, y para pensar que el porvenir de Europa es un porvenir de esclavitud civil. Pero si es cierto que la situación moral e intelectual de la burguesía no es la misma en Alemania que en otras partes; si es cierto que todos los pueblos de Europa no poseen en el mismo grado el sentimiento de la libertad, no es menos cierto que el problema del Estado se plantea en los mismos términos en Alemnia que en los otros países de Europa. El problema del Estado no es ya solamente un problema de autoridad: es también un problema de libertad. Si los sistemas de policía se revelan insuficientes para defender al Estado contra la eventualidad de una intentona comunista o fascista, ¿a qué medidas puede y debe recurrir un Gobierno sin poner en peligro la libertad del pueblo? He aquí los términos en los cuales se plantea el problema de la defensa del Estado en casi todos los países.

La situación actual ofrece grandes probabilidades de éxito a las ambiciones de los catilinarios de la derecha y de la izquierda. La insuficiencia de las medidas, previstas o adoptadas por los Gobiernos para hacer abortar una tentativa revolucionaria even-

tual, es de tal modo grave, que el peligro de un golpe de Estado debe ser considerado seriamente en muchos países de Europa. La naturaleza particular del Estado moderno, la complejidad y la delicadeza de sus funciones, la gravedad de los problemas políticos, económicos y sociales que él está llamado a resolver, hacen de esto el lugar geométrico de las debilidades y de las inquietudes de los pueblos, aumentando así las dificultades que hay que dominar para asegurar su defensa. El Estado moderno está más expuesto de lo que parece al peligro revolucionario. Es una observación sin valor la de objetar que, si la técnica liberal de la defensa del Estado está anticuada, los catilinarios, por su lado, demuestran en muchos casos que ignoran hasta los elementos esenciales de la técnica moderna del golpe de Estado. Porque si bien es verdad que los catilinarios, en muchos casos, no han sabido hasta ahora sacar provecho de las circunstancias favorables para intentar adueñarse del Poder, no es menos cierto que el peligro revolucionario existe.

En los países en que el orden está basado sobre la libertad, la opinión pública hace mal en no preocuparse de la eventualidad de un golpe de Estado. Dada la situación de Europa, esta eventualidad existe en todas partes, tanto en un país libre y organizado, en un Estado «civilizado» para emplear un término del siglo XVIII, cuyo sentido es bien moderno, que en un país presa del desorden. En 1920, en Varsovia, durante una de aquellas reuniones que celebraba

casi a diario el Cuerpo diplomático, en la Nunciatura apostólica, para examinar la situación de Polonia, invadida por el ejército rojo de Trotsky y desgarrada por las luchas intestinas, tuve ocasión de oír un diálogo bastante violento, una especie de disertación muy poco académica sobre la naturaleza y los peligros de las revoluciones, que se entabló entre el ministro de Inglaterra, sir Horacio Rumbold, y monseñor Ratti, el actual Papa Pío XI, nuncio apostólico en Varsovia por aquel entonces. Ocasión rara la de oír a un futuro papa defender las opiniones de Trotsky sobre el problema revolucionario moderno, contra un ministro inglés y en presencia de los representantes diplomáticos de las principales naciones del mundo. Sir Horacio Rumbold declaraba que el desorden era extraordinario en toda Polonia; que una revolución surgiría fatalmente de un día para otro; que, en consecuencia, el Cuerpo diplomático debía abandonar Varsovia sin dilación. Monseñor Ratti replicaba que, en efecto, el desorden era grande en todo el país, pero que la revolución no es nunca consecuencia necesaria del desorden; que él consideraría, pues, como un error abandonar la capital, tanto más cuanto que el peligro reaccionario no era más grave en Polonia que en todos los demás países europeos; afirmaba, por último, que no se alejaría de Varsovia. En un país civilizado donde la organización del Estado es poderosa, replicaba el ministro de Inglaterra, el peligro de una revolución no existe; las revoluciones no nacen más que del desorden.

Monseñor Ratti, al defender, sin darse cuenta de ello, la tesis de Trotsky, insistía en su afirmación de que la revolución es tan posible en un país civilizado, poderosamente organizado y con excelente Policía, como Inglaterra, como en un país presa de la anarquía, minado por la lucha de las facciones políticas e invadido por un ejército enemigo, como lo estaba en aquel momento Polonia. «Oh never!», exclamó sir Horacio Rumbold. Parecía tan contristado, tan escandalizado por esta afirmación calumniosa de la posibilidad de una revolución en Inglaterra, como lo había estado la reina Victoria cuando lord Melbourne le reveló por primera vez la posibilidad de un cambio de Ministerio.

La razón de ser de este libro no es la de escandalizar a los que comparten las ideas de sir Horacio Rumbold. No es tampoco la de discutir los programas políticos, económicos y sociales de los catilinarios, sino la de mostrar que el problema de la conquista y de la defensa del Estado no es un problema político, sino un problema técnico; que el arte de defender al Estado está regido por los mismos principios que rigen el arte de conquistarlo; que las circunstancias favorables a un golpe de Estado no son necesariamente de naturaleza política y social, y no dependen de la situación general del país. Esto, sin duda, no dejará de despertar alguna inquietud en los hombres libres de los países mejor organizados y más cultos de la Europa occidental. De esta inquietud, tan natural en un hombre libre, ha nacido mi

deseo de mostrar cómo se conquista un Estado moderno y cómo se le defiende.

Bolingbroke, duque de Hereford, ese personaje de Shakespeare que decía que «el veneno no gusta a los que lo necesitan», era quizá un hombre libre,

INDICE

I. EL GOLPE DE ESTADO BOLCHEVIQUE Y LA TACTICA DE TROTSKY. 9

II. HISTORIA DE UN GOLPE DE ESTADO FALLIDO. — TROTSKY CONTRA STALIN 49

III. 1920: LA EXPERIENCIA POLACA. EL ORDEN REINA EN VARSOVIA. 79

IV. KAPP, O MARTE CONTRA MARX. 107

V. BONAPARTE, O EL PRIMER GOLPE DE ESTADO MODERNO . . . 121

VI. PRIMO DE RIVERA Y PILSUDSKI: UN CORTESANO Y UN GENERAL SOCIALISTA 143

VII. MUSSOLINI Y EL GOLPE DE ESTADO FASCISTA 155

VIII. UN DICTADOR FRACASADO: HITLER 199

BIBLIOTECA MUNICIPAL